

2030

2030

ALBERTO OLMOS
ANA IRIS SIMÓN
ANDRÉS TRAPIELLO
ANTONIO LUCAS
CRISTINA RIVERA GARZA
ESPIDO FREIRE
EVA GARCÍA SÁENZ DE URTURI
JOSÉ ÁNGEL MAÑAS

KARINA SAINZ BORG
LUISGÉ MARTÍN
LUZ GABÁS
MANUEL JABOIS
MARÍA JOSÉ SOLANO
PEDRO MAIRAL
RUBÉN AMÓN
SOLEDAD PUÉRTOLAS

LEANDRO PÉREZ (EDIT.)

zenda
Autores, libros y compañía

IBERDROLA

Z

2030



Relatos

Relatos

Leandro Pérez (Edit.)

Alberto Olmos

Ana Iris Simón

Andrés Trapiello

Antonio Lucas

Cristina Rivera Garza

Espido Freire

Eva García Sáenz de Urturi

José Ángel Mañas

Karina Sainz Borgo

Luisgé Martín

Luz Gabás

Manuel Jabois

María José Solano

Pedro Mairal

Rubén Amón

Soledad Puértolas

Director editorial

Arturo Pérez-Reverte

Editor

Leandro Pérez

Coordinación

Miguel Munárriz

Textos

© de la edición: Zenda

© de los textos: sus autores

Ilustración de cubierta

© Fernando Vicente

Diseño y maquetación

trestristestigres.com

Primera edición

octubre de 2021

Depósito legal

A 341-2021

Edita

Zenda - Ruritania Editores S.L.

Impreso en España

[Gráficas Cervantes, C.B.](#)

El papel con el que se ha impreso este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

Índice

- 8 Prólogo: *2030*, Leandro Pérez (Edit.)
- 15 *Cero a la izquierda*, Alberto Olmos
- 24 *Agenda 2030*, Ana Iris Simón
- 38 *Pulgas y duendes y caminos*, Andrés Trapiello
- 46 *Amigos*, Antonio Lucas
- 55 *Antes de quedarme encerrada aquí afuera*, Cristina Rivera Garza
- 73 *Trabajadora*, Espido Freire
- 89 *Editorial Algoritmo*, Eva García Sáenz de Urturi
- 101 *Malasaña 2030*, José Ángel Mañas
- 111 *La guerra de las especies*, Karina Sainz Borgo
- 118 *Nunca cambia nada*, Luisgé Martín
- 129 *La entrevista*, Luz Gabás
- 148 *Amigos no hay más que tú*, Manuel Jabois
- 154 *Los crímenes del artefacto*, María José Solano
- 171 *Recuerdo del 2030*, Pedro Mairal
- 176 *Metasexual*, Rubén Amón
- 182 *Amistad*, Soledad Puértolas
- 193 Autores

Prólogo



2030

Leandro Pérez

2030 no existe. Todavía no. Con suerte, de la buena, si la Tierra da la vuelta alrededor del Sol unas pocas veces más y estamos aquí para verlo, quizá sea un año como cualquier otro, como 2029 o 2031, quién sabe. No existe, todavía no, pero llevamos hablando de 2030 desde hace lustros. Es un año importante, como lo fue 1984 desde mediados del siglo pasado, gracias a George Orwell, aunque la fama por anticipado de 2030 no procede de una novela distópica, sino de algo más prosaico y, paradójicamente, casi utópico que ocurrió en septiembre de 2015, cuando los 193 estados miembros de las Naciones Unidas acordaron ampliar los Objetivos de Desarrollo del Milenio, ocho propósitos para hacer de este planeta un lugar mejor difundidos en el 2000, otro año redondo y memorable. La Humanidad, tiremos de mayúscula, representada por Naciones Unidas, decidió marcar diecisiete Objetivos de Desarrollo Sostenible «para erradicar la pobreza, proteger el planeta y asegurar la prosperidad para todos». Esos ob-

jetivos, conocidos por sus siglas, los ODS, debían alcanzarse en los siguientes quince años posteriores a 2015. Es decir, en 2030.

Y aquí estamos. Casi a mitad de camino. Cuando escribo estas líneas, en julio de 2021, Tokio celebra los Juegos Olímpicos de 2020 con los estadios vacíos. Estamos, pues, en el Segundo Año Pandémico. Aunque, bueno, ya que el cielo todavía no se ha caído sobre nuestras cabezas, como temían en la aldea de Astérix, quizá este 2021 ha sido un año como cualquier otro, con guerras y avances científicos, con millones de nacimientos y millones de muertes, con sonrisas y lágrimas, como siempre. El horror, el horror, y el amor.

Y aquí estamos y, como dice el refrán, de aquellos polvos vienen estos lodos. Hoy el Gobierno de España cuenta con un ministerio denominado «de Derechos Sociales y Agenda 2030» que busca —perdón por el verbo, es horrible y orwelliano— «implementar» los objetivos marcados por la ONU. Y hoy Zenda reúne en este libro diecisiete visiones de 2030, diecisiete miradas a ese año que todavía no existe, y que ojalá exista, claro.

(Zenda, por cierto, es un lugar tan real como nuestros sueños que nació en 2016 en Internet para hablar de libros, autores y compañía, y que rinde homenaje al castillo imaginario novelado por Anthony Hope en 1894. Las

fronteras de Zenda las abrió Arturo Pérez-Reverte en la web zendalibros.com, donde en cinco años más de mil autores han publicado ya más de quince mil artículos. Desde entonces, los senderos de Zenda, como en el cuento de Borges, se bifurcan. Esta obra no venal y patrocinada por Iberdrola sigue la senda de *Bajo dos banderas*, libro de relatos históricos coordinado por Pérez-Reverte en 2018; y también de *Hombres (y algunas mujeres)* y *Heroínas*, dos volúmenes de cuentos que celebran el 8 de marzo coordinados respectivamente por Rosa Montero y Juan Gómez-Jurado en 2019 y 2020. En otro sendero libresco, el del sello Zenda Aventuras, coordinado por María José Solano, hemos publicado hasta ahora cuatro novelas: *El diamante de Moonfleet*, *El prisionero de Zenda*, *Aventura en el Transasiático* y *El misterio del Agua Azul*.)

Las diecisiete visiones aquí presentes son una mirada literaria al futuro. Y a nuestro tiempo. Alberto Olmos traza un triángulo escaleno entre un anciano, un forastero y un cero a la izquierda, en un pueblo castellano que no quedará muy lejos de su Segovia natal. Y en otro pueblo —manchego, como ella—, Ana Iris Simón revela por qué es importante tener la vista puesta a la vez en el pasado y en el futuro.

Andrés Trapiello, si todo transcurre como desea, transcribirá las palabras que aquí publica en la entrega de

2030 de su monumental novela en marcha *Salón de pasos perdidos*. Antonio Lucas emprende un viaje infinito en un mundo, el de ayer y el de mañana, donde ningún crimen prescribe. Cristina Rivera Garza recuerda. Y pregunta: ¿tú también piensas que hay alguien más aquí? Y escribe, ay, que la mirada de los otros cansa.

Según el reloj del Apocalipsis estamos a cien segundos del fin del mundo. Espido Freire dibuja una ciudad repleta de clones donde casi nadie trabaja y las mujeres se someten a esterilizaciones masivas. Eva García Sáenz de Urturi imagina un mundo dominado por la Inteligencia Artificial, en el que las editoriales han dejado de publicar a los escritores porque el algoritmo analiza nuestros gustos y los clava. En el 2030 de José Ángel Mañas, en cambio, la literatura ya no es sexi. Ningún editor publica nada que apeste de cerca o de lejos a literatura. Y en el barrio de Malasaña, las páginas de *Historias del Kronen* arden en un bidón. Y Karina Sainz Borgo, también en Madrid, narra lo ocurrido tras la guerra de los adjetivos, que precede a la capitulación de la campaña del lenguaje inclusivo: la guerra de las especies.

En el diario de Luisgé Martín, que comienza el 14 de enero de 2020, cuando el narrador cumple cuarenta y dos años, nunca cambia nada, aunque a las puertas del 2030 lanza esta pregunta: ¿de qué sirve la realidad si se

puede tener una ilusión mejor? Las preguntas, a menudo absurdas, también abundan en la entrevista de trabajo que relata Luz Gabás, que no sólo nos traslada al futuro, sino también a los tiempos sencillos de la infancia, cuando las conversaciones estaban conformadas por frases cortas y directas.

En *Amigos no hay más que tú*, Manuel Jabois nos lleva a una Pontevedra tan pequeña y delicada que parece una trampa, para contarnos que los mejores amigos son los que no se alejan cuando los cubre la desgracia. En *Los crímenes del artefacto*, María José Solano muestra un Madrid donde está prohibida la palabra libro, por obsoleta y excluyente, en el que una inspectora holmesiana y quijotesca debe resolver el asesinato del director de la Academia. Y en *Recuerdo del 2030* —relato que fue publicado por primera vez en una antología de ciencia ficción en Colombia, en 2012—, Pedro Mairal somete a su tierra, la Argentina, a la dictadura del hipercontrol. Mientras los personajes de Mairal malviven con un seguchip implantado en el omóplato derecho, la protagonista de *Metasexual*, el relato de Rubén Amón, usa selectores copulatorios, se relaciona en módulos esterilizados de encuentros efímeros y se siente acosada cuando un cachas amenaza con regalarle... un libro. Por último, Soledad Puértolas cuenta la historia de dos amigas desde el fatídico mes de marzo

de 2020 hasta, cómo no, 2030, para señalar que un terremoto como la pandemia del Covid-19 puede derramar un líquido abrasivo, como la lava, sobre nuestros sueños.

El año 2030 no existe. 2030 sólo es, aquí y ahora, un libro con dieciséis cuentos, de ocho hombres y ocho mujeres. Sin embargo, antes he escrito que incluye diecisiete miradas, tantas como los objetivos de Naciones Unidas. Si sólo incluye dieciséis relatos, ¿cómo es eso posible? Porque la ilustración de la portada es de hecho un micro-relato compuesto por una única cifra: 2030. En el futuro que imagina Fernando Vicente las mascarillas siguen con nosotros, pero al menos no hemos dejado de besarnos. Podría ser peor.

Relatos



Cero a la izquierda

Alberto Olmos

El pueblo, el pueblo, la promesa inmediata del pueblo, un desvío del paisaje hacia el pueblo, la carretera estrecha y las curvas, los baches y las curvas, una señal doblada después de una señal doblada, un nombre negro sobre metales antiguos, una calzada ancha entre tejados y desplomes, una fuente con agua clara desde siempre y cruz torcida desde siempre, una sucursal bancaria con espigas imperiales. Dentro, Manuel, un anciano y el cero.

—Tú eres de fuera, bah.

El anciano se ha enfadado por el cero. Manuel conoce todos los enfados del anciano, que son siempre versiones del mismo enfado. Manuel presenta su semblante habitual, metafísico por defecto, bancario. Todo pasa, piensa, la hora de salir llega, las monedas y billetes se desvane-

cen. El viejo morirá. Es su único cliente.

—Hay que poner un cero al principio, don Matías. Ahí.

Matías. Viene a veces por el banco a saborear su dinero. Es poco y está contado con mimo, no le sobra ni un pespunte a su patrimonio. Casi se lo oye sonar detrás de la puerta acorazada, tantos miles de euros, los huerfanitos de la caja imponente. Manuel conoce los movimientos de la cuenta del anciano como si fuera la propina de sus hijos. Ha visto la cifra variar durante casi diez años, un poco para arriba, un poco para abajo. Matías es mezquino, castellano, serio. Lleva un bolígrafo prendido del bolsillo de la camisa de manga corta. Es un bolígrafo promocional del propio banco.

—¿Un cero... a la izquierda? Qué mamarrachada es ésa.

—02030. Ahí. Por favor. Cosas de la central.

En el formulario el anciano traza con resignación un tercer redondel, más alfabético que matemático, más sentimental que financiero. Como si pusiera a trabajar las primeras letras que aprendió en la escuela, ahí a la vuelta de la esquina.

—Pues ya está —celebra Manuel. Y procede con el giro, el pago, lo que sea. Los impresos de esta sucursal son ediciones únicas, ortopédicas, muy siglo XX. Nadie sabría rellenarlos si no estuviera Manuel; nadie querría

utilizarlos si no viviera Matías. Cualquier viejo sabe ya encender un ordenador, comprar el mundo. Matías odia al banco desde 1978, cuando entró por primera vez en él.

—Buenos días —desplanta.

—A mandar —actúa Manuel.

Matías se aleja del mostrador y alcanza la puerta. La abre y la deja quieta unos instantes, como si pensara volverse y apelar a latrocinios históricos o a empeoramientos del servicio, pero al cabo sale y se pierde por la calle; y la puerta, poco a poco, da en besar su marco, produce un ruidito de engranaje perfecto.

Manuel suspira. Hace una bola con el impreso y prueba de triple en la papelería lejana. Anota. Mira a ambos lados, nadie le ha visto, por supuesto. Luego apaga su ordenador y coloca cuatro cosas —una silla, un vaso— antes de dar por terminadas sus obligaciones. Sabe ya todo lo que el día reserva para él, se ve vivir sin salir de la sucursal. Eso le gusta.

«De fuera», recuerda, camino de su casa. Muchos del pueblo aún lo consideran de fuera. Vino primero puro, vestido de inocencia, a recuperar el campo; se fue desmotivando cuando su novia dijo que recuperar el campo no era para ella; y acabó viviendo solo en esta aldehuela tan cuca con montañas, arroyo, iglesia sin cura y sucursal simbólica. Un sacerdote viene a veces, tiene al municipio en su agenda de fe. Él está fijo por un familiar, un contac-

to, una idea: que el campo tuviera banco, y el banco, un fulano. Él.

Qué tiempos aquellos —se cumple ya una década del delirio, del éxodo contagioso que lo trajo aquí—, qué tiempos, decimos, en que, junto a otros de la capital, llegó con su novia y sus ganas y el coche y la cuenta en Amazon y algún dinero para empezar de nuevo, de rural. Todos cogieron casa con huerto, o con patio para hacer un huerto, y habitaciones de sobra en las que meter todas sus aficiones, que eran muchas. Fueron languideciendo porque no había nadie que les diera aplauso, salvo un canal colectivo en Youtube, enseguida abandonado. Los chicos nuevos del campo iban a inventar el campo, los tomates, sobre todo, pero luego los tomates no se dejaban inventar, y había que comprarlos en el Spar, donde apenas había otra cosa. La ferretería cerró, el pueblo cercano parecía cada vez más lejos —se decían, recuerda Manuel: está más lejos el pueblo cercano de lo que estaba el centro de la ciudad del barrio donde vivíamos, la periferia, decíamos— y el vendedor ambulante deambulaba poco y timaba. Amazon se hizo de oro con los chavales que inventaban el campo por todo el país, que se pasaban el día parcheando sus errores, dándose caprichos y traicionándose la pasión imperecedera por la agricultura.

Los lugareños no eran simpáticos, a diferencia de las cajas de Amazon. Veían venir a esos jóvenes emparejados y volátiles, con sus atuendos inadecuados y sus voces juveniles. Se creían en un parque de atracciones, cuando estaban en un pueblo devoto de Dios y del silencio, de las rutinas arcaicas y de los tractores de John Deere. Querían cambiar el lugar, hacer el amor, llenar el Ayuntamiento de películas subtituladas, la plaza de feminismo. Querían, en fin, vivir en un lugar que no les gustaba como estaba, y transformarlo en el lugar del que se habían ido porque tampoco les gustaba. No había quien les entendiera.

Los conflictos fueron muchos para lo poco que aguantaron, casi cada día se iba uno, se iban dos, se rompían los noviazgos y se hundía la nave de la ilusión. Manuel ni siquiera fue de los primeros. Dejaron un largo reguero de murmuraciones. Líos con mujeres casadas y hombres ambiguos, peleas en el bar, sustracciones en la panadería, insidias políticas de alcance diminuto, pero muy inquietante. Tener un alcalde con tatuajes, madre de Dios. Un pavor que inventó y propició el propio alcalde inamovible del lugar, tras veintitrés años gobernando sin competencia, gobernando un poco nada. ¡El pueblo o los tatuajes!, decía en el bar. ¡La mercería o Amazon!, bromeaba al segundo sol y sombra; o no.

Manuel fue fiel a su bando, recuerda, el bando forastero, moderno, metamorfoseante de sacristías y sanmiguel, hasta que dejó de serlo. Comprendía primero lo inhabitable del pueblo para gentes como ellos, que venían de tenerlo todo y no madrugar sin motivo inapelable. La vida era penitencial en aquellas cuatro calles, con aquellos cuatro garrulos y con aquel alcalde vitalicio. Ellos traían la fiesta y la libertad, el desdén, la cuadratura del círculo, hacer del pueblo el mejor barrio de una ciudad que no existía. Los lugareños no traían nada, salvo la inercia de una vida cada vez más concreta, reducida y resignada. Preferían perecer a renovarse.

Ser moderno no se acababa nunca de conseguir, mientras que la tradición ya estaba hecha. Comprendió Manuel.

Mónica no aguantó más de un año. Se le hacía cuesta arriba la cuesta arriba del pueblo, la sobriedad de los silencios, la salida limpia del sol por las mañanas. Todo era bonito y aburrido, más aburrido que bonito, pasado un año. Pasado un mes.

Manuel, sin embargo, disfrutaba de esa ilusión de abrir un banco, de fundarlo casi, de contribuir a que aquella gente pudiera hacer giros y pedir hipotecas, y la deserción de su novia le pilló en mal momento. Tampoco les iba tan bien en la capital. Se distanciaron primero en au-

tobús, luego en autobuses que Manuel ya no cogía, finalmente en mensajes de texto, te querré siempre, que no se contestaban. Cuando quiso darse cuenta, Manuel era todo lo que quedaba allí de una invasión histórica, olvidada.

Su aclimatación fue posible gracias una nómina sensata y a un hermoso hueco para su personaje. Él era el forastero, todo lo forastero que había por allí, todo lo nuevo que cabía en un pueblo pequeño. Eso le envanecía, le enorgullecía, casi le responsabilizaba. Podía irse del pueblo y dejarlo en la Edad Media. Podía quedarse y supervisar la buena marcha del Medievo. No era poca cosa ser alguien, ser el otro, hacer filosofías reconfortantes de uno mismo.

La casa, además. La había comprado. Era peor que la que alquiló con Mónica, pero ahora le gustaba a él. Se gustaba de pueblo, siendo siempre forastero; se gustaba forastero, siendo ya casi inconfundiblemente de pueblo. Qué tiempos aquellos.

Manuel entra en casa. Hoy es uno de esos días de los de hacer filosofías, de los de darse pena y nostalgia y un poco de elevación. Se prepara la comida morosamente, pensándose en las cosas, que coge como conceptos puros, plato, pan, cuchara, esencias de la vida. Después de comer, se pone a fumar con una taza de café sobre el alféizar de su ventana favorita, mirando las calles vacías y

calcinadas. Cualquier movimiento por esas calles resulta espectacular, así sea solo un perro que busca una sombra o una furgoneta que pasa retumbando. La vida desde la ventana a esas horas sigue un guión como de peli en la filmoteca, no sucede nada y eso es lo adictivo. Que no siga pasando nada, desea. Porque, cuando ocurre algo, un automóvil desconocido que se detiene para que varios extraños se bajen de él, Manuel se queda quieto y aterrado, hasta que se van. Manuel no quiere visitas, renovación, usurpación.

Manuel ve a Matías pasar bajo su ventana. Va el viejo con la cabeza baja, despejada, recibiendo sol. Manuel no suele saludarlo cuando se lo cruza en un sitio que no sea el banco. Le gusta darle motivos para odiarlo, a él, a la sucursal, al sistema, tener una relación estrictamente enemiga. Pero le apetece de pronto, por lo que sea, decirle algo ahora. Espera a que se aleje un poco, a que ponga un pie en la plaza mayor.

—¡La que está cayendo, don Matías!

El anciano levanta la cabeza, gira sobre sí mismo casi en el centro exacto de la plaza, hace pequeños los ojos para distinguir quién le ha hablado. Va mirando los soportales y los balcones, la fachada del ayuntamiento, la antigua casa de Correos, el bar cerrado, como si todas las cosas fueran voces y todas las voces fueran muertos.

Cuando está a punto de posar la vista sobre su ventana, Manuel se esconde. Lo ha hecho sin querer. Lo ha hecho aposta. No sabe por qué lo ha hecho. Sin más, ha sentido que en esta plaza, en este pueblo, a esta hora, ante ese viejo que está solo, él ni siquiera estaba.

Agenda 2030

Ana Iris Simón

En segundo de primaria, cuando estudió que veinticuatro horas eran un día, siete días una semana y cuatro semanas un mes, a R. le dijeron que el año empezaba en enero y terminaba en diciembre. Esa misma tarde, cuando lo contó mientras merendaba pan con mantequilla y Cola-Cao espolvoreado, que era lo que su abuelo le había dicho que merendaba él de crío y por eso siempre lo pedía de merendar, como si hubiera nacido en el año 60 en lugar de en 2021, su padre le explicó el por qué.

Le habló del solsticio de invierno y de los movimientos de rotación y traslación de la Tierra. Le contó también sobre Jano, el dios de las dos caras, de los comienzos y de los finales, y sobre la importancia de tener un ojo mirando hacia delante y otro atrás, al pasado y al futuro. Le dijo

también que solo con semillas del ayer puede sembrarse un mañana y por eso Jano miraba al pasado y al futuro y esto último R. no lo entendió muy bien pero le dio un poco igual: le gustaba que su padre le contara cosas que no entendía muy bien, algo que ocurría con frecuencia. Y le gustaba porque se sentía mayor, pero sobre todo porque sabía que un día entendería el mundo entero, como su padre y en buena parte gracias a él, del mismo modo que sabía que un día llegaría a encestar en la canasta grande en lugar de en la de mini basket, que al fin y al cabo era una birria de canasta.

Lo de mirar hacia delante y hacia atrás a la vez, cosa que a R. se le hacía imposible a no ser que se pusiera uno un poco bizco, se le hizo lo más extraño de todo pero aun así no preguntó nada al respecto. Pero a la hora de la ducha le contó a su madre que había aprendido lo de los meses y los años, que se lo había explicado papá, pero que a él le parecía que «aunque enero fuera el mes de Jano, el año parece siempre que empieza en septiembre porque termina el verano y empieza el colegio». Ella le respondió que sí, que estaba de acuerdo, dijeran lo que dijeran Mecano y los almanaques. Y sobre qué era eso de Mecano tampoco le preguntó, pero por el almanaque sí, así que su madre le explicó lo que eran y también que antaño los regalaban en las tiendas y

no los llevábamos siempre en el móvil, una idea que a R. le hizo reír y tragar un poco de jabón mientras se aclaraba el pelo.

Dos años después, el domingo 15 de septiembre de 2030, R. estaba en casa de su abuela acordándose de aquel día y de lo que le explicó su padre sobre Jano y los solsticios. Lo de que tragó jabón lo había olvidado, pero recordaba perfectamente que su madre le había dado la razón cuando le expuso que el año empezaba realmente en septiembre y así se lo contó a su abuela, que le respondió con una carcajada. Estaban preparando la mochila para el día siguiente porque sus padres estaban fuera y la oía orar —así había aprendido R. que se decía en La Mancha, de donde era ella, a hablar bajito, entre dientes y con el cosmos como interlocutor—.

Mientras le hacía el bocata se la oía «porque claro, ahora como va todo con la tables ni forro ni dymo pa poner los nombres ni ná, ni siquiera pinturas, así que tampoco hay mucho que preparar, claro». Cuando R. le preguntó, como siempre que la escuchaba orar, que qué decía, su abuela le respondió que nada, que antes se llevaban muchas más cosas al colegio: «reglas y compases, lapiceros de colores, rotus, libros y cuadernos, una agenda...», enumeró mientras le cortaba la fruta en trozos, porque el primer día de cole tocaba bocata y fruta: el colegio ya les

había enviado el *e-mail* con el menú del recreo para todo el trimestre.

Cuando su abuela le dio el corazón de la manzana para que lo tirara R. le preguntó por lo único que no había sido capaz de identificar en la lista de cosas que antes se llevaban al colegio y ahora no: la agenda. La abuela le explicó entonces que era un cuaderno en el que se apuntaban las tareas que uno tenía que hacer para que no se le olvidaran. Además, le dijo que también servía para que los profesores se comunicaran con los padres de los alumnos mediante notas y R. abrió mucho los ojos y dijo «pero entonces se podían arrancar».

«Sí, se podían arrancar, no como en la tables», respondió la abuela. R., a quien siempre le andaban contando historias de cosas que ya no eran, le pidió por favor, porque R. siempre pedía por favor, si le podía comprar una para usarla este curso. «Hoy no porque está cerrado que es domingo, pero mañana le digo a tus padres que te paso a recoger y vamos a por una», le respondió.

Así fue. A las cinco de la tarde del primer día de cuarto de primaria, justo después de merendar pan con mantequilla y Cola-Cao por encima, como si fuera un niño de los 60, a R. lo recogió su abuela, le dio la mano y se echaron a la calle en busca de una agenda. La encontraron a la tercera, después de preguntar sin éxito en la única pa-

pelaría que sobrevivía en su pueblo, donde la dependienta les contó que ya no hacían, y en unos chinos, negocios a los que todo el mundo seguía llamando así a pesar de que ya nunca eran chinos sus dueños: muchos habían decidido traspasar sus negocios y volver a su pujante país natal tras la crisis de 2008, de la que R. oía decir con frecuencia que era la misma de 2008, que nunca se había terminado.

R. había perdido ya toda esperanza cuando a su abuela se le ocurrió que quizá en La Pajarita, que igual ahí sí que tenían una. Y no recuperó la esperanza pero le hizo ilusión igualmente, porque a R. le gustaba mucho ir a La Pajarita: era lo más parecido a hacer un viaje en el tiempo que conocía. Cuando pasaban por allí su abuelo siempre le mandaba leer la placa que había colocada en la puerta y que decía «casa fundada en 1939» y le explicaba que aquel comercio tenía casi la misma edad que el bisabuelo Vicente. El escaparate, le contaba, llevaba casi desde entonces sin cambiarse, y el género, que era como él llamaba a las cosas que vendían, de sombreros a bastones, de aviones de latón a artículos de mercería, también.

Un día, R. le preguntó a su padre que por qué La Pajarita seguía abierta si nunca iba nadie y su padre le respondió que porque nunca había que rendirse y siempre había que resistir. Otro día le preguntó a su madre que cuántos años tenía el dependiente y ella le respondió que unos 250

o 300 y R. se lo creyó al principio, pero después se lo reprochó porque se dio cuenta de que nadie vivía tantos años. Nadie excepto el bisabuelo Vicente, que decía que no se pensaba morir nunca.

Aquella tarde, el señor de los no-300-años salió de la trastienda arrastrando los pies en cuanto R. y su abuela abrieron la puerta, lo que hizo activar el móvil con cascabeles que había colgado. Les preguntó qué iba a ser y la abuela de R. le dijo que querían una agenda, que «se le había antojao al chiquillo aunque no la necesita porque ahora llevan todo en la tables». Antes de volver al almacén a comprobar si tenía agendas, el viejo sonrió a R. con las gafas en la punta de la nariz y R. se dio cuenta de que era un niño, como siempre que alguien le sonreía así. O como cuando le contaban algo que no entendía del todo.

«No es de este año pero os puede apañar», dijo a su vuelta. «Es de 2027, último año en el que me consta que se fabricaran. Después nuestro proveedor nos dejó de traer. Los días de la semana no encajarán con los días del mes, así que lo que tienes que hacer es cambiarlos uno a uno y adaptarlos a los de este año», le explicó a R. el anciano. Le dieron las gracias, pagaron y se fueron.

Ya en casa, R. le enseñó la agenda a su padre y su padre le contó que de crío él había tenido una en la que venían explicadas frases hechas, expresiones y dichos po-

pulares como «de la Ceca a la Meca» o «hasta el 40 de mayo no te quites el sayo». Como no estaban todos, él mismo se ocupó de completarla con nuevos dichos que iba oyendo, incluidos en gallego porque su padre era de Galicia. R. se propuso hacer eso mismo, pero pronto se dio cuenta de que tan solo sus abuelos hablaban así, así que se le iban a quedar muchas páginas en blanco.

Se fue a su cuarto a cambiar los días de la semana porque no correspondían con los del mes, como le había dicho el hombre de los no-300-años, hasta que su madre le interrumpió. Cuando le preguntó que qué hacía con una agenda de 2027 R. le respondió que fue ese el último año que se fabricaron, que se lo había dicho el señor de La Pajarita, «ese que me dijiste que tenía 250 o 300 años aunque no era verdad».

Entonces su madre le contó que ella aún tenía guardadas algunas de cuando era adolescente, que le preguntara a la abuela por ellas. Le dijo que antes, en el instituto, las agendas eran muy importantes y operaban casi como una red social antes de que estas existieran: en el cambio de clase, cuando el timbre sonaba, se la dejabas a un amigo y este te la devolvía una hora después con un dibujo, con una dedicatoria o con una foto que había impreso, porque entonces las fotos se imprimían y los móviles no tenían cámara y tenían solo dos colores: o verde y negro, o azul y

negro, o naranja y negro. R. se dio cuenta de que para eso tampoco podía usar la agenda. O sí, pero ya tenía lo que la abuela llamaba «la tables», que servía, además de para estudiar, para enviarse mensajes con los compañeros de otras clases cuando el profesor desbloqueaba esa función, además de para, por supuesto, hacer fotos y dibujos.

A la mañana siguiente, cuando su abuelo lo recogió para llevarlo a su segundo día de colegio, R. le contó que la abuela le había comprado una agenda aunque no era de este año porque ya no se fabricaban y le preguntó que para qué podía usarla, además de para apuntar dichos populares como le había dicho su padre y para pedirle dedicatorias y dibujos a los amigos como le había contado su madre.

Su abuelo, que siempre era el más claro y pragmático de toda la familia, le dijo que una agenda servía, sobre todo, para apuntar los deberes. Que también traía los santos y las fechas señaladas y que se podían apuntar los cumpleaños de los familiares y amigos, pero que eso eran «tontás»: su uso era o debía ser, sobre todo, el de apuntar las tareas para que no se le olvidaran a uno. R. le respondió que esa era otra de las funciones de su tablet, que también traía calendario para apuntar deberes, cumpleaños y todo lo que uno quisiera, aunque los santos no salían ni las fiestas patronales tampoco: hacía tiempo que se ha-

bían convertido, simplemente, en «festivos». Ahora todo el mundo los llamaba así.

Ese mismo día por la tarde le preguntó a su tío Javi, que llamó por el Hologramic que acababan de comprar, que qué tal iba la excavación y que si le iba a traer algo. Javi era experto en cerámica antigua y vivía en Grecia, y siempre que volvía a España le traía *souvenirs* que a R. se le hacían piezas auténticas, así que sentía a veces que su cuarto era el British. Como era a quien le confesaba todos sus secretos, le contó lo de la agenda y que estaba pensando en devolverla: total, no le servía para nada. Su tío en formato holograma le animó a no hacerlo y le dijo que tampoco servían para nada las vasijas y las ánforas que él rescataba de las excavaciones, que ya no podían usarse y que de hecho las de ahora eran mucho más prácticas porque se habían descubierto otros materiales más cómodos y otras formas más ergonómicas. Pero que había que seguirlas buscando y rescatando no solo porque fueran bellas, sino porque nuestra civilización, nuestra tecnología, «este hologramic por el que te estoy llamando», le explicó, no tendría sentido ni existiría sin ellas.

Después de todo esto y para animarlo le contó otro uso que se le daba a las agendas antaño: había unas que se usaban exclusivamente para apuntar teléfonos. «Hace muchos años, cuando aún no existían ni los hologramic

ni los móviles y los teléfonos no tenían aplicaciones de mensajería y ni siquiera pantallas se vendían agendas solo para apuntar los números de amigos y familiares y no tener que memorizarlos. Se llamaban agendas telefónicas. Yo tengo una historia un poco triste con una, ¿quieres que te la cuente?», le preguntó. Y R. respondió que sí, que claro.

«Una tarde, cuando era un poco más mayor que tú, el bisabuelo Vicente me mandó a la Papelería del Molino a comprar una agenda telefónica. Al llegar a su casa me dio la vieja y me pidió que pasara a limpio en la recién comprada todos aquellos nombres y teléfonos, ordenados alfabéticamente, que no estuvieran tachados en la antigua. Al tercer o cuarto nombre me di cuenta de que los tachados eran amigos suyos que habían muerto y me puse un poco triste, pero se me pasó cuando vi que, al terminar la faena, el abuelo guardaba las dos: la agenda vieja y la nueva, aunque la vieja ya no valiera más que para recordar a aquellos amigos cuyos teléfonos ya nadie recogería», le contó.

Aquella anécdota puso un poco triste a R., como siempre que alguien le hablaba de la muerte. Por qué Dios no nos había hecho inmortales era una de sus mayores dudas teológicas junto a por qué había guerras y niños que no tenían ni tablet ni ropa ni colegio, niños que por

no tener no tenían ni comida. Pero, a pesar de la tristeza y del consejo de su tío, no se le quitó la idea de devolver la agenda, entre rabioso y desilusionado porque aquello no servía ya para nada, ni siquiera para estar detrás de una vitrina como las cerámicas con las que trabajaba su tío, que al menos representaban mitos o escenas de la vida cotidiana de los antiguos. Así que cuando acabó los deberes le dijo a su padre que se iba al parque pero en realidad se encaminó hacia La Pajarita, que no le quedaba lejos.

El móvil con cascabeles del techo volvió a repicar a su entrada y el dependiente de los no-300-años a arrastrar los pies desde el almacén hasta la tienda. Como R. era aún bajito y su cabeza apenas sobresalía del mostrador se inclinó para decirle tras sus gafas: «pero hombre, ¿cómo tú por aquí?» R. le explicó, sin medias tintas, que quería devolver la agenda porque se había dado cuenta de que no servía para nada.

«Yo sé que hace algunos años se hacían muchas cosas con ella, se apuntaban los números de teléfono de los amigos que aún no se habían muerto, los deberes y las tareas, se les dejaba a los compañeros de clase para que hicieran dibujos y escribieran canciones, se escribían dichos populares y se miraba cuándo eran las fiestas patronales, a las que ahora llamamos festivos. Pero todas esas cosas o no existen ya o puedo hacerlas con la tablet del colegio,

y encima le he contado a S. en el recreo lo que era una agenda y que tenía una y me ha reprochado estar matando árboles porque es de papel», le explicó, en un monólogo que hizo al viejo reírse a carcajadas. Se subió las gafas con un toque de índice, le invitó a pasar tras el mostrador y a acompañarle a la trastienda.

Estaba oscura y olía a polvo y a cosas viejas. Allí le empezó a enseñar algunos artículos que ya no valían para nada: dedales con dibujos minúsculos que habían perdido el sentido porque hacía mucho tiempo que habíamos dejado de remendar la ropa y preferíamos comprar ropa nueva, botijos que conservaban el agua fresquita y que ahora, a lo sumo, se habían convertido en objetos decorativos, camiones y tanques de latón que los padres consideraban peligrosos para que sus hijos jugaran porque no estaban homologados por la UE.

«Me apostaría toda esta tienda a que el 90% de las cosas que ves a tu alrededor dejaron de ser útiles hace tiempo, o fueron suplantadas por otras más útiles todavía. Y no sé si has estudiado en el colegio los porcentajes, pero el 90% son muchas cosas, por eso estoy siempre tan solo aquí. Mi bisabuelo, que fue quien fundó esta tienda, siempre contaba que muchos días se le formaba cola en la puerta. Mi padre la mantuvo en buena forma y nunca nos faltó de nada, pero cuando llegó a mí llegaron también a

nuestras vidas Internet, las webs de mensajería y todas esas cosas que hacen que no tengamos que desplazarnos de casa para comprar nada», le decía el señor de los no-300-años mientras R. escrutaba aquí y allá y se daba cuenta de que desconocía la utilidad y el sentido de la mayoría de objetos de ese almacén.

«Pero lo pienso, chico, y yo tampoco soy útil ya. ¿O acaso no gozas tú de mejor salud, acaso no eres más eficaz llevando a cabo cualquier tarea, y también más rápido?», le preguntó. R. se imaginó echándole una carrera y le dio la razón en su cabeza mientras el viejo continuaba con su discurso. «Y sin embargo aquí sigo, porque mi padre y mi bisabuelo estuvieron, y porque todos estos objetos hablan de ellos, de sus vidas, pero también de las nuestras. Olvidarlos sería no solo hacer que dejaran de existir, sino dejar de existir también nosotros: si somos es porque fueron, aunque muchos quieran que olvidemos esto», le dijo.

Y R. no entendió mucho pero supo que un día entendería, como entendería lo de Jano y por qué era importante tener la vista puesta a la vez en el pasado y en el futuro, y sabría cómo hacerlo sin ponerse bizco. Entendería por qué solo con semillas de ayer se puede sembrar mañana y sabría por qué le gustaba tanto sentir que su cuarto parecía el British y pensar que esos *souvenirs* eran realmente reliquias de hace miles de años. Por lo pronto se llevó la

agenda de vuelta a casa y le dijo al dueño de La Pajarita que se la enseñaría cuando estuviera llena. Pero antes de despedirse le pidió que le dijera algún refrán para inaugurarla. Y que le diera su número de teléfono.

Pulgas y duendes y caminos

Andrés Trapiello

En 2030, si todo transcurre como deseo, estaré transcribiendo estas mismas palabras, tal y como hace esa mano de Escher que se dibuja a sí misma en el momento en que está dibujando esa mano que se dibuja a sí misma en uno de sus trampantojos metafísicos o *mises en abîme*.

La experiencia me dice que la mayor parte de las cosas que nos llaman la atención hoy, al cabo de unos pocos años nos dejan atónitos, no tanto por su singularidad, sino al contrario, por su... ramplonería e inanidad, quiero decir por su absoluta falta de interés.

Llevar un diario con más o menos puntualidad y constancia compromete sobre todo nuestra inteligencia y sensibilidad y nos pone en entredicho con nosotros mismos, porque releídas esas páginas, pasados diez años (ni

siquiera los ochenta a los que se refirió Stendhal), las encontraremos muchas veces incomprensibles y ramplonas, si acaso no mezquinas o de gran bobería.

Ya he contado alguna vez el proceso que sigue uno en el *Salón de pasos perdidos*, esos libros que se escriben como diario y se publican como novela (en estos momentos al cabo de diez años, aunque podía ser igual de decepcionante cuando el lapso entre escritura y publicación eran tres, cinco o siete años). Se han publicado hasta la fecha veintitrés volúmenes, con un número de páginas a todas luces abusivo e inelegante, a mi pesar. Por tanto, sabe uno de qué habla.

De lo escrito a lo largo de un año en unos cuadernos artesanales y a mano, entre doscientas o trescientas páginas, apenas puede conservarse un tercio, y este tan transformado que apenas guarda relación con el original. Al comprobarlo, uno se pregunta a un tiempo con resignación y desolado (y eso se repite cada año): ¿Pero en qué estaba pensando? ¿Adónde miraba? ¿En qué cosas me fijaba entonces? ¿No soy más que ese escritor superficial, inatento, impaciente?

Se ha citado mucho la célebre entrada del diario de Kafka correspondiente al 12 de junio de 1914. Ese día estalló la primera guerra mundial. Cuántos ríos de tinta no habrán corrido sobre esta breve anotación: «Hoy Ale-

mania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde fui a nadar». Se ha visto en esta frase no desde luego la actitud de un cínico o de un indiferente, sino la de alguien a quien no engañan los ruidos del mundo, sean bélicos o valsados, alguien que muestra su completo desprecio por los negocios humanos que desempeñan, para su interés propio y en detrimento del interés general, las personas más egoístas, lunáticas, sanguinarias y miserables. Ven en Kafka la reencarnación de quien «prefiere no hacerlo», como Bartleby, porque sabiendo que «no hay nada que hacer», encuentra preferible la quietud del «no hacer» al aturullamiento del «algo hay que hacer», o sea, casi siempre atropelladamente, como en una versión moderna de la mística en la típica lucha entre el Bien (el reposo absoluto) y el Mal (en perpetuo movimiento).

Los que piensan de este modo, quienes dan ese sentido a las palabras de Kafka, se apoyan en las posteriores creaciones kafkianas, en las que hay alguien que siempre trata de meter en un molde la realidad, tal requesones en la horma quesera, y así ven al propio Kafka embutiendo en su vida cotidiana, tan pequeña, una magnitud inconmensurable como la de esa guerra y sus millones de muertos y cientos de ciudades y pueblos destruidos y países devastados. Y lo cierto es que no. Esa magnitud solo pudo advertirla Kafka en 1919, cuando la guerra ya había con-

cluido. El 12 de junio de 1914 la guerra que Alemania le declara a Rusia no es para Kafka y para la inmensa mayoría de sus contemporáneos nada más que otra de las muchas guerras que el belicista y pendenciero teutón lleva declarándole al primero que se cruza en su camino para, al cabo de unos meses, firmar un armisticio en Versalles, Varsovia, Venecia o cualquier otra ciudad que empiece por uve. Para Kafka esa guerra no es más que la media línea que le dedica en su diario, no más importante que las brazadas que dé esa tarde ni más duradera que las improntas de sus brazos en el agua. Ese 12 de junio Kafka no fue un visionario kafkiano que despreció el futuro, sino uno más de los mortales comunes que no le dio a un hecho la importancia que llegaría a tener.

Con todo esto quiero decir que la relevancia de los hechos no la proporcionan a menudo los hechos, sino su desarrollo ulterior, o su falta de desarrollo, su postrera inanidad.

Y lo que se dice en una dirección (de la indiferencia a la importancia), puede decirse a la inversa, de la importancia que concedimos a las cosas a su desaparición final, deshecho el mundo como la espuma de las olas en una playa.

¿Quién en 2030 recordará este cambio de gobierno que ha llenado España de comentarios, corrillos, pronós-

ticos en estas mismas horas en que escribo estas mismas palabras? ¿Durante cuánto tiempo recordaremos la pandemia del Covid-19? ¿Tanto como tardó en desaparecer de nuestra memoria la gripe española de 1918? ¿Tanto como esa guerra de 1914?

Sólo la perspectiva que le demos a las cosas será acaso lo que salve del olvido a muchas de estas, el punto de vista, lo subjetivo.

Casi no me atrevo a decirlo: la ficción, la poesía.

De modo que lo que digamos hoy (2021) de 2030, pervivirá en la medida en que prefigure ese 2030, tal y como hicieron Leonardo de Vinci o Julio Verne con tantas de sus fantasías, de modo que en 2030 digan, cuánta razón llevaba ese hombre entonces, parece que estuviera hablando de nosotros.

Y de eso se trata. De hablar de ti, quien seas, como hablamos de nosotros mismos, sin mirar más. Y hablar de pulgas y duendes y caminos. Así no se yerra. Pulgas y duendes y caminos hubo, hay y habrá siempre. Y cuanto más reales los contemos y más discretamente sepamos pintarlos más fantásticos parecerán y más poéticos.

¿Y de dónde salen las tales pulgas, duendes y caminos?

De una carta de Teresa de Ávila.

Tienen hoy para nosotros más vida esas cartas que sus

libros de las Fundaciones y sus Montes Carmelos, que no dejan de ser los primorosos encajes de una negación.

Las cartas, sin embargo, llenas de realidad, nos aportan no solo la preciosa lengua castellana que se estaba gestando entonces, sino el candor del que parece estar viendo siempre la realidad por vez primera.

Esa de la que hablo se la escribe a Antonio Gaitán, Caballero de Alba, vecino de Salamanca. De él nos dice fray Pedro de la Anunciación, comentarista del siglo XVIII, que fue mencionado muchas veces en el Libro de sus Fundaciones y que «vivió un tiempo enlazado en vanidades» y que «la fuerza de una luz del Cielo le derribó dellas como a otro Saulo, abrió los ojos del desengaño y rompió estos lazos en que lo tenía el mundo». Concluyendo, que para purgar su mala vida se entregó a la causa de la monja, para quien así «esmaltó con ese acto de humildad cristiana la joya de su nobleza».

Pues bien, a ese hombre escribió Teresa de Ávila que «plegue a Él [el Señor] que le sepa Vuesa Merced servir, y yo también algo de lo que le debemos [a Vuesa Merced], y nos dé [a ambos] mucho en que padecer, aunque sean pulgas, y duendes, y caminos».

Este «dar padecimientos» no deberíamos tomarlo demasiado a la tremenda.

Y a propósito de esto contaré algo que nos sucedió

hace años, visitando el convento de Santa Catalina de Arequipa.

Como es sabido, la ciudad de los tres volcanes ha sufrido a lo largo de su historia «harto recios y pavorosos» terremotos, tanto que alguno de ellos la ha destruido casi por completo, renaciendo siempre de sus escombros. Algunos de los escombros del último devastador seísmo los han querido conservar para admiración y espanto de los turistas que lo visitan: una celda monacal con el techo caído, las vigas atravesadas como aspas, las paredes resquebrajadas de arriba abajo con grietas que parecen rayos fosilizados... y este cartelito a la puerta: «Danos terremoto».

Al leerlo, estremecido, me acordé de la mística española, monja también como aquellas de Santa Catalina, que pedía se le diesen pulgas, duendes y caminos si había de sufrirlos por la salvación de su alma. Claro que ningún parangón con un terremoto o un volcán, al que nada, en la escala Richter del miedo, puede comparárseles. Una cosa es pedir pulgas y duendes y caminos y otra muy diferente pedir se nos envíen volcanes y terremotos. ¡Terremotos a mí!, parece que está oyéndoseles decir a esas bravas mujeres, como aquel «¡Leoncitos a mí!» que le soltó don Quijote al leonero diciéndole a este que soltase el león que llevaba enjaulado. Ni que decir tiene que en ese mo-

mento Teresa de Ávila, comparada con sus aguerridas hermanas peruanas, me pareció una novicia medrosa y sin experiencia.

El hecho de que al rato advirtiéramos que en realidad al cartelito solo se le había borrado la tilde de la eñe («Daños terremoto») no tiene aquí encaje ni es el momento de tratarlo.

Porque adonde quería uno llegar era a 2030 y a lo que se lea entonces, escrito por gentes que no saben si seguirán vivos en esa fecha.

Y esto puedo decir: que hubo, hay y habrá pulgas y duendes y caminos, y aun terremotos y volcanes fuera y dentro de nosotros, y que no es obligación pedirlos, desde luego, pero que llegados (y llegarán), hemos de saber sufrirlos con humor (como Cervantes hablándonos de don Quijote), pues lo único importante en esta vida es ir tirando y poder contarlos. Y traerle al que lo lea una sonrisa o un consuelo. Se hable de hechos insignificantes como pulgas o inconmensurables y terribles como terremotos y volcanes. Hoy lo mismo que en 2030 o 2100, cuando, contando desde hoy, hayan transcurrido los cabales ochenta años de Stendhal.

Amigos

Antonio Lucas

... Así que alquilé un coche. Antes comprobé una vez más que la fecha era la fecha. La fecha en que dijimos que, pase lo que pase, estaríamos allí con todo lo ocurrido. Lo bueno y lo malo. La vida siguió porque tenía que seguir, pero íbamos a cumplir la promesa. Por ella dejamos demasiadas cosas atrás, cosas importantes, cosas inútiles. Demasiados años de vida juntos sin porqué. Fijamos aquel día y pudo haber sido otro, pero alguien propuso ese día y estuvimos de acuerdo. Faltaban quince años y nosotros teníamos, unos más que otros, treinta y tantos.

—Amigas y amigos, dejaremos de vernos hasta la fecha escogida. Quien no quiera participar puede salir ahora de la habitación, pero los que acepten el juego deben jugar hasta el final. Sea como sea. —Eso dijo.

Tres salieron. Sospeché (o creí saber mucho después) que los precavidos también dejaron de verse, despacio, de a poco, aceptando un distanciamiento natural que en estos casos nunca es natural y siempre es del todo. Se traspapelaron con ese extravío que no acepta la vuelta atrás, y hasta lo más fuerte, lo más sagrado, se desvanece. Los otros cinco dijimos sí y entonces pactamos las reglas y prometimos asumirlas hasta el día elegido: no habrá llamadas, no habrá cartas, no habrá mensajes con intermediarios, no habrá encuentros, no habrá contacto. Incluso se exigía lo imposible: un olvido radical de nosotros, del grupo. Después de veinte años de amistad, un tajo rápido y seco para desangrar aquello que habíamos sido juntos. Pero esto, al menos a mí, me parecía imposible.

—Si alguna vez nos cruzamos en cualquier lugar debemos evitarnos. Y si no queda otra que estar cerca o frente a frente, no podrá haber ningún gesto de complicidad: miradas, amagos de acercamiento, roces fortuitos. Nada. Nada que delate que nos conocemos, y mucho menos que hubo una amistad —una amistad, por cierto, de las mejores—. Un pacto es un pacto. El éxito de este juego depende de nosotros. Nadie más debe saber. Dentro de unos minutos cada uno pasará a ser el sueño de una sombra en la memoria de los demás. Amigas y amigos, quedamos cinco para cumplir el reto. En este papel firmaremos todos

los presentes. Tiene la fecha de hoy: 21 de septiembre de 2015.

Uno a uno fuimos pasando la hoja. Nadie preguntó qué sentido tenía hacer algo así, separarnos sin más, dejarnos de ver, de tener. Firmamos. Creo que ninguno sospechaba que fuésemos a cumplir nada. Que esta absurda prueba de dejar atrás algo de lo que más quieres durase. Pero esto es un contrato. Nos obliga a ser coherentes. Y firmé. Y firmaron. Supe poco o nada de los cinco en estos años. Alguna vez, en el periódico, la radio o la televisión, aparecía una de las chicas. Tenía éxito al frente de una multinacional que ofertaba vuelos turísticos de quince minutos al espacio exterior. En distintos momentos me crucé con otro del grupo en la Plaza del Callao, pero tampoco estoy seguro de que fuese él. Aunque el día más violento fue el del Metro, cuando coincidí en un vagón de la línea 9 con el más joven del grupo. Me senté donde había un sitio libre. Eché un vistazo alrededor y al volver los ojos al frente, lo vi mirándome con las córneas grandísimas. Fue un instante de córneas espectaculares. Al instante disimuló mejor que yo y una chica se hizo sitio en medio, entre los dos, evitando el desastre. La tristeza me tuneló en ese momento. Una tristeza inexplicable, súbita. Estúpida, incluso. Una tristeza y una culpa. Me asusté. Bajó en la estación de Diego de León. También era la mía, pero es-

peré a la siguiente y volví a casa caminando, maldiciendo, maldiciéndonos a todos, maldiciendo mi frivolidad. Durante algunas semanas tuve sueños raros, casi pesadillas. ¿A dónde iba? ¿Por qué en esa línea? ¿Y en aquel vagón? ¿Fue una casualidad? ¿Y si me estaba siguiendo? ¿Qué fue de sus padres? ¿Y de aquella hermana en Italia embarazada de un griego indeseable y que tuvo al hijo sola con veintiún años? Nos habíamos querido mucho, pero el pacto era sagrado. También supremo. Hice nuevos amigos. Me casé. Imagino que en los demás ocurrió algo parecido. A mi mujer le conté, al principio de nuestra relación, lo del juego. Es la única vez que incumplí una de las reglas. Me pidió fotos, pero no tengo. Dijo que era una idiotez y que algo así terminaba por romper cualquier amistad. Qué sentido tiene distanciarse de esa manera de la gente a la que has escogido vincularte. Los amigos son una elección y nosotros habíamos decidido elegir que no íbamos a volver a serlo. Con el tiempo comprobé que había sido capaz de deshacerme de demasiados recuerdos de esos días. Me empeñé en el olvido con empeño, aunque no logré borrar todas las huellas. Tampoco agiganté lo que fuimos. Ni lo reduje. Fue fácil dejarlo ir. El tiempo se encarga de la parte más difícil. El tiempo es como la mar: puede con todo. A veces se abría paso una terca nostalgia, una inquietud, un pánico. Aunque aprendí a desocuparme de esa parte de

mi memoria a la vez que ellos perdían definición. Seis o siete años después, en el Retiro, creí ver de lejos a otro. Llevaba de la mano a una niña. Estaba más flaco, más calvo, más lento de zancada. Evité observarlo y estoy seguro de que no me vio. Estuve varios meses repasando cada detalle de los pocos minutos de aquella escena. ¿Sería él? ¿Era su hija, una sobrina, la hija de su pareja? ¿Por qué caminaba tan lento, casi renqueando? ¿Habría sufrido más o menos en este tiempo? ¿También me estaría siguiendo? ¿Le habrá sido noble la vida? A veces pensaba qué sentido tiene haber desbaratado la corriente de una amistad plena para comprobar lo que el tiempo puede hacer entre seres que han pasado la juventud tan cerca con una devoción incluso exasperada. La distancia los fue jibarizando hasta reducirlos finalmente. Los hizo mejores hasta convertirlos en casi nada. También me he dado cuenta de eso. A las doce de esta noche será el día: 21 de septiembre de 2030. Incluso a los que alguna vez vi (en el parque, en el Metro) conservan ahora en mi recuerdo, de una manera inquisitiva, el encanto unánime y luminoso de aquellos años en que era tan fácil no fingir ni temer. Hacía mucho que no los pensaba como lo hago ahora en el coche de alquiler. Es como si recobrásemos de golpe el pasado sin temer lo que se ha perdido en ese puente que nos cruza hasta el hoy. Porque el puente no existe, lo volamos voluntariamente

y yo nunca entendí por qué. Aunque tenía miedo. Miedo de lo que sucedió. De que alguien lo hubiese descubierto. Acepté el reto, qué otra cosa podía hacer. Algunas veces estuve a punto de deshacerlo. No habría sido difícil localizar a uno o a dos, a los cinco, y preguntarles directamente. Pero ellos tampoco lo hicieron. Conduje tranquilo los primeros 400 kilómetros. Disfrutando del viaje. La fecha era hoy y después de algo más de una década sin hablar del asunto, le dije a mi mujer que la fecha era hoy.

—La fecha de qué —preguntó.

—La fecha del reencuentro, ya sabes. La promesa del grupo hace quince años, así que voy a alquilar un coche para ir. Será juntarnos de nuevo después de todo.

—¿Y de verdad crees que los otros estarán para celebrar ese fin de fiesta infantil? ¿Qué sentido tiene? Es ridículo. Sois ridículos. Sois patéticos. Vosotros ya no existís como os recordáis. Es lo que tiene jugar a los muertos, que si alguna vez se aparecen ya no son los vivos que fueron. Cuando agotéis las anécdotas de la juventud que decidisteis no cerrar juntos no tendréis más de qué hablar. Lo que ha sucedido a cada cual en esos años ya no es un vínculo, sino una frontera. En fin, haz lo que quieras. La amistad se sostiene en estar, no en desaparecer. Vais a ser más extraños entre vosotros de lo que serás con cualquiera con quien te cruces en la carretera.

No recuerdo porqué escogimos (o aceptamos) reencontrarnos en el sur, nunca habíamos estado juntos allí. Todo esto lo fui pensando desde la una última parada que hice en un restaurante de carretera; y la inquietud fue tomando sitio. Una leve ansiedad. Quedaban 135 kilómetros hasta el punto de cita. El último tramo lo hice arrepentido. Hace quince años, joder. Una amistad no necesita este peaje. No soporta chantajes así. Nosotros nos queríamos. Lo pasábamos bien. Me hicieron falta muchas veces. También les tengo rencor porque ninguno rompió el pacto. Los amigos que conocí después, los que tengo ahora, no son como fuimos nosotros. En ellos quedó una parte de mí que ya sólo sé echar de menos, que talamos entre todos sin pensar en las consecuencias. Estuve tentado de dar la vuelta. Haremos el ridículo. Por dónde empezar. Qué hemos ganado. Llegué con temor. Ya era de noche. A la entrada de la playa había un parking con más caravanas que coches, y al fondo un chiringuito. Dejé el mío en la parte más iluminada. Me fijé en los otros coches, alguno sería de ellos. Aún quedaba media hora para las doce. Me senté en una de las mesas del bar que están sobre la arena y pedí una cerveza. Unas trece o catorce personas se repartían en grupos por las mesas. El único que estaba solo era yo. A los pocos minutos vibró el móvil con un mensaje: «21 de junio de 2030 te ha incluido en el grupo». Había ya tres

contactos y al rato, cuando volví a mirar, estábamos los cinco. Busqué el administrador de la cuenta de WhatsApp y no tenía más nombre que la fecha: 21 de junio de 2030. Tampoco aparecían números de teléfono. Sólo nombres, como un grupo cifrado o algo así. La oscuridad, fuera de la jurisdicción de la terraza, era fuerte. Estaba en el lugar elegido. No tengo duda, aunque tampoco tenía más certeza que el recuerdo lejano de lo que dijimos la noche en que nos separamos. Era aquí. Sí. Aquí. Creo que era aquí. Estoy casi seguro. Me levanté con el vaso de cerveza en la mano y observé la playa de lado a lado. Una bahía pequeña, abierta, sin recodos, desierta. Sobre la mesa, el móvil vibró de nuevo. Eran las 0:00. Abrí el mensaje: «Sólo faltas tú. Ningún crimen prescribe».

Desperté de golpe. Eran las 6:48 del 19 de septiembre de 2030. Sudaba y aún tardé dos segundos en recobrar la conciencia. Dos segundos en los que fui un fantasma. Un espectro. El sueño de una sombra que me persigue. Dos segundos agónicos hasta confirmar que esa penumbra era la de mi habitación y esta mi casa; y recordar que me llamo Andrés, que algunos secretos son una condena. Fue un error tremendo. Éramos muy jóvenes. Lo admiraba de verdad, nunca lo odié, pero esa noche... Ellos no saben lo que he sufrido. Es imposible que sospechen algo. Después de tanto tiempo no lo han descubierto. Y ya no lo sa-

brán. Qué sentido tiene hurgar en aquello. Al fin y al cabo, han pasado veinte años. Cinco desde el accidente y quince sin vernos. Porque fue un accidente, sólo un accidente. A mi lado, Ana dormía. Me duché, me vestí, revisé el bolso de viaje, consulté el teléfono, salí con cautela, cerrando la puerta de casa suave. Tuve una sensación extraña al pisar la calle. Era el día antes del día, así que alquilé un coche...

Antes de quedarme encerrada aquí afuera

Cristina Rivera Garza

RECUERDO, decía el mensaje hecho de sargazos podridos que se deshacía poco a poco en la orilla de la playa. ¿O era RECUERDA? Lo leí en voz alta, como si Anastacio, que no sabía leer, pudiera en cambio entender claramente lo que le decía en voz alta. RECUERDO AQUÍ. Me volví a ver la montaña, sospechando que alguien nos miraba desde allá, en lo alto, mientras Anastacio chapoteaba con agilidad, incluso con alegría, entre las corrientes del agua gélida, de donde finalmente regresó con un envoltorio de salchichas en el hocico. Tonto, le dije. Está vacío, ¿no lo ves? Aunque avanzamos como siempre, ascendiendo a paso lento por los escalones de piedra que nos llevaban al edificio del Centro de Atención, no podía deshacerme de la sensación de que unos ojos ajenos, tal vez inanimados,

nos seguían los pasos. ¿Qué tenemos que recordar?, le increpé al viento. Y, sobre todo, ¿para qué? Se lo pregunté a Anastacio una y otra vez. Y, una y otra vez, él se alzó sobre las patas traseras, haciendo una escaramuza ágil con las delanteras tratando de encontrar mis manos.

¿Tú también piensas que hay alguien más aquí?

*

¿Quién tendría tiempo y ganas de escribir mensajes así en la Reserva? ¿Por qué no utilizaba medios más comunes como un lápiz y un papel? Sobre todo, ¿a quién se los dirigía? ¿De quién requerían una respuesta?

Me lo pregunté demasiado tarde, cuando ya había caminado varias veces sobre esas composiciones hechas a base de piedras o de ramas que aparecían, o medio aparecían, en las veredas terrizas de la Reserva. No sé cuántas veces deshice las frases con mis pies, pero el día que finalmente reparé en la forma—una secuencia horizontal de signos de otra manera indistinguibles de la basura o residuos del camino—registré también la repetición. Las había pisado antes, sin duda, en puntos diversos de los senderos: una serie de pequeñas ramas secas que emulaban letras sobre la tierra suelta. Basuritas. Coreografía de muchos rezos. Esa vez me detuve en el último momento,

antes de que la suela de la bota destrozara el esqueleto de ese curioso abecedario. Me incliné con curiosidad y, sin pensarlo siquiera, recogí algunas de las ramas para inspeccionarlas de cerca. Me las acerqué a la nariz por costumbre. Palpándolas con cuidado, comprobé que algo o alguien las había podado concienzudamente, cortando las hojas y exponiendo sus muñones, despojándolas de su corteza, cuando no flexionando su tallo para conferirles un movimiento de apariencia humana. ¡El tiempo que debió haber tardado en formar algo así! Entonces recordé también las frases de piedras lisas, muy oscuras, que había encontrado con frecuencia en la playa, entre las redes de sargazo y el plástico que aventaban las olas, a un lado de la traza de espuma que marcaba el alcance máximo de la marea del día anterior. Y recordé los huesos, alineados unos junto a otros, simétricamente, hasta convertirse en forma. ¿También esos habían sido mensajes que no supe leer?

*

ESCARABEO. ¿Existía en verdad esa palabra hecha de ramas rotas, partidas a la mitad? ¿Qué hacían juntas estas letras junto al bebedero?

*

Volví a ver el camino que acababa de recorrer: atrás quedaban los 118 escalones de piedra del sendero Parry, tan solitario ahora como antes, bordeado de matorrales, plantas de yuca o de salvia, nopales coronados de flores amarillas, y los pinos que la asociación ecológica para la que trabajaba se empeñaba en preservar. *Pinus Torreya-na*. No había nadie. Tenía mucho tiempo que la Reserva, antes asediada por turistas o caminantes de ocasión, se había quedado sola, al principio casi de manera natural, después de las primeras olas de contagios, y luego por las reglas que fueron restringiendo cada vez más el paso. Arriba: el cielo brumoso de las mañanas. Abajo: la arena en que se había convertido el suelo de los cuatro circuitos de senderos antes de dar de lleno con la arena de la playa. ¿Quién miraba estos mensajes entre este arriba y aquel abajo? Me sonreí con algo de nerviosismo, volteando de derecha a izquierda, como si tratara de discernir, entre la maleza de la marisma, la presencia de alguien más. ¿Había alguien más ahí? Luego elevé la vista al cielo. Una nube, desgajándose a lo lejos. Una bandada de pelícanos preparándose para su vuelo en picada hasta casi tocar el lomo de las olas. Una gaviota solitaria. Los helicópteros de la base militar. Todos tenían ojos. Todos eran, a su manera, lectores potenciales de estos mensajes escritos con la materia del desastre que nos ceñía de cerca. Pero na-

die podría vivir aquí, me dije en voz alta, como si hiciera falta que algo más afuera de mí confirmara lo obvio. Si las ráfagas de viento habían sido capaces de esculpir los troncos de los pinos, inclinándolos a tal grado sobre el terreno que parecían arrastrarse sobre él, ¿no podrían también formar secuencias de letras sobre la arena? El ruido de unas pisadas me obligó a virar de repente, escudriñando mi entorno y aguantando la respiración. ¿Entonces sí había alguien más? Una ardilla de buen tamaño atravesó el sendero a toda velocidad, asustando a un par de lagartijas. Mira esto, le dije a Anastacio, que corrió tras de ellas para regresar, triunfante, con una presa todavía viva en el hocico. Me sonreí y le acaricié la cabeza erguida, fuerte, teñida ya de algunas canas. Sabía la respuesta: la Reserva había cerrado sus puertas al público unos diez años atrás. No había nadie más ni en el Centro de Atención ni en las veredas. Sólo quedábamos los pinos y yo. Solo quedaban ellos, sedientos y moribundos, presas de la depredación secreta de los escarabajos, y yo que, cumpliendo con mi contrato de trabajo, seguía colocando las feromonas en las trampas que pendían de sus ramas.

Sólo quedábamos los pinos, Anastacio y yo.

*

SOMOS ESCARABAJOS. ¿Decía eso, en realidad, la frase que formaban unas cuantas piedras? Las toqué con cuidado, tratando de no deshacer la oración, imaginando la manera lentísima en que los coleópteros tuvieron que haber cargado los guijarros sobre su lomo para luego depositarlas, uno a uno, al final de su jornada. No pude evitar una carcajada. Y, luego, tan repentino como la carcajada, no pude evitar escuchar con pasmo el eco de mi silencio. ¿Quién se escondía detrás de ese plural?

*

Hay escarabajos voladores y escarabajos que no se despegan jamás del ras del suelo. Hay escarabajos que, al sentirse amenazados, expelen una sustancia fétida para alejar a la fuente de peligro. Algunos cuentan con pinzas o cuernos. Otros tienen antenas. Algunos se alimentan de mierda y otros emiten luz. Todos tienen una cabeza, un tórax, un abdomen, y una pieza bucal enorme que les permite masticar. Y destruir. De entre los millones de especies de la orden de los coleópteros a mí me tocaba engatusar, con químicos artificiales, al barrenillo que, en su etapa de huevo y de larva, horadaba la médula de los pinos. Sin su latente amenaza, mi presencia en la costa habría sido innecesaria. Sin su gran poder de adaptación,

sin su terco desafío, no habría tenido que recorrer los senderos de la Reserva tan seguido.

La sequía, que atacaba la región sin misericordia alguna, tenía la culpa de todo. Justo como había pasado casi medio siglo atrás, en últimos años de los 1980s, los pinos sin suficiente agua producían tan poca savia que a las larvas de los escarabajos no les quedaba de otra más que hacer lo suyo: corroer, raspar, cavar los túneles dentro de los troncos hasta dejarlos podridos y huecos. Las arboledas que tanto entusiasmaron a Parry cuando las vio por primera vez aquí, bajo la bruma costera de 1849, un año apenas después de la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, no eran más que cementerios ahora: grupos de árboles enjutos e inmóviles que se abrían también, como otro mensaje oscuro, hacia la indiferencia del firmamento. Los ojos de los pájaros o los de dios. Por eso tenía que checar las trampas de feromonas que colgaban de las ramas más gruesas de los pinos en un esfuerzo, siempre derrotado, por distraer a los escarabajos de su fin último, que era la pulpa, la savia, la vida de estos pinos extraños. Terminarían con todo, como lo habían hecho antes. Y, esta vez, no volvería la lluvia que alguna vez interrumpió el trabajo de su destrucción. De cualquier forma, continuaba con mi tarea como si todavía hubiera un mañana: recorrer los senderos, checar las trampas, asegurarme de la preservación de esta orilla de tierra.

¿Podría alguien sobrevivir en la Reserva sin que yo lo notara? Me lo pregunté muchas veces de regreso al cuarto, y muchas veces más mientras sacaba unas latas de sardinas de la alacena y vertía un poco de agua en la tetera eléctrica. Apenas se me ocurrió la idea, la deseché con un movimiento terco de cabeza. Algo así sería casi imposible, ¿verdad, Anastacio? Para empezar, desde el quinto rebrote del último virus, los parques y reservas nacionales habían reducido a un mínimo el número de visitantes, aceptando únicamente, y eso nada más en temporadas de invierno, a uno que otro de esos pescadores solitarios, de barbas ralas y overoles de hule, cuyo entusiasmo por el nuevo régimen les ganaba privilegios de entrada y recolección. Además, estaban ahí, desperdigados entre los valles, aunque más hacia el norte, los campos de entrenamiento del ejército, con todo su arsenal de armas y sus nuevas tecnologías. La Reserva requería también una serie de documentos oficiales—licencias de manejo, pasaportes, cartillas de vacunación—para otorgar permisos y abrir el paso, cosa especialmente difícil en este corredor migratorio que unía las costas de dos países. Nadie podría haber escapado de los ojos avizores de las cámaras de vigilancia, las armas de los soldados, o las penurias del

hambre. A menos, claro, que fueran invisibles. A menos, claro, que se alimentaran de barrenillos. Y lagartijas. Y ardillas. Y nopales. Y salvia. Pronto tuve que reconocer que la lista de viandas era sustancial, y fue entonces que me llegaron a la memoria las cisternas de agua fresca que un grupo de ingenieros pagados por la universidad había rescatado al inicio de la última sequía para momentos de emergencia, sobre todo para el consumo de los dirigentes y sus familias. Sabía que nadie había tenido el cuidado de destruir los bebederos que, oxidados ya y contra todo pronóstico, funcionaban todavía en la entrada de cada uno de los senderos circulares de la Reserva. Si alguien vivía aquí, escondido entre los matorrales de la marisma u oculto en las cuevas de los acantilados, tendría que inclinarse alguna vez sobre estos bebederos. Si alguien vivía en este entorno, lo encontraría ahí, saciando su sed.

*

Había visitado la Reserva al menos tres veces por semana ya por varios años: quince tal vez, en todo caso no menos de doce. Como de costumbre, estacioné el Jeep en la parte baja, frente a la playa, sobre los restos del pavimento cuyas líneas blancas indicaban que aquí, alguna vez, hubo un estacionamiento, y emprendí el ascenso

después de checar mi tarjeta de entrada. Fui recorriendo uno a uno los circuitos a paso lento, empezando por los más cortos en la base de la montaña que todavía ofrecían vistas deslumbrantes de las cañadas y los acantilados y, finalmente, del océano entero. Nada me molestaba al subir la cuesta, ni siquiera el pecho que se movía al ritmo de la respiración presurosa, pero el dolor en las rodillas me obligaba a tener cuidado con el descenso. La conducta humana había variado con las sequías, pero los mecanismos de la atención continuaban siendo los mismos: cuando una ha visto algo, ya no puede dejar de ver. Así, aunque ya necesitaba nuevos anteojos, no tardé en identificar más mensajes sobre el suelo.

TODOS MORIREMOS, podía leerse. Aunque tal vez decía, en realidad, TODOS MIRAREMOS. ¿Cómo estar segura de algo así? Me senté en cuclillas a un lado de la frase, abriendo bien los ojos. ¿Quién podría tener estos pensamientos tan oscuros, tan ciertos, además, sobre el fin que nos tocaría irremediablemente a todos? Caí sobre el suelo, pensativa. Atrás de mí, apenas a un metro de mi espalda, se elevaba el promontorio de tierra sobre el cual se erguía, a su vez, una cruz maltrecha. Tenía que ser alguien con deseos, o necesidad, de esconderse. Un prófugo, tal vez. Un desertor del ejército, ¿por qué no? Alguien con culpa o alguien con vergüenza. Un migrante, con toda

seguridad. Alguien fuera del imperio de la ley o alguien que aspiraba a entrar en el imperio de la ley. Las ideas se me amontonaron en la cabeza. Capitán Anastacio, decían las letras talladas en la intersección de la cruz. Sonreí y me aproximé para tocarlas. Luego tomé algunos de los huesos finísimos, muy blancos, que yacían sobre el suelo. Mira nada más, Anastacio, le dije, admirando la formación y acercando un par de ellos a su nariz. ¿A quién o qué le había pertenecido ese esqueleto?, dije por decir. Volví la vista atrás, temerosa. Vigilante. Anastacio se recostó sobre la tierra y se lamió los pies, bostezando. No te das cuenta de lo que está pasando, le susurré, acariciándole las orejas. Mejor así, dije cuando volvimos a emprender la caminata.

*

La mirada de los otros cansa. La ingravidez que brinda la soledad, y que la soledad preserva, desaparece de inmediato cuando el cuerpo cae presa de la observación o vigilancia ajenas. La otra mirada se aloja con un peso desmedido sobre la epidermis y ahí, como si se tratara de una materia viscosa y densa, se expande, incómoda, sobre los hombros, que comba, y la energía, que termina por consumir entera. Tal vez por eso avanzaba por los circui-

tos de siempre con la respiración entrecortada, el dolor de sienes, y las gotas de sudor sobre la frente y el cuello. Tenía la impresión de que, si pronunciaba alguna palabra, me temblaría la voz. Parecía que llevaba un fardo encima en todo caso, algo estorboso que no me dejaba avanzar a mi ritmo mientras subía escalones o ascendía por tramos escarpados que, en otros momentos, no me habían requerido esfuerzo alguno. Tal vez era solo la edad. O tal vez la ola de calor que pintaba el entorno de amarillo, naranja, mostaza. No dejaba de voltear nerviosamente de derecha a izquierda, temiendo que en cualquier momento me asaltara el demonio que, cada vez estaba más segura, merodeaba estos caminos que conocía bien. No me sabía observada, pero sí me sentía observada. Al final tuve que tomar un descanso en una de las bancas del Jardín Whitaker, la colección de plantas costeras que alguna vez mantuvo cierto orden pero que ahora se desplegaba como un embrollo de tallos y raíces. Qué tan frágil era mi condición como para que unas líneas hechas de ramas y de piedras y de sargazo y de huesos me provocaran ese estado de alerta. Me reí a solas. ¿Qué otra cosa podía hacer? Me entretuve revisando el cielo mientras pasaba mi sobresalto. Anastacio me lamió las manos. Luego, ya un poco más calmada, tomé agua directamente del bebedero. En el camino de regreso, removí un montón de ramas secas con el

pie y descubrí, con algo de sorpresa, la placa que decoró por años ese punto de la Reserva. Charles Parry. Médico y botanista. Miembro de la Comisión Geológica del Noroeste de 1847. Miembro de la expedición de botanistas que exploraron las plantas de la línea fronteriza. Árboles raros, así les llamó Charles Parry a los pinos costeros que, a merced del viento, adquirirían formas retorcidas en el borde de los acantilados.

*

ESCARABEO. La palabra apareció en un sueño y, sobresaltada, me incorporé. Salí de la cueva a toda prisa, como si me persiguiera el demonio que imaginaba rondando la Reserva. ¿Así que sí existes, palabra?, le dije al amanecer. Anastacio me siguió de cerca, como era su costumbre. Algo con capacidad de lenguaje vivía entre nosotros, le anuncié, convencida, mientras subíamos la montaña. Un migrante que necesita mi ayuda, sin duda, le dije. Alguien que hablaba, o entendía, español. Ya era suficiente que desacatara las reglas de manera tan obvia, viviendo en una reserva del Estado, pero si además venía del otro lado las consecuencias podían ser desastrosas. Mi posición quedaría en entredicho. Tal vez la misión de la Reserva misma, que apenas se sostenía de dádivas pri-

vadas y se beneficiaba, de hecho, de la indiferencia de la máquina gubernamental, estaría en peligro. Tenía que interceptarlo antes de que lo detectaran las cámaras de vigilancia o le apuntara el arma de algún integrante del ejército. Antes de que lo vieran los pájaros hambrientos. Tenía que hablar con él.

*

Levanté el *switch* en la caja de fusibles tan pronto como entramos en el Centro de Atención. Una prisa súbita, como si estuviera a punto de hacer un gran hallazgo, dominó mis movimientos. Abrí el pequeño refrigerador maloliente y extraje a la distraída una docena de lagartijas descabezadas y una lata de cerveza. Saqué la silla al patio y la coloqué frente al tronco cortado que, a menudo, me servía de mesa o de otomano. El sol, redondo y púrpura, empezaba a ocultarse detrás de las olas. Anastacio se alejó entre los pinos, seguramente para cazar alguna ardilla o alguna urraca. El caparazón de un Jeep militar, ya sin llantas, me impidió observar su rastro. Mi mano temblaba cuando elevé la lata de cerveza, que contenía agua tibia, intentando aproximarla a los labios.

*

Salimos de la cueva temprano, listos para la jornada diaria. Anastacio emprendió el camino con una energía inusual, guiándome por las veredas de acuerdo a los caprichos de su olfato. Mira, le dije, cuando alcanzamos el pico de la Yuca, desde donde podíamos ver, con ayuda de catalejos, el movimiento de los soldados en su campo de entrenamiento. Un buque de guerra lo esperaba en el extremo norte de la bahía. Cuando los helicópteros alzaron el vuelo, nosotros salimos corriendo. Pasamos por los bebederos aprisa y, de ahí, cambié el rumbo hacia la arboleda de las feromonas. Los conos que colgaban de las ramas parecían estar en su sitio pero, una vez guarecidos bajo el follaje, pude notar que estaban ahora en las ramas más altas. La respiración, agitada otra vez. La cabeza, de izquierda a derecha. Alguien los había cambiado de lugar, sospeché en el acto. ¿Sería uno de ellos? ¿Sería uno de nosotros? Pero, para estar segura, me subí a las ramas y los volví a cambiar a mi vez, marcando la nueva ubicación con la navaja. Vamos, le dije a Anastacio, temiendo lo peor. Vámonos de aquí.

*

RECUERDO, decía la palabra que formaban las escamas casi transparentes sobre el mostrador. O, tal vez,

era RECUERDA. Una orden o una afirmación. ¿Tal vez las dos? Me aproximé tanto como pude, inclinada sobre ellas, porque no podía enfocar bien de lejos, pero tampoco veía bien de cerca. El olor, al final, me convenció. Era una serie de pequeñas placas rígidas que, sobre la piel del pescado, ofrecía protección y aislamiento, pero que ahora, colocadas una junto a la otra, solo servían para dar un recado. Recuerda. ¿Pero que recuerde qué, Anastacio?, le pregunté al aire. La bruma de la tarde se deslizó poco a poco desde la costa y, de pronto, cruzó el umbral de la puerta. Todo en el cuarto se volvió borroso. Tartamudeé al pronunciar su nombre, asustada. Di un par de pasos con los brazos extendidos y, como si estuviera aprendiendo a caminar o como si hubiera olvidado caminar, continué hasta que las palmas de las manos chocaron contra un tronco.

*

Salimos del cuarto en el Centro de Atención con las cañas de pescar, mucho antes de que saliera el sol. Era la única hora en que descansaban los helicópteros y dormían los soldados. Tenía tiempo ya que ni los pescadores se acercaban a esta zona de la costa. Para mi sorpresa, Anastacio ladró un par de veces sin separarse de mi lado.

¿Había alguien más? Me quedé paralizada un rato, sin despegar las manos de la caña, mientras el eco de su voz animal desaparecía sobre el oleaje. Pronto, no quedó más que el rumor del mar. Estamos muy desprotegidos, le dije por decir algo. Pero nadie nos encontraría aquí, suspiré luego de un rato. Volví a colocar la carnada en el anzuelo y lancé la línea al agua con las manos temblorosas. La probabilidad de que picara algo era remota, pero igual no podía dormir. El zumbido en la cabeza no me dejaba conciliar el sueño y, cuando caía rendida sobre el catre, las pesadillas me despertaban a gritos. Mejor salir e intentarlo de nueva cuenta. Mejor meter los pies al mar y volver la cara al cielo.

Nos alejamos del agua cuando el sol empezó a pintar el horizonte de un rosa muy tenue. Vámonos, le dije a Anastacio. Pasamos frente a la oficina destartalada, donde un reloj checador ya sin manecillas señalaba que el tiempo había dejado de existir. No fue sino hasta que llegamos al cuarto dentro del Centro de Atención que me di cuenta que llevaba un pescado de buen tamaño entre las manos. Imbécil, le dije, mientras observaba los destellos iridiscentes que despedían sus escamas. Cómo caíste en un truco tan viejo. Cómo te dejaste masacrar de esta manera. Le corté la cabeza y las aletas mientras lloraba. Luego, me entretuve haciendo unos filetes delgadísimos

sobre el mostrador. El esqueleto tan fino, hecho de huesos maleables, quedó intacto. Traté de prender el generador para ver si podía usar la parrilla eléctrica, pero, como no funcionó, me comí la carne cruda, laja a laja, frente a los ventanales. El sabor le recordó algo a mi lengua. Éramos tres y corríamos juntos por las veredas, compitiendo para ver quién llegaba primero al mar. Sonreí. O creo que sonreí. Escuché sus risas y el eco de sus risas. Los ojos de los pájaros y los ojos de las cámaras seguramente podían verme ahora así. Antes del accidente, de la pierna rota, de la gangrena. Antes del entierro. Antes de quedarme encerrada aquí afuera. Recuerda, me dije cuando todo estuvo a punto de quedar otra vez cubierto por la bruma. Recuerdo aquí.

Trabajadora

Espido Freire

Mi abuela es la única que me entiende: es quien recuerda que a mi edad deseaba la libertad que le brindaba el trabajo, levantarse cada día con un propósito y que el final del día te encontrara con un cansancio físico que justificara el sueño, y el final de mes con un salario que justificara la independencia, el orgullo propio y la formación previa. Vivió tiempos de reivindicaciones, de huelgas y de antiguos derechos laborales: cuando habla de ello me parece escuchar un cuento de hadas sin moraleja ni final feliz.

Para mamá mi insistencia en atarme a un empleo resulta más que extravagante: entra en lo vulgar. Hace años que en nuestro entorno no trabaja nadie. Nuestra ciudad fue una de las primeras en participar en el experimento de la renta existencial. En pocos meses, el trabajo se eliminó de manera inmisericorde y constante de abajo a arriba

(conductores, limpiadoras, reponedores, cajeras, agricultores, dependientas, empleados de banco, profesores, policías) y salvo alguna resistencia inicial, más política que práctica, se convirtió en un recuerdo. Los uniformes desaparecieron de los libros infantiles: en su lugar, entraron los símbolos que identificaban cada máquina, cada robot. Solo los fabulosamente ricos mantienen un chófer, como una señal de marcado estatus y un guiño conservador a la mano de obra humana.

Yo era una niña: apenas dejábamos atrás los últimos coletazos de la pandemia de 2020, que en mi memoria fue un largo y aburridísimo encierro seguido de largas estancias en el campo y de una mascarilla con ositos que renovaba dos veces al día. Apenas me enteré de los fallecimientos, aunque murió mi abuelo paterno, y cuando por fin tuve conciencia del mundo en este no había espacio para el trabajo físico: guardo una vaga impresión de haber visto una vez, cuando era muy pequeña, un cajero humano en una gasolinera. Su buzo naranja y un olor acre y extraño se entremezclan y me resultan tan remotos que a veces pienso que no son reales, sino que lo debí extraer de un documental, o en una película. Salvo la que se conserva en el museo de las Civilizaciones, no he pisado una gasolinera en la vida. Pero entonces ¿dónde encontró mi memoria ese olor?

Doblo la última calle y llego a la casa en la que trabajo desde hace dos meses, entre el reproche callado de mi padre y las sonoras reconvenciones de mi madre. ¿Qué quiero, llamar la atención? ¿Necesito sentirme especial? ¿Busco más dinero? No, papá, no, mamá, no se trata de nada de eso, aunque disfruto cuando comento con mis amigas lo que ese día me ha pasado en el trabajo (ninguna de ellas se ha atrevido a dar el paso, estudian y procesan, viven en la casa paterna, donde tampoco nadie trabaja); aunque a nadie le estorba sentirse especial en una sociedad repleta de clones que piensan y visten de manera parecida; aunque el dinero me encanta. Claro que podría vivir de mi asignación existencial, y en apenas dos años, si me aplicara en los estudios, obtendría una renta razonable. Pero lo que gano con este trabajo es cuatro veces más que lo que asignan a mi padre, y me gusta. Mi madre dejó de decir que era vulgar cuando llegó la primera nómina, pero le disgusta profundamente, como una vergüenza íntima que no se disipa con el tiempo. Yo disfruto con ello, me preocupa el ser cada día un poquito mejor. Mis clientes se lo merecen.

La casa, cuadrada, vítrea y blanca, responde a mi petición con una voz dulce que desmiente su aspecto y me permite entrar. Dejo la chaqueta sobre una silla, paso al diminuto espacio de higienización y me lavo las manos;

me cubro con mi uniforme: una bata blanca con mi nombre bordado, un gorrito que me retira el cabello del rostro. Entonces entro en el Sanctasanctórum, el más bonito de los que he visto hasta ahora. No hay rastro de cursilería ni de mal gusto en la sala: luz natural, un espacio amplio y bonito, colores claros pero cálidos, y los dos nidos paralelos en el centro.

Allí duermen los mellizos, cada uno en su útero palpitante, tan tiernos, tan pequeñitos, que siento que me conmuevo cuando entro en su habitación y siento el aroma, muy sutil, a sangre y aliento contenido.

—Buenos días, nene, buenos días, nena.

Sus padres ya les han asignado nombre, pero a mí no me está permitido usarlo. De hecho, ni siquiera me los han dicho. Solo ellos les llamarán de la manera adecuada, secreta hasta que nazcan, para que a través de la delgada pared del útero artificial el vínculo entre los niños y sus padres se fortalezca. El resto de las cuidadoras, las que vendrán después, también usarán esos nombres. Los repetirán para que los niños se identifiquen con ellos, para que corran cuando los escuchen o vuelvan la cabeza en ese gesto instintivo, imposible de falsear, de quien es llamado por el nombre de infancia.

Las gestadoras no podemos, no debemos crear esa cercanía: compruebo que todos los niveles se encuentran

bien regulados. La normalidad se marca en un laberinto de luces verdes: la niña sigue baja de peso, no asimila bien el alimento. Le han cambiado dos veces un tramo del cordón umbilical, pero eso no parece que sea el remedio. El niño, en cambio, crece como un torito, de día en día experimenta cambios: no para quieto, será un hombrecito inquieto y nervioso, con el puño diminuto apretado contra un pómulo apenas insinuado. Se encuentran en la semana treinta y dos de gestación, y la mayoría de los riesgos de los embarazos artificiales han quedado atrás. Ahora llega el tiempo para el disfrute.

Modulo la luz para que perciban que he llegado, la adapto al tono adecuado, y me quedo fascinada por la precisa distribución de los deditos, la perfección completa de los pies y las manos, con unas uñitas delicadas y visibles. La membrana del útero es translúcida, pero las cámaras me permiten seguir cada movimiento de su interior sin obstáculos. Les saco algunas fotos, se las mando a sus padres, aunque seguramente habrán tomado ellos las suyas esta misma mañana. Me tumbo entre ellos, en el estrecho diván colocado entre los dos úteros, poso cada mano en un lateral (los dos fetos se balancean para acercar su cabeza a mis palmas) y comienzo a canturrear.

Les gusta que les cante, y que sea yo quien lo haga. Lo sé porque la madre me comentó que hacía mucho tiempo,

desde la octava semana, que no les cantaba ni les ponía música porque no detectaba ninguna reacción. Conmigo, en cambio, se acercan, ondulan lentamente como delfines, las manitas muy juntas, las cabezas cobijadas en mis manos y permanecen así, en paz, mientras tarareo viejas canciones. Quizás la madre no cante bien, no sé. Sería lo único que esa mujer hace mal, pero algo debe de haber.

Los padres son mayores, pasan de los sesenta. Ella, muy guapa, con una cabellera plateada que le cubre la espalda, y un aire de seguridad que me desarma. Él más taciturno, menos impresionante, pero sin duda la mente de la pareja, quien toma las decisiones. Por supuesto, no trabajan. Ella dice que lo echa de menos, pero, añade a continuación, no por el trabajo en sí sino por el toque humano que le daba acudir a una oficina, tomarse un café con sus compañeros, el cotilleo de la semana. Gestionaban inversiones, su renta existencial es estratosférica.

Los niños nacerán ya ricos, crecerán rodeados de amor, y no sabemos qué maravillas y qué horrores les esperan en este futuro incierto en el que cada noticia de hoy envejece la de ayer. Quizás más adelante me pidan que sea su cuidadora, pero no sé si me compensa. Se paga mucho más la tarea de cuidar la gestación, y conlleva mucho menos ajetreo.

Mi teléfono se activa: es Miguel. Veo cómo su nombre parpadea en la pantalla, cómo su rostro sonríe entretejido con los corazones que le añadí. Debería cambiar ese filtro, pero solo me acuerdo de ello cuando me llama. El resto del tiempo aparto de mi cabeza a ese hombre. Como en ocasiones anteriores, no le contesto. El último tono vibra en el aire. Los mellizos se mueven, inquietos. Aunque mantenga el teléfono en silencio lo perciben, y no les gusta. En realidad, no debería llevarlo conmigo mientras me encuentro en el Sanctasanctórum, pero hago caso omiso de la recomendación de los padres, porque me quedaría aislada. Todavía me quedan dos años para que me instalen el sensor portátil, ocho para el microchip.

Cuando todo regresa a la calma, siento una desolación enorme. Me duele el estómago, y siento tantas ganas de llorar que salgo a la cocina, y respiro mientras las lágrimas retroceden a su lago original. La casa me escucha, compasiva.

—¿Quieres una taza de té, Ana?

—No, gracias.

—¿Quieres una taza de chocolate, Ana?

—Sí, por favor.

Es una de esas casas engañosas: discreta, con un nivel invasivo muy bajo. En un primer momento parece fría,

ausente. Hay que conocerla para descubrir los pequeños detalles, mi aroma preferido cuando cruzo la puerta, el nivel de cansancio que detecta casi al instante, una actitud siempre a la espera. No me abruma, como la mía, con proyecciones constantes y con recuerdos bombardeados sin cesar: en realidad, aunque mis padres presumen de modernidad, nuestra casa tiene la programación de hace dos o tres años. Casi todo en ella se ha quedado anticuado. Las nuevas casas leen la respiración, interpretan con cierta habilidad los niveles de estrés: son como esta. Caras, sutiles y silenciosas.

—¿Quieres hablar, Ana?

—No, gracias.

Quizás más adelante: de momento no tengo tanta confianza con la casa como para contarle qué me preocupa. No sé qué hará con esa información, si la borrará inmediatamente, si la compartirá con mis clientes, si me ofrecerá una copia de cortesía. Dejo la taza de chocolate en el punto de lavado, y regreso con los niños. Han pasado ya tres meses: una llamada de Miguel no debería ser más que un mosquito que se estrella contra el cristal.

Lo dejamos porque descubrí que era un radical: quería tener hijos. Al principio creí que, como muchos chicos, fingía un cierto primitivismo. Son idiotas, pero creen que eso les hace más viriles a nuestros ojos. Le obsesio-

naban los coches antiguos, la historia anterior a la pandemia. Quería procesar datos y sistemas que conservaran esos datos y algunas viejas costumbres. Con sus amigos, frecuentaba salas de simulación de actividades pasadas, conducían coches, reparaban cachivaches, planchaban ropa. Era amigo de mi hermano, y no recuerdo un tiempo en el que no pasara tiempo con nosotros en casa. Yo sabía que siempre le había gustado. De pronto, sin saber por qué, me volví loca por él. Una mañana desperté, y cuando escuché su voz en el comedor me di cuenta de que me moriría si él no me quería. Como si alguien hubiera pulsado una tecla en mi espalda, y nos echara a andar al unísono, para que nos encontráramos.

Vivimos un romance estúpido, plagado de lugares comunes, idéntico al de todas mis amigas, con sus altos, con sus dudas y celos. Él era mayoritariamente heterosexual. Yo no lo tengo claro. Los porcentajes de compatibilidad nos ofrecían mejores datos de lo que yo vivía día a día. Claro que si se trata de creer en los porcentajes de compatibilidad, podría también creer en la astrología. Pero, con todo, fuimos felices durante un año, besos escondidos y largas escapadas virtuales, hasta que comencé con mi trabajo de gestadora.

La primera casa en la que trabajé no era tan bonita como esta, y el Sanctasanctórum cobijaba a una única

niña, la tercera de la familia. Yo estaba fascinada con ese bebé: aún hoy, tengo tres veces más fotos de ella que de cualquiera de los otros dos que he cuidado. Todos ellos son perfectos, pero esta parecía un ángel. A las 38 semanas las pestañas sombreaban una naricita de muñeca, y la curva de su frente era un trazo de acuarela. Y una tarde se la enseñé a Miguel.

Su rostro se suavizó (esa misma tarde habíamos discutido) y mostró un rastro de miedo. Me pareció normal: los bebés generan esa emoción en muchos hombres, la crudeza de verlos indefensos en sus úteros contrasta con la hermosa imagen del nacimiento, limpia, sin venas ni cordones ni líquido gelatinoso en torno a la boca y los ojos.

—Un día tendremos una como esta —dije yo.

—Un día tendremos una natural.

Solté una risita porque creía que bromeaba. El silencio que siguió me dejó suspendida en el aire, sola.

—No estarás hablando en serio. Los niños artificiales son perfectos. Nunca me arriesgaría a transmitirles una enfermedad, o un defecto genéticos, por no haber cribado previamente mis óvulos.

—Los niños artificiales son artificiales. Mira mi sobrino, mira a los bebés que están naciendo ahora. La selección hace que no lloren, que no sientan.

—No lloran porque son felices —defendí yo, leal a la pequeña que crecía a mi lado.

—No es más que un timo: con nuestra asignación ¿cuándo podremos tener hijos? Suma: el cribado de óvulos, la selección de esperma, el útero artificial. Posiblemente quieras también que una gestadora los cuide. No ocurrirá antes de pasados los cuarenta.

Fruncí los labios, obstinada: había calculado en muchas ocasiones cuándo y cómo podríamos ser padres. Todas mis amigas lo hacíamos. Los niños son caros, y las mujeres continuamos más interesadas en ellas que los chicos. ¿A qué venía aquella preocupación, aquella insistencia?

—Entonces no los tendremos hasta pasados los cuarenta.

—Ana, los seres humanos han traído al mundo hijos naturales durante siglos. Hasta hace una década no existían los úteros artificiales.

—Y hasta hace un siglo la gente moría por no tener acceso a antibióticos, y hace quince años la esperanza de vida era de ochenta años. Hace diez años, antes de las esterilizaciones masivas, las mujeres se quedaban embarazadas sin desearlo. Yo no voy a revertir mi esterilización, no voy a usar mi propio útero. ¿Qué somos? ¿Animales?

Él no contestó. Al cabo de un momento se levantó y

se fue. Yo rompí una de las normas y toqué a la niña sin una necesidad real de hacerlo: durante el resto de la tarde, su manita rodeó mi dedo índice, mientras yo sentía cómo el amor que me había atravesado durante un año se desvanecía lentamente, hasta que pareció una sombra de su sombra, una fantasía tan extraña como las que se acumulaban en el Museo de las Civilizaciones.

Miguel se alejó, en un principio, y nuestra relación se deshizo, como una nube arrastrada por un viento invisible, pero regresó cuando comencé a cuidar a los mellizos. Primero creí que no me había olvidado. Eso me provocaba una halagadora sensación de importancia, sutil como los aromas con los que me recibe esta casa, pero innegable. Después creí, con horror, que su grupo de primitivistas había descubierto para quién trabajaba, y que pensaban, qué se yo, en un asalto, en el rapto de los dos úteros para destruirlos, o para pedir un rescate. Se habían dado algunos casos, no muchos ni en este país, pero su recuerdo poblaban las pesadillas de todas las gestadoras: los delinquentes nunca tomaban la casa con los padres dentro, sino con las gestadoras, a las que amenazaban de muerte, y a las que obligaban a tomar decisiones horribles.

Desde entonces, cada vez que escucho un ruido activo la clave de casa: ella sabe cómo actuar. En su seno, como otro bebé indefenso, me muevo yo. Hasta ahora todo han

sido falsas alarmas. Lo normal, de hecho, es que todo lo referente a un movimiento extraño sea una falsa alarma.

Pero no; ha abandonado ese grupo, posiblemente porque ha llegado a la edad en la que ese tipo de actividades condena a quien las sigue a un ostracismo sin regreso. Me ha dejado mensajes de colores y texturas diversas, incluso las que sabe que no me gustan: ha probado a seducirme y a convencerme. Es mucho más hábil que mis padres. También él quiere que deje de trabajar: cree que mi carácter, desde que soy una gestadora, ha cambiado. Que yo misma no seré, en su momento, una buena madre, que no resulta ni natural ni agradable el vínculo que creo con niños a los que no veré nacer, que ni siquiera sabemos si llegarán a nacer.

Sé que lo que me dice es una sarta de mentiras, con alguna verdad perturbadora entrelazada. Así funcionan las grandes farsas, con un pequeño matiz real. Y estoy en condiciones de saberlo porque ya no le quiero. Fuera cual fuera el hechizo al que me sometió por unos meses, se esfumó en aquella habitación rosa, con mi primer bebé artificial. No hay una lucidez mayor que la que nos brinda la indiferencia.

No se lo he contado a nadie, solo a mi abuela. Es una mujer de largos silencios y de largas historias, que siente que el mundo se le ha escapado sin comprenderlo del

todo. Cuando era joven trabajaba como secretaria, rodeada a diario de otros trabajadores, en un mundo que a mí me cuesta imaginar. En su vientre, de lado a lado, muestra una cicatriz oscurecida por los años. De ahí salió mi madre, cuando los niños naturales eran la norma. De niña me fascinaba la idea de que un cuerpo anidara en otro, que de ese vientre plano y herido de mi abuela, que la cicatriz plisa un poco, hubiera salido el de mi madre, una mujer dentro de otra, cuando las dos se parecen tan poco, ni en lo físico ni en el carácter. Ahora me asquea.

—No entendéis el amor —me dijo—, los jóvenes no entendéis el amor, aunque el amor se haya hecho precisamente para los jóvenes.

Yo solo sé que no deseo una vida prefijada, ni unas decisiones tomadas por otros, pero no tengo las fuerzas como para enfrentarme a todos. Escojo como puedo: quizás sea cierto que mi generación mantiene una extraña relación con el amor: amo a esas pequeñas criaturas indefensas que dejan a mi cuidado, amo la calma sedosa de la mañana, cuando camino casi sola por las calles, amo el dinero, la sensación de seguridad que me brinda, como si fuera una casa que elevara sus paredes a mi alrededor para cobijarme.

Miguel decía a menudo que nos han arrebatado todo, hasta ese apasionamiento, que controlan primero con los

sistemas móviles, después con el sensor portátil, luego con el microchip. Que somos una generación de no vivos, que los experimentos que tuvieron lugar durante la pandemia sirvieron para convertirnos en lo que ahora somos, en el primer lote de jóvenes esencialmente inútiles de la historia, incapaces de desempeñar un trabajo, imposibilitados para una cierta independencia de criterio o de juicio, asépticos y estériles. Llegado a ese punto, yo dejaba de escucharle. Los primitivistas son el eslabón perdido de las viejas teorías de la conspiración.

Mi abuela es la única que me entiende porque es la única que mantiene viva la memoria de cómo era antes la vida, y cuando la compara con la actual, llega a la conclusión de que hay pequeñas luchas aún activas, como rescoldos que permanecen vivos. No, está claro, algo tan radical como tener nuestros propios hijos. Pero sí otras en las que la dignidad permanece intacta, como el derecho al trabajo, por más que sean trabajos redundantes. Casi podría, con toda seguridad, velar por los mellizos mejor que yo lo hago. Pero me pagan porque somos esas últimas obras de arte, esas piezas de artesanía única, la huella de los viejos oficios, las enfermeras, las comadronas, las hacedoras de hechizos. Me pagan porque canturree y bendiga con mi presencia a unos niños que crecen solos en una bolsa translúcida, para que el mundo les resulte menos duro, de

entrada, para mantenerlos unos meses más engañados y no descubran aún la frialdad de nuestro contacto, los huesos húmedos de una sociedad en que ya no hacemos falta ninguno de nosotros para que continúe funcionando. Un triste cuento de hadas sin moraleja ni final feliz.

Y me gusta mi trabajo. Y soy muy buena en él.

Editorial Algoritmo

Eva García Sáenz de Urturi

Dos años sin ver a tus mejores amigos parece un tiempo prolongado, pero estamos en 2030 y los encuentros presenciales requieren mucha planificación para poner a todas las partes y sus parejas IA —Inteligencia Artificial— de acuerdo y el único nostálgico de la cuadrilla era yo. Pese a que todos vivimos en el mismo barrio y algunos de nosotros en el mismo edificio, la pereza de quedar en una cafetería a pie de calle dificultaba el encuentro.

Enzo había engordado, todos sospechábamos que abusaba del filtro adelgazante de Teams. Era el más reacio al café presencial, tal vez esa era la causa. Se presentó con Alexia, su mujer IA, la había adquirido por diez mil euros, con la configuración pro a la medida de sus gustos y su carácter. A mí me parecía que era una réplica de Alicia, su

primera novia, la que conoció en primero de la ESO, antes de la pandemia de 2020, cuando tenía trece años.

Éramos seis, los seis que estudiamos y pasamos la EBAU juntos. Estudiamos ADE porque era lo que se hacía y luego nos estrellamos cuando ninguno encontró trabajo y nos reciclamos una y mil veces en másteres que se llevaron lo que ganamos sirviendo copas en Malasaña.

—Oliver, tú eres el único que no miente en Teams. ¡Estás igual que la última vez que nos vimos! —me saludó mi amigo.

—¡Qué *vintage* eres! —se burló Niko. Era *coach* de adolescentes—. Por cierto, ¿es verdad que aquí hay que llamar al camarero y pedir la bebida? ¿No tienen *app*?

—Han abierto varios locales en el barrio, yo no creo que funcione esto de tomar cafés presenciales —dijo Paula—. Hace tiempo que no me ponía ropa de calle y me queda pequeña.

—Siento lo de tu abuelo —intervine—. ¿Cómo lo llevas?

Paula se encogió en el sofá.

—Fue un palo, no nos lo esperábamos. Solo tenía 106 años, estaba muy bien, al menos eso decía el informe de la residencia. Quería hablaros de eso, es por si lo veis cuando hagamos un Teams, no os asustéis.

—¿Lo has hecho? ¿Tan pronto? ¿Lo has encargado?

—pregunté, preocupado.

—Sí, ¿para qué pasar el luto? Es una *start-up* especializada en IAs geriátricos. Te envía réplicas exactas de tus abuelos, pero con el carácter mejorado si contratas una permanencia anual. Yo lo he pedido menos hablador y la textura de la piel es la misma que la del abuelo, aunque puedo cambiarle la temperatura.

—¿Y de verdad que no notas la diferencia? —insistí, incrédulo.

—Es un IA, claro que no lo notas. Es mi abuelo, salvo que si me cansa tanta conversación lo desconecto y lo meto en un armario. Sé que era más realista comprarle una cama, pero en mi piso de treinta metros cuadrados no me cabe.

Yo alargué la mano, Paula dio un respingo.

—Perdona... es por si necesitabas un abrazo —me disculpé.

—No pasa nada —contestó, incómoda.

Hacía tiempo que yo no tocaba a nadie y hacía más que nadie tocaba a Paula. A mí me hubiese gustado que alguien me abrazase cuando ocurrió lo de mi hermana, la verdad.

Gracias a dios mi *smartphone* vino a salvar el momento.

—Lo siento, es mi jefe —dije extrañado, después de

leer su mensaje—. Quiere una reunión en veinte minutos.

—Será para ofrecerte otro proyecto —dijo Enzo.

—Lo sé, lo sé.

Me iba muy bien encadenando proyectos de minería de datos. Dos años y cuatro meses seguidos, un récord en mi sector.

Aunque tenía un segundo oficio, uno secreto que no compartía con nadie. Algo tan *vintage* que todos se habrían apartado de mí: tenía un blog. Un blog literario. Escribía una novela por entregas, como Dickens y su *Grandes esperanzas*. Y tenía, según las estadísticas, un pico de ocho lectores. Ocho lectores.

Haciendo honor a la verdad, solo tenía tres lectores constantes. Mi madre, sin duda alguna, y algún par de añorantes del pasado como yo.

Los escritores habían dejado de publicar o más bien, las editoriales habían dejado de publicar a los escritores. La gente se volvió loca con las primeras novelas de la Editorial Algoritmo, fascinados al descubrir que la IA acertaba con sus gustos lectores.

Primero fueron las series de Netflix, el algoritmo elegía nuestros gustos y los clavaba. Después, un emprendedor pensó que el éxito podía expandirse a otras ficciones, creó sus IAs escritoras y comenzó a publicar: novelas que analizaban los gustos de lectura de cada

uno en la plataforma, los autores favoritos, las tramas y los finales con más éxito. La IA escribía la historia, que estaba disponible con las voces narrativas a la carta: un irónico Wilde, un florido García Márquez, un sobrio Murakami.

En un par de años todas las novelas de la Editorial Algoritmo ya copaban las listas de los más vendidos. Simplemente, cambió el paradigma y los hábitos de consumo de los lectores. Los anticipos a los escritores de carne y hueso menguaron hasta que uno a uno fueron buscando otro trabajo alimenticio que pagara el alquiler y la residencia de sus padres. Nadie quería arriesgarse a comprar novelas escritas por personas: preferían asegurar la compra y las horas de lecturas con novelas escritas por la infalible IA. El algoritmo nunca fallaba y todas sus novelas puntuaban sistemáticamente cinco estrellas.

En poco tiempo escribir novelas se consideraba de perdedores, tanto como empeñarse en ser campanero o afilador. Era un oficio del pasado que ni siquiera había pasado el cribado de la nostalgia. Aún no se echaba de menos.

Sé que los incomodé cuando repartí besos y abrazos, salvo la IA de Enzo, que sonrió retadora, como a él le hubiera gustado que sonriera Alicia. Tal vez la última actualización sí le funcionaba.

Subí a mi piso, me puse el pantalón del pijama y me dejé la camiseta. Mi jefe era un nómada digital que trabajaba en espacios *coworking* en playas del sudeste asiático, la formalidad estética no era lo suyo.

Entré en el enlace de la reunión.

—Seré breve —me dijo con una sonrisa. Pensé que vendrían las buenas noticias—. Ya sabes mi máxima: contrata despacio y despide deprisa.

—Lo sé —asentí, relajado—, ¿vas a contratarme a un asistente?

—En realidad estamos haciendo cambios y hemos contratado a una IA que os va a reemplazar a todos, en Madrid, en Tokio y en Nueva York. De entrada es una inversión considerable, pero en tres años estará amortizado y tú no vas a seguir tres años a pleno rendimiento. No es humano.

Lo miré, sin creerlo demasiado. Tal vez a él ya lo habían reemplazado, tal vez tenía delante a una IA idéntica al que ya no era mi jefe. No pude averiguarlo, para cuando pude hilar algunas palabras congruentes él se despedía con una sonrisa mientras un dron a sus espaldas surcaba el cielo con un paquete de Amazon.

Me quedé mirando un buen rato la pantalla de palmeras que dejó a su paso. Creo que pasé varias horas embobado, o más bien paralizado. Después, deprimido,

entré en el blog. Cuando la vida se ponía cabrona solo me consolaba escribir. Otro capítulo. De acuerdo. «Úsala», pensé. «Usa tu rabia, así se escriben las novelas inolvidables».

Y en aquel espacio perdido de la red, más allá de la sorpresa, me encontré con lo impensable: un comentario. Un comentario a la espera de ser aprobado. Debía de ser un error. Los comentarios en un blog de ocho —de tres— lectores son estadísticamente improbables, por no descartar directamente lo imposible. Simplemente no sucede. Pero había un comentario.

«Buenos días, mi nombre es Telmo Durán, soy el CEO de la Editorial Algoritmo. Soy además un lector habitual de tu blog. Me gustaría que nos viésemos en persona.»

«En persona», pese a mis reticencias, solo aquel «en persona» me ganó.

Un día después un Cabify me llevaba a su chalet en una urbanización privada a las afueras de Madrid. Me esperaba un espigado CEO con jersey negro y cuello de cisne, pero resultó ser un tipo bajito, calvo y afable.

—Seré breve —comenzó, a modo de saludo—. Pasa y te explico.

Yo me persigné. Dos «seré breve» en veinticuatro horas eran más de lo que me temía soportar.

—Me gustaría contratarte para la editorial.

Era eso.

—Mire, soy ingeniero de minería de datos, es cierto, pero estoy centrado en banca, no en el sector editorial. Creo que hay cientos de ingen...

—Qué mal te vendes, hijo. Eso es muy propio de escritores. Creo que no me has entendido. Llevo años leyendo lo que escribes. Te necesito como escritor, como blanco literario para la editorial.

No pasé de la puerta, Telmo sonrió.

—¿Blanco literario? Pensé que era una leyenda urbana.

Se decía que los blancos literarios eran escritores de carne y hueso que escribían las novelas que después se publicaban como concebidas por el algoritmo. Era una idea estúpida y nadie le daba la mínima credibilidad.

—Voy a mostrarte las tripas de la editorial. Pero antes necesito que firmes este contrato de confidencialidad —dijo, mientras me enviaba un enlace—. Si rechazas mi propuesta, no podrás hablar de ella a nadie.

—Estoy sospechando que nadie me creería.

—Aprendes rápido, eso está bien. Baja conmigo —dijo, señalando unas escaleras.

En el sótano de su inmenso chalet había una oficina. Una oficina de las que se veían en las series, muy años ochenta del siglo XX. Una veintena de personas tecleaban

concentradas sobre sus portátiles. Solo veía sus espaldas.

Al final de la sala había un reloj que marcaba las tres en punto. Entonces la luz LED se iluminó y todos se levantaron, hicieron varios estiramientos, cada uno a su modo, y comenzaron a recoger entre risas y palmadas en la espalda.

Yo los observaba atónito desde lo alto de las escaleras.

—¿No teletrabajan? —pregunté, emocionado.

—No, es la única manera de que sean escritores productivos y cumplan con los plazos de entrega. Vienen todos los días de nueve a tres y me entregan un capítulo.

Miró su *smartphone* de rutenio, se escucharon, una tras otra, una veintena de notificaciones.

—Siempre cumplen, no hay bloqueos —comentó satisfecho.

—Creo que ya lo estoy entendiendo: está preparando una nueva línea editorial. Va a lanzar una línea *vintage* de novelas escritas por personas. Lo siento, es usted más idealista que yo: no va a funcionar.

—Por supuesto que no va a funcionar, los lectores de hoy rechazan las novelas escritas por personas. La gente quiere novelas rápidas, buenas, documentadas y que no les defrauden.

—¿Entonces?

El editor me miró con una sonrisa traviesa, se estaba divirtiéndolo.

—Te voy a dejar con ello. Algunos se quedan por la tarde por gusto y se traen su táper. Puedes seguirlos a la sala de los cafés.

—¿Su táper? Mi madre se llevaba un táper a su trabajo, según me contaba —recordé emocionado—. ¿Todavía se venden?

—En todocolección quedan algunos. Te dejo, no se te vayan a escapar. Baja y habla con ellos.

Entré en la sala donde algunos comían. Otros esperaban a que su ensalada se imprimiese en la impresora 3D. Varias mujeres y hombres, todos ellos...

Todos ellos eran mis héroes de la infancia, mis referentes. Se sentaron juntos en una mesa, pero yo me acerqué a la mujer que se preparaba una infusión en un cacharro desvencijado.

—Perdone, ¿usted es Alejandra Zambrano? Yo la he leído a usted de adolescente. Incluso iba a sus firmas en el Retiro.

La mujer sonrió como si guardara un dulce secreto.

—El Retiro... qué pena que ya no se hagan más firmas.

—Es lo que tienen las IA escritoras, que no pueden firmar.

—Esto es mejor, chico.

—Oliver, Oliver Laforet. ¿Por qué dice que esto es mejor?

Ella me miró como si mi nombre le dijera algo. Algo agradable.

—Porque tenemos lo bueno de escribir sin las servidumbres de la promoción y sin el aislamiento de la fase creativa. Yo nunca había sido tan feliz escribiendo como ahora.

—Pero... usted se retiró hace años, su última novela fue *La quimera*.

—Qué va, mi última novela está número uno en el top de ventas.

—No... no puede ser —dije—. *El último cisne negro* es pura IA.

Zambrano sonrió.

—¿Pura IA? ¿Eso crees? ¿La has leído? —preguntó mientras me ofrecía un té.

—Lo leo todo, sí. Prefiero novela humana, pero me gusta estar al día en los Teams.

—¿Y tú crees que una IA podría haber descrito ese parto? ¿Crees que un algoritmo pudo estar en ese quirófano, temblando cuando su hija no respiró, cuando se la llevaron? que crees que una fría IA pudo estar allí. No, hijo. Fui yo, yo parí esa escena.

Y me di cuenta de una verdad que me avergonzó: no la había reconocido. Había leído a mi autora favorita y mis prejuicios lectores no me dejaron ver lo que una voz me susurraba a gritos: que era ella, que *El último cisne negro* me había conmovido y yo, culpable, había maldecido al algoritmo por hacerme sentir.

—Por cierto —dijo, mientras daba un sorbo a su té—. Muy bueno el capítulo, cuando pierdes a tu hermana. Eso tampoco se finge.

—¿Usted... usted me lee?

La taza con el té hirviendo se me derramó un poco sobre la mano. No me importó. Ni me enteré.

Porque entonces comprendí: Alejandra Zambrano, mi escritora favorita, era la tercera lectora de mi blog.

Ese día me convertí en un blanco literario.

Ese día me uní a mis maestros para derrocar al algoritmo.

Malasaña 2030

José Ángel Mañas

Me dijeron que solían quedar todos a primera hora de la noche en la plaza de Tribunal. Junto a la boca del Metro, en el jardincillo que hay a espaldas del museo de Historia de Madrid. A Mañas no me fue difícil identificarlo: era el único pelado y con boina. Los greñudos Ray Loriga y Benjamín Prado estaban más allá, sentados contra la verja del museo. Loriga, muy harapiento, rasgaba una guitarra ensimismado mientras Prado, a su izquierda, canturreaba un viejo tema de Sabina. O quizás fuera de Dylan: era difícil decirlo. Los dos tenían chupas de cuero del siglo XX.

A quien más me costó reconocer fue a Juan Manuel de Prada. Me habían dicho que había perdido peso, pero no me esperaba aquel figurín que rozaba los setenta kilos, nadando en el interior de sus pantalones de pana mugrien-

tos y sujetos, a modo de cinturón, por una cuerda. Estaba en los huesos. Su voz, eso sí, mientras recitaba unos versos de Quevedo, era igual de poderosa y campanuda que cuando dirigió el magazine de Onda Cero durante la mañana, en mano a mano con Alsina y rivalizando con Angels Barceló en la SER. Lo hacía tan bien, tenía un castellano tan puro y ampuloso, que, al pasar a su lado, me sentí obligado a dejar caer un par de monedas de euro en el bote que me tendía.

—Tenga usted por seguro, joven, que esa generosidad se la pagará Dios...

Hacía frío, esa noche de invierno, y por ello no muy lejos habían encendido una hoguera en el interior de un bidón que Mañas alimentaba cada poco con las hojas de los libros que iba arrancando sin pausa: «Que se nos va a acabar esto, coño, chavales». Y hacía seña a los demás, que no le prestaban, me pareció, demasiada atención. Mientras me le acercaba, se dedicó a arrancar las últimas hojas de una novela que reconocí de inmediato: era *Historias del Kronen*. Una de sus primeras ediciones. De la editorial Destino. La editorial de la que le habían echado hace siglos.

—¿Y por qué haces eso? —pregunté tontamente.

—Para calentarme, por supuesto. ¿Para qué iba a ser? Solo hay que dejar alguna página suelta para liar los pe-

tas. Loriga no puede vivir sin ellos. Por cierto, a ti no te conozco. ¿Tú quién cojones eres?

—Soy un fan —admití.

A Mañas se le abrieron mucho los ojos.

—No tienes edad de ser lector. Dime la verdad. ¿Eres de la Secreta? Sabes que aquí no nos gustan los maderos. Y lo llevamos muy mal con los periodistas. Al último que pasó por aquí lo perseguimos a gorrazos hasta su casa.

—No, joder. Me ha enviado Luis Mancha. El sociólogo. Es mi director de tesis en la universidad de Alcalá de Henares. Estoy haciendo un estudio sobre la generación vuestra, la generación X o...

—No lo digas. ¡Chis!

—...Kronen, que es como os siguen llamando algunos.

—Eso es agua muy pasada.

—Para los estudiosos del periodo, no. Y te puedo asegurar que me sorprende veros. Yo os conozco por los vídeos y las fotos de los años noventa. Todos parecíais tan jóvenes, tan guapos, tan exitosos. Estabais tan llenos de ambición y talento... Resultabais un grupo deslumbrante. No ha habido en la literatura española otro momento tan especial, en el que los escritores parecíais de verdad estrellas del rock. Fuisteis la modernidad más glam, lo más chic, lo...

—Si es para hablar de rock, te equivocas de persona. Para eso tienes a Prado y Loriga —señaló.

Los dos nos miraron un momento. Loriga tenía un parche en el ojo. Me hizo pensar en John Silver. Prado había dejado de cantar y se acercó a extender las zarpas enguantadas en dirección al bidón, que seguía ardiendo como un infierno tibio. Las llamas chispeaban furiosamente. Devoraban el papel.

—Me ha dicho Luis Mancha que mejor hable contigo. Tú eras el cabeza de cartel de esa generación.

—¡Pero si ni siquiera soy de la misma quinta! Si todos estos cabrones son mayores que yo... —Mañas echó con rabia las cubiertas del libro, lo único que le quedaba entre las manos, al fuego. Este pronto lo agradeció.

—Pero tú escribiste el libro canónico de la época —señalé aquello que ardía en el fondo del bidón. La portada era un cuadro de Andy Warhol. Ya se derretía—. Esa fue la obra que abrió las puertas editoriales a toda una generación de escritores...

—... bla bla bla.

—Pero veo que falta alguien... También necesito hablar con Lucía Echevarría. Ella fue la más mediática de todos.

—Pues has tenido suerte. Por ahí llega.

Me volví y vi que, efectivamente, aparecía Lucía

Echevarría. Pero su aspecto no me impactó tanto. A lo mejor porque la había visto en algún programa de televisión recientemente. Estaba tan desgredada como de costumbre y tenía los labios operados. Empujaba el carrito de Mercadona en el que llevaba sus cosas para dormir por la noche. Me habían dicho que lo hacía debajo de un puente, junto a la plaza de España. Claro que también había quien aseguraba que lo suyo era postureo, que en realidad era millonaria y que llevaba los fajos de billetes escondidos en un calcetín dentro del carro.

—Y eso que trae junto con los cartones y la ropa, ¿qué es?

—Libros para quemar. Se pasa el día recogiendo en los contenedores de basura para en cuanto anochece poder alimentar la hoguera y calentarnos. Hay que sobrevivir al invierno. En Madrid ya sabes que corre un venticillo serrano que no apaga un candil pero mata un hombre.

—¿Y dormís todos aquí?

—La mayoría. Los que nos hemos quedado sin casa. Unos tienen cartones aquí y otros en el Dos de Mayo. Los cartones son muy demandados —dijo, bajando la voz—. Nos peleamos por ellos.

—Pero... ¿Cómo puede ser? Vosotros, ¡con lo que fuisteis! Una pléyade de estrellas literarias rutilantes. Entes mediáticos de grandísimo interés. Que agitasteis la

prensa y la televisión, y pusisteis patas arriba el mundo editorial en un momento. ¿Cómo ha podido ser? ¿Cómo habéis llegado a esto?

—Vamos a ver, chaval. ¿Tú viste alguna librería por la calle, según llegabas hasta aquí?

—No, por supuesto.

—¿Y por qué no?

—Porque ya no quedan.

—Eres un genio. Ya no queda en Madrid una sola librería física más allá de la antigua Casa del Libro en Gran Vía. Y en el resto de España pasa igual. Y eso ¿por qué te parece que es?

—¿Porque la gente no lee?

—Efectivamente. Porque la gente ya no lee. La gente lleva diez años abducida por las redes sociales, las series, y no le queda tiempo para nada. Los que se dicen lectores lo que le dedican al libro es un cuarto de hora antes de acostarse. Y por ese miserable espacio de atención hemos estado luchando durante años miles y miles de autores y editores.

—¿Y por qué hubo tantísimas editoriales durante los años veinte? ¿Por qué se han publicado más títulos que nunca?

—Porque los editores se dieron cuenta de que quien vendía diez mil ejemplares a principios de siglo, a me-

diados de los años veinte vendía quinientos, y concluyeron que para mantener el volumen de ventas resultaba necesario publicar a muchos más autores. Multiplicaron la oferta.

—De ahí la jungla actual.

—De ahí los miles y miles de títulos que siguen apareciendo en Amazon, que se ha quedado con el mercado, y que de todas formas nadie quiere. La mayoría son *youtubers*, traperos, cocineros y estrellas de la televisión.

—Intrusismo.

—La literatura ya no es sexi. Ningún editor publica nada que apeste de cerca o de lejos a literatura. El último escritor que vendió un poco, y eso que hace un par de años que lo dejó, fue Pérez-Reverte.

—Es verdad. Hace tiempo que no se sabe de él. ¿Dónde está ahora mismo?

—Dando una vuelta al mundo en su velero. Desde que cerraron las últimas librerías, decidió que no tenía sentido seguir en Madrid. Vive entre Cartagena y Punta Cana. Cruza el charco dos o tres veces por año con su amigo Eslava Galán, que también se acaba de retirar del mercado.

—¿Y pensáis que tiene que ver con la crisis cultural que está sufriendo el país? ¿Creéis que se ha perdido tanto con la desaparición de la literatura?

—Hombre, para mí leer fue una manera de explorar el mundo: cada libro es una ventana abierta a un universo diferente y a mí siempre me pareció que al multiplicar lecturas crece la comprensión de la realidad y la empatía. Encima, es una ventana abierta a la propia interioridad. Leer a buenos autores te permite encontrar las palabras que describen aquello que sientes y que, a veces, sin esas lecturas, no logras verbalizar. Shakespeare me enseñó lo que son los celos y el amor extremo. Molière, la hipocresía, la misantropía, la avaricia. Con Unamuno aprendí lo que es la angustia existencial. Con Machado lo que es la libertad. Con Juan Ramón, la belleza. Todos los grandes asuntos han sido transitados por los mayores genios literarios, que se adentraron hasta en los últimos vericuetos del corazón humano para recrearlo con palabras. Y esas palabras enriquecían nuestra paleta verbal y emocional y nos hacían más sensibles, sofisticados, complejos y, en definitiva, más humanos.

—¿Y ahora?

—Ahora lo que somos es primates sobretecnologizados. Los que no están en la calle como nosotros siguen enganchados a la pantalla. Y el planeta sigue dirigiéndose cada vez más rápido hacia su destrucción. Ya apenas hay árboles en el Amazonas y ha desaparecido el Mar Menor, y el Gobierno sigue sin tomar las medidas adecuadas.

—¿Os habéis vuelto todos colapsólogos?

—No es que nos hayamos vuelto, es que vivimos el colapso. Nuestra España federal no está a la altura de los nuevos cambios, y en Europa nos hacen el vacío. Solo China consigue, con su política ecológica, proteger mínimamente lo que resta de la capa de ozono. Es normal que cada vez haya más dictaduras verdes en el planeta y que se enfrenten a las democracias consumistas. Somos los parásitos más gordos del planeta.

—Y ¿le ve algún futuro a nuestro país en la década de los treinta? ¿Cómo espera que sea en el 2040?

—Ah, eso... Eso ya sí que esta generación —dijo, volviéndose hacia los demás— no lo verá. Demasiadas drogas. Para el 2040 estará al mando la tuya. Lo nuestro fue el rocanrol, lo político se lo dejamos a los del 15-M, que vinieron detrás, pero la papeleta ecológica es la vuestra. Buena suerte con ello.

—Y entonces, ¿pensáis que habéis aportado algo a la sociedad española?

—¡La fanfarriatura! —exclamó Lucía, que se acercaba ya tendiéndole a Mañas un tetrabrik de vino—. Fuimos los reyes de la fanfarriatura.

Y sonrió mientras Mañas le daba un trago al vino y echaba, junto con Echevarría, los últimos volúmenes en el bidón. Allí empezaron a prender ejemplares de Montero

Glez, de Jordi Ledesma, de Alberto Olmos, de Víctor Lenore, de Leandro Pérez, de Javier Puebla, de Juambe Muñoz, de Manuel Horno, de Olcese, de Juanma Márquez, de autores que habían sido como los últimos mohicanos literarios, los dinosaurios del sector, y también de decenas de nombres desconocidos y más jóvenes. Las llamas cobraron fuerza y adquirieron un tono azulado: era papel de muy mala calidad.

—Por lo menos es una bonita hoguera —dije por fin.

Y extendí las manos para calentarme yo también. Los libros todavía servían para algo.

La guerra de las especies

Karina Sainz Borgo

Ocurrió tras la guerra de los adjetivos, la que siguió a la capitulación de la campaña del lenguaje inclusivo y la última después del motín de los Jerónimos, cuando un grupo de académicos de la lengua decidió sublevarse escribiendo las minutas de los plenos sólo en letras mayúsculas. Entonces, justo en ese segundo que separa el aleteo de una mariposa en Murcia de una puesta de sol en Madrid, quince vacas armadas tomaron por asalto la agencia del Banco Pecuario, la oficina más importante de la ciudad, emplazada en un entorno privilegiado: a trescientos metros del ministerio de Agricultura y quinientos de la Academia.

El Pecuario era el punto estratégico de la política agraria y epicentro de los fondos de recuperación europeos autorizados por Bruselas para paliar la crisis econó-

mica ocasionada tras dos años de pandemia, así como los efectos nefastos de los confinamientos en el PIB nacional y regional. Quien quisiera reclamar su parte de las ayudas, debía acudir a la agencia del Banco Pecuario para solicitar la subvención por cese de actividad. Alineados en un triángulo de las Bermudas, cajeros de banco, lingüistas y burócratas se aferraban a sus legajos y documentos como un elefante se columpia en su telaraña. Por eso ninguno escuchó el estruendo del camión Volvo estrellarse contra una franquicia de *croissants* bañados en almíbar. Atorado entre dos farolas de la calle Atocha con esquina Olivar, el furgón con estabuladores expulsó catorce vacas frisonas y pirenaicas, que avanzaron por la calzada acompañadas de un toro charolés de 890 kilos. Derribaron los arcos de seguridad de la oficina bancaria sin apenas esfuerzo.

Veinte minutos después, al otro lado del Paseo del Prado, una docena de pavorreales la emprendía a picotazos contra los paseantes del parque del Retiro y una piara de cerdos devoraba los maceteros del paseo Recoletos y la plaza Cibeles. El teléfono no paraba de sonar en la comisaría de la Puerta del Sol en la que el agente Evaristo Besteiro cumplía servicio por décimo día consecutivo.

—Policía Nacional, ¿diga? —Besteiro posó las manos en el teclado —Repita, por favor. Se escucha muy mal.

No había terminado de teclear la dirección exacta del incidente cuando sonó otro teléfono.

—¿Está segura, señora? —insistió—. Le advierto que las falsas alarmas están. ¡Déjeme hablar! ... ¡Le digo que las falsas alarmas están... están...!

Y sonó otro más.

—¡Que las falsas alarmas están penadas con multas de hasta treinta mil euros!

Repicó otro más.

—¡Comisaría! ¿Diga?

Y otro.

Cuanto más detalles y explicaciones aportaban los denunciantes, más persistente se hacía el efecto rebobinado de las voces al otro lado del teléfono. Besteiro pensó que algo, alguien, el destino quizá, venía a cobrarle todos los botellines que había bebido en los últimos quince años de su vida y que no desaparecían de su cuerpo por mucho que saliera a correr con la esperanza de dejarlos atrás. Si sobrevivía al ataque de pánico de quince minutos que ya padecía desde antes de comenzar su turno, saldría de una vez por todas del armario y gritaría a los cuatro vientos la verdad: que él era un gato atrapado en un cuerpo humano.

—Espere un momento —el agente miró el reloj. Aún quedaban seis horas de servicio.

Europa cumplía el sexto mes de inmunidad tras la pandemia, pero las fronteras continuaban cerradas para evitar que los viajeros procedentes del resto de los continentes introdujeran nuevas variantes de un virus cuyo caso número cero provino de un murciélago que alguien compró en un mercado chino para hacer una sopa fría.

El cierre del comercio, la caída del turismo y el falso armisticio entre los académicos y las ministras de la lengua echó por tierra cualquier aspiración de paz y concordia. El año nuevo entró sin relevar al anterior y se abrió paso como una segunda temporada de la misma serie. Mientras la ciudad vivía una ola de manifestaciones protagonizadas por animales, el agente Besteiro se lamía el vello de los brazos, los académicos seguían tecleando sus soflamas en mayúsculas y los ganaderos se aferraban a sus bolígrafos Bic y sus libretas de cálculos.

—Dos por dos, cuatro, más el 15% de IVA —el ganadero de reses bravas mojó la punta de su bolígrafo con la lengua—, menos las retenciones por IRPF, ¡este trimestre sale a pagar!

—¡No, no, sale a devolver! —lo interrumpió el criador de bueyes gallegos.

—¡Suma! ¡Suma! ¡Resta! ¡Resta! —añadió el cajero que había conseguido volver a su puesto de trabajo tras el segundo desayuno y el desengaño.

Los ganaderos que dedicaban su tiempo a sacar cuentas, lo transmitían todo en directo a través sus teléfonos móviles. Las imágenes se expandieron como un incendio en las redes sociales, y aunque alguno de esos ganaderos hubiese podido despojar a los animales de las alforjas cargadas de dinamita de utilería que colgaba de sus lomos, los productores de leche y carne seguían haciéndose selfies con el *hashtag* #Héroes. La opinión pública se puso a favor de los animales y bajo un movimiento denominado #TodosSomosCharolés los ciudadanos salían de sus casas para manifestarse en los semáforos, mugiendo todos a la vez.

Cuando se cumplieron 24 horas de la toma de la agencia bancaria a manos de los bovinos y los cerdos habían renovado por completo las flores del Palacio de Correos, el ministerio de Igualdad especista interrumpió la reunión de gabinete para manifestar su apoyo al toro Charolés. Atrincherados en los Jerónimos, los académicos redactaban un nuevo armisticio a veces en mayúsculas y otras en minúsculas, para despistar. El conductor del camión Volvo se había dado a la fuga bajo un sol reluciente como una ventana recién lavada con vinagre y a un kilómetro de distancia, en la comisaría de Sol, el agente Besteiro seguía atado a la centralita telefónica.

—¿Los cerdos han subido por la carrera de San Jeró-

nimo? ¿Está segura? Espere, por favor.

—¿Entraron en el parlamento, dice? ¡Deme un minuto, recupero una llamada!

Puso en pausa la conversación y pinchó una llamada sin número identificable que no paraba de repicar por la línea directa.

—¿Usted también los ha visto? ¿Tiene pruebas de que se están comiendo también las alfombras?

A punto estaba de desmayarse Besteiro cuando su jefe entró en la sala telefónica con una única instrucción: que saliera de ahí cuanto antes.

—¿Pero y las llamadas? ¿Quién recogerá ahora las denuncias? Los cerdos están arrancado la moqueta del Congreso. A este paso acabarán por aprobar una ley.

—Interior se encargará de todo. Nosotros estamos relevados en el mando.

Besteiro no entendió absolutamente nada, pero obedeció de todas formas. Desconectó las líneas de la centralita y recogió su mochila del perchero.

—Vete a casa, muchacho —su jefe lo miró de reojo—. No tienes buena cara y desde aquí puedo verte una bola de pelos en la lengua. ¡Escupe eso!, ¿quieres?

El agente Besteiro alzó los hombros, recogió sus cosas y echó a andar en dirección a la calle Montera. No había llegado aún a Gran Vía cuando vio a una bandada

de grullas cruzar el cielo de Madrid, a esas horas teñido de violeta, azul y naranja. Dudó entre unirse a la revuelta de las pirenaicas o ayudar a los académicos en la redacción de sus comunicados en mayúsculas, pero al final hizo la vista gorda y entró a la planta baja de unos grandes almacenes para comprar una bolsa de arena para gatos. Sólo eso, una puta bolsa de arena para gatos.

Nunca cambia nada

Luisgé Martín

14 de enero de 2020

Hoy, el mismo día en que he cumplido cuarenta y dos años, me han hecho leer en la oficina un estudio de la Universidad de Helsinki que demuestra que los seres humanos tenemos una visión prospectiva de nuestra vida muy conservadora. Todos tendemos a creer, al parecer, que a partir de una determinada edad nada demasiado importante cambiará en el futuro.

He comprobado que en mi caso ese diagnóstico se cumple con exactitud. Hace tiempo que sentí la cabeza y dejé de soñar con fantasías inalcanzables. Sigo muy enamorado de Eva, y dudo mucho que pueda haber otra mujer en mi vida tan importante como ella. No tendremos más hijos, Álvaro y Daniela han cumplido todos nuestros

sueños. Acabamos de inaugurar esta casa, que reúne todas las características que siempre he deseado, de modo que resulta improbable que me mude en los próximos años. Soy aeronáutico y trabajo en la mejor empresa española del sector. Tengo un buen sueldo y una carrera profesional que —sin modestia— ha resultado brillante. No hay ninguna certeza de qué destino profesional me espera dentro de una década, pero estoy seguro de que se desarrollará por los cauces previsibles. Mis padres son jóvenes todavía. Espero que me acompañen todavía en 2030, aunque en este asunto, por supuesto, nada es predecible. Yo mismo puedo estar muerto.

He empezado a escribir esto en un cuaderno medio vacío que usaba de adolescente para llevar un diario. Será divertido comprobar año a año cómo el tiempo va cumpliendo o desmintiendo mis conjeturas sobre el futuro. Hoy he cumplido cuarenta y dos años. En 2030 cumpliré cincuenta y dos. Es posible que, como dice el estudio de la Universidad de Helsinki, mi visión sea demasiado conservadora.

15 de enero de 2021

Un año más. Cuarenta y tres. Han sido unos meses terribles. Nadie imaginaba que a estas alturas de la civilización iba a haber una pandemia en todo el mundo y que

íbamos a estar encerrados en casa para no contagiarnos, como en la Edad Media. Mi familia, no obstante, no ha tenido ningún daño. Eva se contagió, pero no hizo falta hospitalizarla. Mis padres, mis suegros y mis tíos, que podrían haber enfermado gravemente por su edad, estuvieron bien aislados desde el principio y no llegaron a contraer el virus. Durante todo el año no he parado de imaginar cómo habría sido este tiempo en la casa antigua, que era mucho más pequeña y no tenía jardín.

En cualquier caso, y exceptuando esta circunstancia, mi vida, como había imaginado, ha sido vulgar.

2 de febrero de 2022

Eva y yo acabamos de regresar de Japón. Por fin, después de la pandemia, hemos vuelto a viajar lejos de casa y a disfrutar del placer de estar solos. Los niños se quedaron con los abuelos y se portaron bien. Van a nombrarme director de operaciones de la compañía en España. Es un espaldarazo, y supondrá un impulso económico formidable. Eva y yo hemos empezado a hablar de comprar una casa en Galicia, cerca de la de sus padres, para pasar allí las temporadas de verano.

El estudio de la Universidad de Helsinki, por el momento, está errando: mis previsiones se cumplen.

2 de enero de 2024

Ayer empecé el nuevo año solo, en la habitación de un hotel de Córcega. Me vine aquí justo después del día de Navidad, que Eva y yo pasamos en casa de mis padres con los niños para disimular nuestra situación. Eva cree que la engaño con otra mujer. Hace pocas semanas le enviaron un vídeo en el que se me ve follando con ella, con esa otra mujer. Pero no soy yo. He intentado explicarle que es un vídeo fabricado con la tecnología Face Replacing, pero no me cree. El vídeo es tan realista que a veces se me ocurre pensar que estoy volviéndome loco y que realmente esa mujer es mi amante. Pero sé que no. Conozco perfectamente ese tipo de grabaciones falsas y sé quién puede haber hecho la mía. Es una tecnología aún muy cara y hay pocas personas que tengan la posibilidad de derrochar ese dinero y que al mismo tiempo me odien.

Por lo demás, este último año —o estos últimos años, porque en 2023 no escribí nada— ha sido difícil. A mi hermano le diagnosticaron un cáncer de hígado y tuvieron que hacerle un trasplante de urgencia. Los nuevos órganos impresos en 3D son extraordinarios, pero aún están en fase experimental y puede surgir cualquier contratiempo en los próximos meses.

Elon Musk está complicando también mi vida laboral con sus empresas. No quiero abandonar España, pero

quizá deba empezar a plantearme mudarme a Canadá para poder seguir creciendo profesionalmente.

Córcega es un lugar de una belleza dolorosa. Todavía se pueden encontrar aquí paisajes abandonados, casi fantásticos.

14 de enero de 2025

Cuarenta y siete años. Estoy en el centro mismo de la vida, pero empiezo a sentirme cansado y viejo. Daniela ya tiene diez años. Álvaro, trece. Los sigo queriendo con ese mismo amor irrazonable que me sacudió el primer día, cuando nacieron, pero cada vez los siento más extraños y alejados.

Tal vez influya en ello mi distanciamiento de Eva. Nunca hemos acabado de recuperarnos del episodio de celos del año pasado. Estuvimos casi cinco meses sin hablarnos apenas, durmiendo juntos solo para mantener las apariencias delante de los niños y de la familia. Fue una situación absurda, pero para mí acabó resultando devastadora. Nunca le había sido infiel de verdad a Eva. Había estado alguna vez con prostitutas o con mujeres accidentales a las que conocía en un viaje o en un congreso. Pero nunca había tenido un vínculo sentimental con ninguna de ellas.

En aquellos meses, sin embargo, me dejé abrigar por T. Nos habíamos conocido un año antes en una reunión

en Toulouse y nos habíamos acostado juntos. Luego no habíamos vuelto a vernos. En febrero, mientras Eva seguía diciéndome que le daba asco cada vez que la tocaba, la llamé. Estaba deprimido y necesitaba algún tipo de afecto. Empezamos a follar casi todas las semanas. Todos los días. Todas las horas. Se convirtió en una obsesión. Creo que no llegué a enamorarme de ella, pero necesitaba verla continuamente para seguir existiendo. Más tarde, cuando Eva empezó a aceptar que estaba equivocada o al menos a tener dudas o a perdonarme, T. y yo seguimos encontrándonos con regularidad en un hotel para follar. Lo seguimos haciendo todavía ahora. No tengo necesidad de abandonarla. A mi manera, soy feliz con esa duplicidad extraña de sentimientos. Seguro que tiene que ver con la sensación de fatiga que se ha apoderado de mí. Ya había oído hablar de ella. Todos los hombres viejos la sacan a relucir alguna vez. Pero nadie está seguro de que exista hasta que no llega.

7 de septiembre de 2025

Mi madre ha muerto.

17 de enero de 2026

Celebré el primer cumpleaños sin mamá y todo parece desmoronarse. Mi relación con Eva está muerta definiti-

vamente. Ni siquiera nos rozamos, y en privado, cuando no están los niños ni hay testigos, nunca hablamos. De nada. No le he contado que probablemente tomaré la decisión de mudarme a Canadá en junio, cuando mi empresa celebre el Consejo de Administración anual y suspenda pagos, como han hecho antes las industrias aeronáuticas de Italia y Gran Bretaña. Podría intentar mudarme a Francia, que está más cerca y aún sobrevive, pero todos sabemos que no tardará en caer. Elon Musk ha conseguido una revolución tan poderosa que es imposible competir con él. En Navidad viajé con T. al espacio y comprobé la perfección de sus máquinas. Nos costó solo 25.000 dólares, poco más de lo que hace cuarenta años nos habría costado un vuelo intercontinental en clase business.

Canadá no es un país que me atraiga demasiado, pero quiero participar de ese proyecto, que aún no conoce sus propias limitaciones. Y creo que estoy capacitado para hacerlo. Cuentan con los mejores, y yo soy uno de los mejores. Quizás esa nueva ilusión me haga despertar. De la muerte de mamá, de la separación de Eva y de todas esas angustias espeluznantes que me roen el corazón. También la de Álvaro, que se ha convertido en un adolescente huido y misterioso. Se encierra en su habitación con llave y se pasa los días metido en los programas de realidad virtual. Ni su madre ni yo sabemos adónde va. No sabemos

si se ha vuelto un científico, un viajero o un adicto al sexo. Nunca deja rastro de lo que hace.

3 de febrero de 2027

En diciembre me divorcié de Eva. Vivo desde septiembre en Toronto, una ciudad en la que el frío es insoportable. He tenido medio hijo con T. La biotecnología consiguió por fin crear seres humanos normales con la carga genética de hasta cuatro progenitores, sean padres o madres. T. quería tener un hijo, lo llevábamos discutiendo desde hace tiempo. Luego empezó a hablar de Paolo, su mejor amigo, un gay que a mí me resulta antipático y cargante, pero al que soporto por complacerla a ella. Quería que su hijo fuera una mezcla de los dos, de Paolo y de mí. No entiendo por qué accedí. No entiendo, primero, por qué accedí a tener un hijo: yo ya sé, con Daniela y con Álvaro —a los que desde que me mudé a Toronto solo veo por videorrealidad—, lo absurdo que es tener hijos. Y no entiendo, en segundo lugar, por qué accedí a mezclar mis genes con los de ese marica. El bebé es aparentemente normal. Guapo, rollizo y tranquilo. Pero cuando lo sujeto en brazos me parece un monstruo, no puedo evitar verlo como si fuera un Frankenstein.

T. sigue viviendo en Madrid. Ahora, con los precios que obtengo por ser empleado de la compañía, puedo ir

a verla todos los fines de semana, a veces más. Aún me resulta raro recordar aquellos viajes intercontinentales tan largos, en los que nos daba tiempo a cenar en el avión, a dormir unas horas y a desayunar luego antes del aterrizaje. El otro día leí que ya hay tribus de personas —nuevos nómadas— que viven siempre en zonas con sol. Aprovechando la velocidad del transporte y se van moviendo cada doce o catorce horas para no abandonar nunca la luz del día. Quizás llegue un momento en el que la noche no exista para la humanidad.

21 de enero de 2028

Un resumen rápido de mis cambios. A mi hermano le hicieron el cuarto trasplante de hígado, todo salió bien. Los médicos le han dicho que es posible que el siguiente sea el definitivo, dada la mejora de la calidad de la integración celular.

Papá murió. No sentí tristeza, hacía mucho que no nos veíamos, y no guardo de él recuerdos demasiado amables.

Me he mudado a un piso más pequeño, en el norte de Toronto. Mis nuevas condiciones salariales no me permitan vivir ya en el antiguo. Todo se ha ido degradando progresivamente. Cada vez existe menos necesidad de trabajo humano, y por lo tanto la lucha por la supervivencia se ha vuelto salvaje. Al menos conservo la bonificación

de tarifas en los viajes a España y puedo seguir yendo a ver a T., aunque sospecho que está con otro hombre y que nuestra relación tiene cada vez menos sentido. Paoluis, mi medio hijo, ha crecido muchísimo y empieza a hablar con cierta soltura. Me sigue inspirando miedo.

18 de enero de 2029

He vuelto a España y ahora vivo en la vieja casa de mis padres con mi hermano, a quien el mes que viene volverán a trasplantar un hígado. Eva y T. han vuelto a casarse. No me invitaron a las bodas. A Álvaro y a Daniela sólo los veo por videorrealidad modificada; es decir, hablo con avatares suyos programados por inteligencia artificial. Dicen lo que creen que quiero escuchar: son buenos hijos, amorosos, aplicados y saludables. Pero no tengo ni idea de cómo serán en realidad. Quizá se dediquen a la delincuencia, tengan la cara llena de tatuajes y me odien encarnizadamente. Me da igual. ¿De qué sirve la realidad si se puede tener una ilusión mejor?

14 de enero de 2030

Hoy cumpla cincuenta y dos años. Hace exactamente diez que leí un informe de la Universidad de Helsinki —una Universidad que ya no existe, como la mayoría de las uni-

versidades del mundo— que decía que los seres humanos somos muy conservadores a la hora de imaginar nuestro futuro. ¿Era yo capaz de sospechar lo que iba a ocurrirme en estos diez años?

Estoy técnicamente muerto. Este es el primer apunte que no escribo en el cuaderno de papel en el que comencé a escribir en 2020, sino en un circuito digital que lee mis pensamientos deliberados.

Me suicidé hace cinco meses con una droga de las que llaman transparentes, que producen una muerte placida y placentera. Pero desgraciadamente mi hermano me encontró inconsciente y tuvo tiempo de descargar el contenido de mi cerebro en un computador M. Ahora soy inmortal hasta que haya una ley que permita la eutanasia digital. Vivo en un programa de realidad virtual y dedico la mayor parte del día a follar con mujeres deslumbrantes. Es bueno follar sin limitaciones fisiológicas, pero le falta algo de emoción. Nunca fui *gamer*.

Hace diez años tenía una mujer a la que amaba con locura, dos hijos maravillosos, una casa confortable y un trabajo fascinante. Era razonablemente feliz. Pensaba que mi vida no cambiaría mucho a partir de entonces. Y, bien mirado, no ha cambiado tanto. En lo esencial no ha cambiado.

La entrevista

Luz Gabás

Se había preparado a conciencia.

Contaba con una amplia experiencia en el mundo laboral y, aun así, había consultado todas las páginas web sobre entrevistas de trabajo. Había repasado varias veces las respuestas a las preguntas típicas. ¿Por qué te gustaría trabajar con nosotros? ¿Qué cargo te gustaría tener dentro de unos años? ¿Qué has aprendido de tus empleos anteriores y del actual? ¿Cuáles son tus principales debilidades y fortalezas? Había practicado sus gestos y su tono de voz. Tenía que resultar carismático; escuchar e intentar ser un buen conversador; sonreír sin pasarse; mirar al entrevistador a los ojos; transmitirle sus puntos fuertes sin enrollarse demasiado; convencerlo en poco tiempo de los beneficios que proporcionaría a la compañía. Creía que

tenía todo controlado y, sin embargo, se sentía demasiado nervioso: deseaba ese puesto con toda su alma. Mal comenzaba, pues, si la primera recomendación era que uno debía mostrar tranquilidad.

Carlos aprovechó los segundos en el rápido ascensor del edificio donde iba a tener lugar la entrevista para atu-sarse el corto cabello con las manos y secarse el sudor de la frente. Había salido de su casa con mucho tiempo de antelación, pero, además de encontrarse con un inusual tráfico a las once de la mañana —cuando se supone que todo el mundo está ya en colegios y puestos de trabajo—, resultó que el inmenso y maldito aparcamiento había cerrado dos plantas por el reventón de una cañería y no había plazas libres. Le había costado más de una hora encontrar un hueco en la calle; por supuesto, a varias manzanas de allí. Ley de Murphy: si algo puede salir mal, saldrá mal. Corrigió de inmediato su actitud: inspiró hondo, desfrunció el ceño y ensayó una sonrisa natural. Llegaba a tiempo y su aspecto era impoluto. Había elegido para la ocasión un traje sencillo que sabía que le sentaba muy bien y esa mañana se había esmerado con el afeitado.

Dos mujeres y un hombre de aproximadamente su misma edad —tal vez un poco más jóvenes— esperaban sentados en unas sencillas sillas tapizadas de piel sintética blanca ante un ventanal desde el que se divisaba una

panorámica espectacular de la ciudad. Carlos saludó cortésmente con una leve inclinación de cabeza y, para no correr riesgos, prefirió quedarse de pie algo alejado de la única puerta a la vista, que supuso sería la del despacho donde tenía lugar el proceso de selección. Cuando uno se sienta puede mostrar una de estas actitudes: desgana, cansancio o impostada rigidez. El entrevistador podía salir en cualquier momento para llamar al siguiente candidato y, al echar un rápido vistazo, extraer conclusiones equivocadas.

Por la razón que fuera —la letra de su apellido, la fecha de envío de su solicitud o su edad de nacimiento—, Carlos fue el último en entrar. No había concluido nada clarificador de los rostros de los otros. Se habían limitado a apretar los labios simulando una sonrisa mientras exhalaban discretamente un suspiro de alivio de camino al ascensor. Él habría hecho lo mismo. No convenía dar demasiadas pistas al adversario acerca de lo que se iba a encontrar allí adentro.

En contraste con la luminosidad de la salita de espera, el despacho estaba bastante oscuro. Habían cerrado las cortinas de láminas y encendido una luz sobre la mesa ante la que se sentaban no uno sino dos entrevistadores, la mujer que había salido para llamarlo y un hombre, ambos de unos cuarenta años, muy delgados y ataviados con

americanas oscuras. La mujer le invitó a tomar asiento frente a ellos, pero Carlos tardó unos instantes en reaccionar, entretenido como estaba en un discreto análisis de la estancia. Si momentos antes había imaginado una conversación informal en un ambiente más en consonancia con la imagen fresca y juvenil que transmitía la empresa, ahora le invadió la misma sensación que si se encontrase en una dependencia policial. A un lado de la mesa, ellos. Al otro, él. En medio, una lámpara encendida. Recordó que la primera impresión era muy importante —había leído que a algunos entrevistadores les bastaba con observar la manera que tenía el candidato de entrar, caminar, estrechar la mano y sentarse para decidir sobre su valía—; así que, con paso ágil y seguro, se acercó a la mesa, se inclinó ligeramente, extendió su brazo para saludarles con un breve pero firme apretón de manos y, arriesgándose a ser él quien rompiera el hielo, se dirigió a ellos por su nombre y cargo y les agradeció la oportunidad que le concedían. Ella se llamaba Sofía; él, Santi. «Shanti —le corrigió este—, pronunciado como en inglés: consonante fricativa postalveolar sorda, como si mandarás callar».

Carlos, que hablaba inglés además de francés, alemán y español, repitió el nombre de forma correcta sin que se le notase lo repelente que le había parecido el hombre y se sentó erguido, mirando hacia adelante, mostrando in-

terés, consciente de que estaba preparado porque se sabía de memoria la información sobre la empresa: su historia, su situación financiera, sus principales competidores, productos y servicios. Tenía incluso sugerencias sobre cómo implementar y mejorar su página web y había ensayado cómo sacar el tema sin que sonase a crítica. Además, en cuanto le pidieran que les hablara de su actual empleo, se darían cuenta rápidamente del gran conocimiento que tenía sobre su empresa y de su experiencia en las tareas que realizaba. Contaba con la recomendación de su propio jefe, que le había animado a dar ese gran paso en su vida porque comprendía que era una oportunidad única.

Era un buen tipo, su jefe. Muy humano. Lo echaría de menos, pero no podía frenar su ambición por culpa de los sentimientos. En la vida había que caminar siempre hacia adelante, no estancarse. Sus padres, provenientes del entorno rural, le habían educado en el esfuerzo para alcanzar sus sueños. Le habían inculcado sólidos valores sobre la responsabilidad y el progreso. De joven había sido un buen estudiante, divertido y poco rebelde. Había terminado la carrera universitaria en el año previsto y enseguida había conseguido primero unas prácticas y luego un puesto, con lo que pudo evitar extender demasiado en el tiempo el gasto que suponía para sus padres encargarse de él y, a la vez, disfrutar de una temprana independencia.

Tras vivir unos años de alquiler, por fin se había comprado su propia vivienda, un piso en una zona normal, tranquila. Se consideraba honesto en todos los aspectos de la vida. Cumplía las leyes de forma escrupulosa, desde el uso obligatorio de la mascarilla cuando el Gobierno anunciaba una nueva ola de coronavirus al pago de impuestos. Amaba y respetaba a su esposa. Jugaba todo lo que podía con sus dos pequeños hijos, a quienes adoraba. Conducía un coche familiar. Siempre le habían apasionado los coches. Se sentía satisfecho de sus logros. El momento de dar un paso adelante y subir un peldaño más había llegado. ¡Cómo gozaría cuando condujera un coche de gama alta!

Sofía, que llevaba la melena oscura suelta sobre los hombros, levantó la vista de sus notas y le preguntó:

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

Lo tuteaban; entonces, él también lo haría, pensó.

—Mi propio jefe me informó de la vacante y...

—Me refiero a qué medio de transporte has utilizado

—le cortó ella.

Carlos arqueó las cejas.

—He venido en mi coche —respondió con sinceridad.

—¿Siempre te desplazas en tu coche?

¿Acaso la respuesta correcta hubiera sido «en transporte público»?

—Solo cuando voy con mi familia o tengo una cita importante como la de hoy. Al trabajo suelo ir en metro —mintió.

No le gustaban las aglomeraciones de gente. A pesar de los atascos, ir en su propio coche siempre le había proporcionado una agradable sensación de libertad. Le inquietó haber comenzado con una mentira, pero no le había gustado el tono recriminatorio de la mujer.

—Estás casado y tienes hijos —comentó Shanti, con una voz neutra y suave a juego con su aspecto.

Carlos esperó una pregunta que no llegó. Asintió con un movimiento ligero de la cabeza y apretó los labios.

—¿Por la Iglesia?

—Sí... —Se arrepintió de haber respondido. Esa era una de las preguntas típicas para valorar su control emocional. Solían surgir al final de las entrevistas. Con seriedad y sin mostrar malestar añadió—: Creo que este asunto es irrelevante para determinar mi idoneidad para el puesto...

—Todo es relevante. Una familia *convencional*...

La palabra, pronunciada en voz bajita por Shanti, como si hablara para sí mismo, le sonó como un tremendo reproche. Carlos se encogió de hombros y comentó, sin pensar, y ahora un poco a la defensiva:

—Bueno, una familia normal y corriente.

Shanti clavó su mirada en él y esbozó una sonrisa irónica mientras tomaba unas notas. Carlos comprendió su error. Seguramente el otro estaría escribiendo que era poco original, transigente, conformista y apegado a las costumbres; ese era el significado que ahora se asociaba a la palabra «convencional», en otros tiempos inofensiva. En milésimas de segundo, una tromba de pensamientos encontrados cruzó su mente. Tenía toda la información técnica de la empresa, pero en ningún momento había considerado la parte ideológica. Hasta la fecha siempre había aplicado el consejo de ser uno mismo y responder con sinceridad. Sintió un incipiente sudor en la frente y en las manos. ¿Debía matizar su comentario en el sentido de que cuando había dicho «normal y corriente» no quería decir que las demás no lo fueran? ¿Tal vez añadir alguna alusión a que en su entorno cercano había familias monoparentales y homoparentales?

Sofía zanjó momentáneamente sus dudas al cambiar de asunto.

—¿Te consideras religioso?

Carlos parpadeó. De repente tuvo la sensación de que le tendían trampas. El cerebro le iba a gran velocidad. Si respondía que no, su coherencia quedaría en entredicho, pues se había casado por la Iglesia; si les decía que sí, la palabra «convencional» podría ampliar su dimensión ne-

gativa. Por otro lado, ya que no tenía ni idea del perfil de persona que buscaban, quizás le resultara más útil hacer uso de la ambigüedad a partir de ese momento.

—Espiritual —respondió—. Creo que hay algo más allá de lo material.

Recordó fugazmente el día de su boda. Los nervios. La ilusión. La sinceridad al pronunciar los votos. La agradable sensación de continuidad existencial que le proporcionaba la pequeña iglesia del pueblo de sus padres, el lugar que su mujer y él habían elegido para casarse porque ella, que era de ciudad, se había dejado adoptar enseguida por la centenaria historia local y familiar. Veraneaban en el pueblo. Se liberaban allí del estrés de sus respectivos trabajos. Ella paseaba, leía y cultivaba un huerto. A veces bromeaba con la idea de mudarse allí y vivir en contacto con la naturaleza y tener muchos animales. Tal vez cuando se jubilaran, le decía él. Antes tenía que cumplir sus sueños, triunfar en la ciudad.

«Su mujer». Tosió brevemente para ahogar una risa. ¡Que no se le ocurriera emplear esa expresión en la entrevista! Tal como iban las cosas, quizás le preguntaran si no pensaba que el amor y el compromiso implicaban posesión, que el matrimonio era la mejor forma de terminar con la libertad individual de cada uno. Miró a Sofía directamente a los ojos y sonrió, dando por zanjado el tema

de la religión. Por más que insistieran, tampoco añadiría nada más sobre su vida personal.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Shanti—. ¿Agua, un refresco, una cerveza?

¿Por qué? ¿Lo veían nervioso? ¿Acaso su voz sonaba pastosa? Recordó entonces que había leído que si te ofrecen una bebida en una entrevista puedes aceptar, siempre que no sea alcohólica. Era, pues, una pregunta típica de manual. No había nada peligroso en ella.

—Estoy bien, gracias.

Por alguna traviesa razón, pensó en la cara que habrían puesto si hubiera aceptado una cerveza, la bebida que más le gustaba; o en la impresión que les causaría si les confesara que las cañas formaban parte de su dieta habitual y de su manera de relacionarse. Solía tomarse una o dos todos los días después de la jornada laboral, con compañeros o en casa, delante de los niños. Quizás hiciera mal en enseñarles lo placentero que resultaba beber una cerveza bien fría... Parecía contradictorio prohibirles que la probaran escudándose en el argumento de lo malo que era el alcohol para la salud mientras él disfrutaba de su dosis diaria, pero las contradicciones formaban parte de la vida.

Shanti se levantó y salió de la oficina. Sofía se reclinó en su butaca de metal y cuero sintético blanco, se desabro-

chó el botón superior de la blusa y se recogió el cabello en la nuca con una goma que liberó de la muñeca.

—Hace calor —se justificó, empleando un tono y una mirada amables por primera vez. Se inclinó luego hacia adelante y apoyó los codos sobre la mesa. Como si le quisiera confesar un gran secreto, susurró—: Tu currículum es impresionante. Llevo muchos años en esto y te aseguro que sobresales. Además, tu aspecto... —Se mordió sutilmente el labio inferior—. Ofreces una buena imagen. Sea cual sea la decisión final de la empresa, ¿te importaría que te llamara algún día e intercambiáramos impresiones en un ambiente menos formal?

Carlos tuvo la ligera sensación de que la mujer estaba coqueteando. Se sintió sorprendido por el súbito cambio de actitud y un tanto halagado. Aunque se conservaba mejor que otros amigos de su edad y le gustaba vestir bien, había reducido las horas de deporte y llevaba el cabello muy corto para disimular las entradas. Reconocía que la naturaleza y la genética habían sido generosas con él y, en su juventud, había aprovechado bien todas las ocasiones de ligar que se le habían presentado; desde su matrimonio, sin embargo, nunca había quebrantado la ley de la fidelidad. Y no pensaba hacerlo, ni siquiera por el trabajo de sus sueños. Por muy atractiva que le resultara aquella mujer.

—Creo que no sería apropiado —respondió con firmeza.

Sofía hizo un mohín de decepción y recuperó su posición envarada.

—Es una lástima...

¿Qué quería decir exactamente?, se preguntó Carlos. ¿Que sentía su rechazo o que, como consecuencia de este, sus opciones de obtener el puesto se habían reducido de golpe? Estaba empezando a hartarse de aquella entrevista. Miró su reloj. Llevaba allí diez minutos. Los anteriores candidatos no habían estado más de quince. A ver cómo podía reconducirla en el poco tiempo que le quedaba. En teoría, si pasabas esa primera rápida criba, te citaban para otra más larga. Resopló mentalmente. No quería ni imaginarse cómo sería responder a otra tanda de preguntas absurdas.

—¿Tienes prisa? —escuchó que decía Shanti a su espalda.

Carlos dio un respingo. ¿A quién se le ocurría consultar el reloj en una entrevista de trabajo? Se giró y vio que el hombre portaba una bandeja con bebidas. No recordó que lo hubiera hecho con los otros. ¿Quería eso decir que había pasado a otro nivel? Se sentía desorientado. No había forma de saber si iba por el buen camino.

—Eh, no.

Los manuales decían que no debía responder a las preguntas con un simple sí o no. Que debía ofrecer siempre una breve explicación, incluso intentar relacionar la respuesta con alguna de sus cualidades para la posición que se estaba ofertando, pero no encontraba el modo de hacerlo. Optó por no decir nada porque cualquier cosa que dijera podría interpretarse en su contra.

Además de bebidas, en la bandeja había un plato de aperitivo con dos compartimentos. Sofía tomó una cerveza y Shanti un refresco. Aunque antes había rechazado el ofrecimiento, Carlos aceptó ahora un vaso de agua por mantenerse al mismo nivel que los otros, por no establecer una barrera. Shanti cogió un trocito de queso y le tendió el plato con una sonrisa. Carlos ni tenía hambre ni quería que se le quedase algún resto de comida entre los dientes, pero no podía rechazar ese gesto de concordia. Cogió una pequeña loncha de jamón y le acercó el plato a Sofía, que movió la cabeza a ambos lados y abrió mucho los ojos para enfatizar su negativa.

—Soy vegana. Estoy radicalmente en contra de la violencia contra los animales. —Hizo un gesto en dirección a Shanti—. Pronto conseguiré que mis compañeros no coman ni queso...

¿Qué se suponía que tenía que comentar al respecto?, pensó Carlos. ¿Si hubiera aceptado su propuesta de que-

dar con ella algún día, la hubiera llevado a un asador! Su comida favorita era el chuletón de ternera a la brasa...

—Todos los gustos son respetables —comentó, confiando en resultar suficientemente educado.

—Todos no —soltó Sofía con rotundidad—. El maltrato animal es absolutamente injustificable en la actualidad. Ahí no puede haber respeto.

Carlos se encogió de hombros. ¿Cómo ser sincero y correcto a la vez?

—Sois una minoría contra cientos de millones... Y para mí el respeto sí es lo más importante para la convivencia entre personas diferentes.

—El mundo está cambiando —dijo entonces Shanti—. Y en nuestra empresa valoramos mucho las actitudes flexibles y progresistas. Piensa en alguien muy cercano a ti. Si le preguntara cómo eres, ¿qué crees que me contaría?

¡Por fin una pregunta normal! Tenía que aprovechar la ocasión y hablar de sus virtudes. Carlos recuperó su aplomo. No necesitaba pensar en nadie cercano a él. Se conocía muy bien.

—Tengo capacidad de liderazgo, pero también sé delegar; de hecho, prefiero trabajar en equipo...

—Me refiero a algo más personal —le interrumpió Shanti—. Algo que añadir a lo que ya sabemos o podemos

deducir: tradicional, religioso, moderado, ahorrador, ambicioso, omnívoro...

—Honesto y fiel... —añadió Sofía con una sonrisa maliciosa, dándole a entender que su breve flirteo anterior podría haber sido algo preparado.

Carlos frunció el ceño ligeramente mientras pensaba durante unos instantes.

—Ah, bueno, esto... —Mal: no debía emplear latiguillos. Estaba mostrando nerviosismo. Se aclaró la voz—. Soy puntual, responsable, ordenado, organizado, creativo...

—¿Ordenado y creativo a la vez? —Shanti levantó las palmas de las manos—. ¡La creación es caótica!

Carlos juró para sus adentros. Cada cosa que decía tenía un pero. Sintió que se gestaba una oleada de rabia en su interior y que tenía que hacer esfuerzos para no estallar. Se consideraba un hombre tranquilo y seguro de sí mismo, pero no sabía cómo evitar las dentelladas lingüísticas de aquella pareja de fieras. Se sentía atacado. No había forma de transmitir de manera concisa, concreta y sincera sus puntos fuertes. Quería hablar largo y tendido sobre él, sobre cómo era, pero Sofía y Shanti parecían poco dispuestos a escucharle, como si no les interesara lo que él pudiera decirles. Aquello parecía un interrogatorio sobre su forma de ser. Había esperado hablar de sus fortalezas.

Se suponía que los entrevistadores debían preguntarle sobre su currículum y su experiencia y analizar características específicas como su actitud, estabilidad, motivación y madurez. Era un hombre maduro, por el amor de Dios; ¿por qué se sentía como un niño al que hubieran pillado cometiendo una trastada? O peor aún..., ¿por qué se sentía culpable?

—No sé si comprendo bien qué queréis saber de mí exactamente —gimió, al borde de la derrota—. O qué queréis escuchar.

Sofía emitió un sonido de exasperación, como si le fastidiara tener que explicar lo evidente.

—Queremos saber cómo eres realmente; *no* lo que has conseguido. Porque... ¿cuál es el verdadero triunfo en la vida? ¿Lograr nuestras metas o recorrer un buen camino? ¿Y si nuestras metas estuvieran equivocadas desde el principio? ¿Eres capaz de reconocer que estás equivocado?

—¿Cómo podemos saber que eres suficientemente adaptable a los nuevos tiempos? —añadió Shanti—. Precisamente ese es el perfil que buscamos para nuestro equipo de trabajo. Dice más de ti una respuesta afirmativa a la pregunta «¿duermes bien?» que un máster. —Lo miró fijamente a los ojos—: ¿Duermes bien, Carlos?

—¡Duermo perfectamente! —gritó.

—¿Te arrepientes de algo? ¿Has deseado alguna vez cambiar el rumbo de tu vida? ¿Cómo sabes a ciencia cierta que aprendiste lo correcto y no lo que otros quisieron meterte en la cabeza?

Carlos se aflojó el nudo de la corbata. Se repetían en su mente las recomendaciones básicas para cualquier entrevista de trabajo: «No mientas. Sé sincero. Sé tú mismo. Sé natural.»

Mentira.

Acababa de comprender algo. No había podido demostrar sus habilidades interpersonales. Todas las preguntas le habían provocado inseguridad e inquietud. Se consideraba lo suficientemente inteligente para darse cuenta de que la sinceridad —generalmente un valor escurridizo— se había convertido en un imposible o en un peligro. Los tiempos de las respuestas absolutas eran cosas del pasado. ¿Qué tipo de trabajador buscaban? ¿A alguien eficiente o más bien a una persona ejemplar según el dictamen de los tiempos?

Solo tenía que abrir la boca y decir lo que esperaban escuchar. Al igual que ellos le habían analizado, él había hecho otro tanto.

Entonces, una nueva duda lo asaltó.

¿Y si estaba equivocado? ¿En qué sentido debían ir sus respuestas? ¿Dónde estaba el acierto? ¿Y si esa era

la gran prueba? ¿Lo guiaban en una dirección esperando que la siguiera o que la cambiara? ¿Debía mentir o ser sincero?

Un terrible cansancio se apoderó de él, como si hubiera envejecido décadas en apenas media hora. Recordó con nostalgia los tiempos sencillos de la infancia, cuando las conversaciones estaban conformadas por frases cortas y directas, cuando uno era simplemente «majo» o «imbécil», «trabajador» o «vago», en esencia y en conjunto, sin entrar en detalles inútiles, al margen de la religión, los hábitos alimenticios, el nivel económico y la identidad sexual o política de los miembros de tu familia. Tenía muy claro de dónde venía y hacia adónde iba; se consideraba lo suficientemente feliz para ir tirando, disfrutando de las alegrías y soportando las tristezas del transcurso de los años; deseaba vivir en paz y no molestar demasiado al resto de habitantes con los que le había tocado compartir espacio y tiempo.

Miró a uno y a otro alternativamente a los ojos y soltó:

—Iros a la mierda.

La única reacción a su exabrupto por parte de Sofía y Shanti fue un rápido cruce de miradas.

Carlos se puso en pie para marcharse. En el mismo tono de voz seco empleado al inicio, Sofía dijo:

—Gracias por venir. Te llamaremos para comunicarte si pasas a la siguiente ronda de entrevistas.

—Y gracias por no preguntar sobre las condiciones salariales del puesto, vacaciones o incentivos —añadió Shanti mientras acariciaba con las yemas de los dedos una loncha de jamón del plato—. Dice mucho de ti.

Carlos, sorprendido por la serenidad con la que se dirigían a él, caminó en silencio hacia la puerta. Pensativo, mantuvo la mano sobre la manilla unos segundos. Todos los manuales acerca de cómo triunfar en una entrevista coincidían en las últimas palabras que debía pronunciar el candidato.

Solo quería alejarse de allí y olvidar aquella experiencia, pero, por si acaso, dijo:

—Gracias por vuestro tiempo.

Amigos no hay más que tú

Manuel Jabois

Le dio vueltas sin fortuna a la primera frase del *email*, en un esfuerzo de siglos, y luego de escribirla salió a la calle a que le diese el sol blando de aquel verano en sus mejillas resplandecientes. Uxío tenía de su padre la misma nariz simpática que elevaba con gracia cuando creía ver algo decisivo, en su única licencia al destino, y así debió hacerlo al dejarse caer con la espalda pegada al primer muro de piedra desconchado y gris que encontró camino del Ayuntamiento, ya en la calle Michelena. Respiraba ruidosamente, como una locomotora que empieza a fallar, y trató de darse aire moviendo las manos con violencia cerca de la cara. No sabía si ir a la playa o morir, era tal su aspereza. Pero llegado el momento se subió al coche sin decir palabra y ya en la playa de Areas, pateando alguna desolada piedra en aquel resplandor azul insomne, dijo a

quien quisiera escucharle que Petra le había dejado por otro. No hizo aspavientos ni levantó la voz. Sólo daba vueltas alrededor de sí mismo, muy despacio y sin rabia, y de vez en cuando maldecía a la inteligencia artificial: la llamaba infame, monstruo enviado por el diablo y cosas aún peores, y ocultamente pasaba revista a su alrededor no fuera a ser el cuento.

Al día siguiente se encontró con la respuesta a su *email* y contestó sin perder tiempo que dónde se había visto a una inteligencia artificial desenamorándose de alguien: ¡y qué persona en sus cabales la contrataba para que se enamorase! Acto seguido se desmayó, porque en el fondo era un dramas. Cuando lo encontraron sin haber perdido aún el conocimiento echado en un suelo de piedras, pensó que seguía enamorado, porque el amor no es algo que uno solamente lleve en los bolsillos, pero había sido mejor que le partiesen ahora el corazón y no más tarde, cuando la inteligencia artificial fuese algo más que una compañía; fuese, por tanto, una compañía susceptible de ver heridos sus sentimientos, no sólo de herírseles a los demás.

Si volvió a hablar con ella, nada dijo. Pontevedra es una ciudad tan pequeña y delicada que parece una trampa. Pasó varios meses de baja y paseaba sobre una silla de ruedas dejando caer los párpados al sol, marchitando la

oportunidad de un amor perdido con brío, y se le veía en ocasiones cercano al tedio junto a una copa de vino blanco muy fría, casi helada, y el móvil apagado.

En aquellos tiempos sólo se permitió elevar una vez la nariz, ya con la ciudad en resaca del carnaval. Pontevedra se había ido cubriendo de la niebla baja del invierno y se veían estudiantes sin rumbo de un lado a otro mientras las plazas de A Verdura y A Leña llevaban su hermoso declive al atardecer y aún seguían secándose los cerezos a la hora de la siesta. Uxío limpiaba el sudor de la frente, de sus gordas mejillas y la esponjosa carne de su nuca en un movimiento continuo y circular. Se había puesto en los noventa kilos y pensó que aquello era el final: que nunca más volvería a caminar, no al menos por su propio pie.

Cuando estaba a punto de llevarse por la emoción de saberse inválido me vio por fin entre la multitud que cruzaba la Peregrina. Elevó entonces la nariz de una forma tan graciosa que mismo parecía el rabo de un perro dando aire a su alrededor. Cuando me tuvo delante estiró el brazo de repente, y al atrapar mi mano (su mano enorme, como un guante de béisbol empapado en sudor y desidia, y el murmullo de la gente alrededor rumiando su desgracia) me tiró hacia él con fuerza y caímos los dos rodando en una escena ridícula.

Pensé que yo no podía hacer más por él que eso: rodar por el suelo como un ovillo de lana que va dejando su penoso rastro mientras se deshace a los ojos de la gente. No se lo dije porque durante años fue mi amigo y todavía algo se agitaba en mi interior. Algo entre el asco y la nostalgia, cierto, y el atisbo de cierta indolencia compartida que ya había sepultado los años. Estaba acabado: eso ya lo decidía él mismo al renquear su nariz contra la copa de cristal sin que yo diese nada por seguro. En aquel sopor me contó su amor artificial y la luna de miel que se habían regalado en la red. La primera línea de su *email*, y la última de su epílogo. Se enamoraba de voces y luego las voces lo abandonaban a él, resumió sin ganas. Llevaba una vieja camiseta de Fido Dido y los pantalones abiertos por la bragueta, en un gesto muy suyo al sentarse. Estaba en el Parvadas, y la parroquia (empleados de banca en la hora del vino, comerciales ya borrachos y algún jubilado gracioso que se entretenía haciendo bolas con la miga del pan del pincho) lo trataba con desdén. Se sabía miserable pero había decidido, quizás aleteando brevemente aquella nariz regordeta y sin forma, cubierta por una gruesa película de sudor, no tener ningún empeño en disimularlo. Hablaba, por decirlo de alguna manera, a los gritos.

Yo no era más feliz que él, pero callé por prudencia. Los mejores amigos son los que no se alejan cuando los

cubre la desgracia: su presencia anima al grupo, y recuerdan que aún hay niveles a los que nadie, salvo el desdichado, ha llegado. El gran aliento de la amistad, en último caso, es alzarse siempre sobre el débil. Así que permanecemos en silencio esperando algo que nos rescatara, un poco tristes por no saber qué más contarnos, como una pareja en decadencia.

Como seguía de pie, me extendió una silla. Allí estaba, me decían sus ojos, el futuro de una tarde prometedora al pie de la Peregrina viendo desfilas las cervezas y los estudiantes. Una conversación tranquila y nada desesperada, en franca hermandad: lo mío y lo tuyo, sin los apuros de la vergüenza. Sus negociados, más bien. Aquellas propuestas del infierno que te planteaba en cuanto te veía descuidado. Yo las había aceptado y las recordaba con amargura. Otros antes que yo habían ido por el mismo camino. Y mientras le buscaba uno los ojos y él los agachaba o los desviaba (la mera culpa, hozándole con furia) no dejaba de canturrear: «A mí no me den consejos, / ¡Denme plata, mucha plata!».

Tuve que haber dicho que no.

Tuve que haber apoyado mi mano en su hombro, apretárselo con ese cariño que le reserva uno sólo a ciertos amigos de la infancia y decirle la verdad, aunque sólo fuera por una vieja lealtad aún no traicionada. Mirarle a

aquellos ojillos pequeños que sobresalían de las bolsas de grasa que se le habían ido acumulando en la cara de un año para otro, y esperar que lo entendiese. «Me esperan mis padres para comer, sólo he pasado por casa a recoger una nota y necesito descansar una semana. Mírame: te he dicho que me mires. ¿Ves mi mano, gordopilo? Este anillo digital que llevo aquí colgando del dedo como un pájaro muerto ya no vale. Mi anterior amigo se fue a Madrid porque alguien ha conseguido quererlo mucho mejor que yo. Y tampoco había que ir tan lejos».

Le habría dado un abrazo, nos hubiéramos ido al suelo si a él le seguía haciendo tanta gracia, y después de rodar varios segundos me levantaría, me sacudiría el pantalón mirando de reojo alrededor y me iría calle arriba. Y si no me apetecía dar explicaciones también podía callarme y desaparecer, al fin y al cabo yo sólo era un amigo imaginario producto de una esquizofrenia planeada, artificial, que Uxío había pagado para consolarse.

Los crímenes del artefacto

María José Solano

*A Eugenio M.F., Holmes académico.
Y a Paloma G. R., mi Watson.*

*«Y no sé yo cómo el muerto tuvo lugar
para encomendarse a Dios en el discurso
de esta tan acelerada obra»*

Don Quijote de la Mancha, Miguel de Cervantes

El muerto yacía rígido, inclinado el torso sobre el brillante escritorio de caoba tallada con decoración de marquetería de maderas frutales. Jorge el vigilante, en su último turno, lo había encontrado así al revisar el edificio justo antes de la salida, a las 4:45 de la mañana. Tras acercarse cauteloso al bulto que permanecía inmóvil en mitad del despacho a oscuras y comprobar que se trataba del director de la Academia, inmediatamente accionó el dispositivo de emergencias urbanas con el código de validación de la pupila derecha, y se sentó a esperar.

No lejos de allí, en la calle 23 del Distrito Norte, en un piso décimo sonaba, insistente, el timbre personalizado de un dispositivo móvil. Soñolienta, la mujer pasó la huella del índice por la pantalla, aunque imaginaba que

nada bueno podía ocurrir a aquellas horas. Una voz enlatada se lo confirmaba:

— Víctima mortal en avenida de la Sabiduría, número cuatro. Activado Procedimiento Cero con patrulla de reconocimiento a la espera de su llegada, inspectora.

Necesitaba una ducha y un café sin importar demasiado el orden. Con el líquido humeante en un vaso de papel reciclado que le calentaba las manos, salió a la bruma gris de la mañana. Se subió el cuello del uniforme negro y caminó con cuidado, clavando las gruesas botas en la nieve sucia. Desde hacía tres años el cambio climático había precipitado las estaciones borrando las intermedias, por lo que los meses de calor desértico daban paso a unos interminables inviernos de tormentas de polvo helado. El mar había terminado engullendo la mayor parte de las ciudades costeras y la población se hacinaba en las localidades del interior, donde era prácticamente imposible erradicar los contagios por diferentes virus a los que los supervivientes se habían terminado habituando, y que se sucedían en ciclos imprevisibles y letales.

La mujer se paró frente a la puerta de la Academia y apuró el café, ya frío. Elevado sobre una suave colina en la parte antigua de la ciudad, el edificio había resultado muy dañado tras el último conflicto negacionista, el más violento de todos, cuando ardieron la mayor parte de los

lugares de referencia de la cultura, ese «lastre que impide avanzar limpios de nuevas ideas hacia el futuro».

A sus veintiocho años, la inspectora, como el resto de las nuevas generaciones, no recordaba gran cosa de los viejos tiempos, y solo sabía de aquella institución lo que había podido leer en los archivos digitales; lo cual no era demasiado, pues todo lo que hacía alusión a los años de la preguerra se consideraba información clasificada incluso para la policía. Se decía que los académicos se enfrentaron a la LDM, Ley de Destrucción Masiva, salvando parte de los ejemplares condenados de la quema de la biblioteca, una de las últimas del viejo continente. Tras varios enfrentamientos y viendo que la mayoría de los ciudadanos los tomaban por ancianos chiflados, el gobierno decidió ignorarlos dejándolos al margen de la vida pública. Realmente no fue muy difícil, pues a esas alturas la población ya no leía libros, sustituidos desde hacía tiempo por archivos sonoros resumidos, modificados y revisados por el Órgano Censor Central regulado por el Partido Negacionista, que era el que ostentaba el poder. La palabra «libro», obsoleta y excluyente, fue declarada políticamente incorrecta y prohibido su uso. Ahora se le llamaba «artefacto».

La inspectora depositó el vaso arrugado en un contenedor cercano de reciclaje de cartón, se sacudió los

restos de nieve de las suelas de los zapatos y entró en la Academia.

Yo estaba hablando con Jorge, el vigilante, y con la señora Meller, la vicedirectora, en el *hall*. Ahí fue donde nos conocimos.

—Han llegado muy pronto —dijo alargándome la mano—. Yo soy la inspectora Sorrento.

—Mi nombre es Roberto Balkan, para servirla a usted, señorita.

La inspectora sonrió un tanto incómoda con aquella casi olvidada fórmula de cortesía. Nadie nunca la había llamado señorita en público. Ni en privado.

—Usted es el académico que escribía esas famosas historias policíacas, claro.

—Claro —asentí con un poco de sorna sin dejar de mirarla, ligeramente apoyado en mi bastón. En realidad no lo necesitaba, pero me gustaba contradecir con antiguéddes hermosas la estética mediocre de los nuevos tiempos.

Ella tenía unos ojos singulares, tranquilos, curiosos, con reflejos de miel oscura al fondo, que parecían hacer juego con la piel suavemente dorada, el pelo castaño recogido en una coleta y aquel cuerpo esbelto como de árbol joven. Todo en aquella mujer destilaba una luz cobriza y fresca de bosque en otoño. No podía apartar los ojos de ella.

La vicedirectora Meller, todavía de buen ver, con el pelo decolorado en caros salones y un busto de una elevación que desafiaba al tiempo y al espacio copando el interior de un exclusivo traje sastre, tosió sin disimulo mientras disparaba una mirada azul felina que rebotó sobre mi rostro impasible sin mayores daños colaterales.

—Inspectora, ahora yo estoy a cargo de esta institución. Acompañeme, por favor —dijo remilgada la vicedirectora, y echó a andar taconeando sobre la lana azul de la alfombra estilo Carlos III.

El despacho permanecía a oscuras. La inspectora abrió las contraventanas. Se acercó despacio al cadáver, que presentaba una fuerte contusión en la nuca, pero sin sangrado. Ajena a las miradas de todos, se inclinó sobre el muerto. Oculto por el cuello de la camisa había un punto sanguinolento; un orificio de entrada en la base de la cervical producido sin duda por un arma blanca fina y punzante. Un estilete o una daga.

Trató de ordenar los hechos: un primer golpe muy violento se produjo desde atrás con un objeto contundente que, sin embargo, no lo mató. El asesino tuvo que rematarlo clavando limpiamente el arma en la médula, justo en el tronco encefálico. Muerte instantánea.

Miró alrededor, todo aparecía en un pulcro orden; las paredes, con un par de grabados cuya temática no podía

reconocer; la enorme alfombra mullida e impoluta y la mesa en el centro de la estancia, frente a la puerta y de espaldas al ventanal. El ordenador estaba apagado y, por supuesto, una pila de artefactos de lectura en papel se amontonaba en una equilibrada columna sobre una mesa auxiliar. La Academia era el único lugar donde los censores del gobierno permitían la posesión y uso de dichos objetos.

—Pero vamos a ver —dijo una voz aguda, nasal, casi gritona, al fondo—. ¿Cómo es que me han avisado tan tarde?

Todos se volvieron a mirar. En el umbral de la puerta, un hombre enjuto, de escaso pelo gris con una raya que le nacía desde la oreja como un corte extraño en el cráneo ceniciento, hizo a todos volver la vista.

—Usted debe de ser el bibliotecario —sentenció la inspectora, serena.

—Exacto —chilló el académico; se secaba el sudor con un pañuelo de lino celeste con sus iniciales bordadas en un ángulo—. Don Ramón Belmonte Rico, académico, catedrático y excelentísimo señor... ¿Qué ha pasado aquí? Solicito inmediatamente un informe detallado de la situación.

Más sereno, pisando el terreno conocido de la exigencia a los subalternos, el bibliotecario se ajustó las gafas de

metal redondas. Sus ojos eran enormes tras los cristales. Se quitó el abrigo y lo tendió a un personajillo que permanecía en silencio a sus espaldas, quien, raudo, atinó a cogerlo antes de que cayera al suelo.

La inspectora frunció el ceño acercándose a la puerta.

—¿Y usted es?

—¿Y-y-yo?... Na-na-nadie, en realidad —sudaba el hombrecillo bajo aquellos dos abrigos.

—Ajá —dijo la mujer consultando el bloc de notas digital—. Carlos Verde Guay, secretario académico.

—Verdegay —susurró el otro.

—¿Cómo dice?

—Qu-ue mi apellido es Verdegay. S-e, s-e según Tibón, en su *Diccionario etimológico comparado de apellidos españoles, hispanoamericanos y filipinos*, la palabra Verdegay procede de la conjunción de «verde» y «gayo», con el significado de «verde claro», que fue apodo en la época medieval...

La inspectora lo miraba estupefacta, sin saber si todo aquello formaba parte de un simulacro del Departamento de Policía para ponerla a prueba, o es que realmente podían existir ejemplares así, sin extinguir.

—Muy bien, pues ya estamos todos, supongo —dijo seca, saliendo del despacho. Empezaba a ponerle nerviosa toda aquella antigualla de nombres, protocolos, títulos,

alfombras y maneras medievales o de por ahí. Estos no se habían enterado de que estaban en el año 2030.

Afuera comenzaba a nevar de nuevo con una furia mansa y desconocida.

Nos pidió que la esperásemos en la Sala de Plenos y desapareció, hablando en voz baja por su dispositivo móvil. Allí estábamos todos, sentados en los anacrónicos sillones de madera labrados en la parte superior con la numeración de los capítulos de Don Quijote de la Mancha, uno de los libros que originó el primer conflicto negacionista y la Ley de Destrucción Masiva. Apenas había transcurrido un año de aquello, pero todavía se recordaba el griterío de la turba de fanáticos en la puerta de la Academia exigiendo la quema de las falsificaciones mientras, dentro, los mismos que ahora estábamos allí incluido el director, que en paz descansara, nos afanábamos por guardar en la cámara secreta los libros más valiosos.

En las redes sociales, el lema era: «Si el ORIGINAL no existe, las copias que nos obligan a leer son falsas, NO LAS LEÁIS». Los dirigentes negacionistas exigían que les mostrásemos el manuscrito original del *Quijote*, bandera del último reducto de los que defendíamos la pervivencia de los libros. De sobra sabían que no podíamos hacerlo, pues la versión escrita por Cervantes de su puño y letra hacía muchos siglos que se había perdido. Por otra parte, aunque la hubiésemos tenido, ¿de qué habría servi-

do darla a conocer? Terminarían negándolo todo otra vez, destruyendo de verdad y para siempre aquel documento único.

Un poco más alejado de los demás, ocupé, silencioso, mi asiento, CA–LXXIV. En ese momento, se apagaron todas las luces de la sala.

La inspectora apareció en el umbral de la puerta con gesto preocupado.

—La intensa nevada ha colapsado los receptores de comunicación y anulado las centrales eléctricas. Tampoco se puede circular por las calles. Estamos completamente aislados, esperemos que por poco tiempo —dijo, tranquila, y se sentó en el sillón CA–XXX.

Solté una carcajada. Ante la mirada interrogante de la inspectora, pregunté, divertido:

—¿Sabe en qué capítulo se ha sentado usted, señorita?

—No me llame señorita, haga el favor.

Se giró, intentando descifrar aquel extraño código. Sin esperar, alargué una mano al centro del tapete verde de la mesa y cogí uno de los artefactos de papel que allí había. Busqué el índice y leí «De lo que le avino a don Quijote con una bella cazadora».

Nos miramos a los ojos, cómplices. La vicedirectora se levantó hecha una furia mitológica.

—Voy al baño.

—Esto es inaceptable —gruñó el bibliotecario, levan-

tándose también, indignado—. Vamos —ordenó al secretario, que le siguió con cara de pánico—. Estaré arriba, en mi despacho, trabajando a la luz de una vela, como toda la vida de Dios. Me indigna tanto jueguito y tanta incompetencia profesional. Yo pensaba que eso solo ocurría en las universidades y en algunas editoriales, pero no, veo que también se extiende a la Policía.

Cerró la puerta de cedro, dando un portazo. La inspectora se fijó en el asiento que acababa de abandonar: era el CA-XI. Lo apuntó en su bloc digital.

Me sonreía resignada y un poco divertida. Todos sabíamos que, sin recursos digitales, ella no podía hacer gran cosa. La realidad era que los seis estábamos atrapados por la tormenta en aquella Academia con un muerto y tal vez un asesino. O varios. Solo nos quedaba esperar. Por hacer algo, la mujer repasó las anotaciones de su bloc móvil.

—¿Sabe usted, señorita, qué significan estos símbolos tallados en los respaldos académicos? —insistí, retador.

—No me llame señorita. Por supuesto que lo sé, he leído los informes.

—¿También podría descifrar las letras que preceden a los números de los capítulos, «HI» y «CA»?

Atrapada en el renuncio, la inspectora Sorrento se sonrojó. Aquello me despertó una inesperada, tal vez in-

cómoda ternura; así que, con la sonrisa más sincera que pude componer de todo mi repertorio de viejo lobo, y sin esperar respuesta, continué:

—Hacen referencia a la Primera y Segunda parte del libro —al decir la palabra prohibida me paré, disfrutando del momento— ... Me refiero al libro de Cervantes, claro: HI—dalgo y CA—ballero, los dos Quijotes. En los viejos tiempos, cada académico tenía asignado un capítulo en su sillón. Ahora ya solo quedamos el director, la vicerrectora, el bibliotecario y yo. A Carlos Verdegay y al bueno de Jorge, les dejamos que se sienten aquí con nosotros para ahorrar la calefacción del resto de las estancias —hice un gesto con la mano abarcando la enorme mesa. Desde uno de los asientos del fondo, el vigilante sonrió con timidez—. Ahora hay un sillón vacío más —suspiré—: el HI—XIX. Pobre director.

Nos miramos en silencio. La inspectora, sin saber qué decir, se levantó.

—Voy a la sala de telecomunicaciones, a ver si hemos recuperado la red.

A grandes pasos salió de allí, cruzó el *hall*, la puerta de cristales de la entrada y giró por un desastrado pasillo descendente y oscuro hasta la garita donde, sobre un viejo escritorio, parpadeaba el piloto de emergencias de un módem. Se sentó y trató de escanear el código de barras.

Dos pilotos verdes se encendieron. «Bien, eso es buena señal», pensó. Se agachó después bajo la mesa buscando el cable de fibra óptica, pero no lo veía por ninguna parte. En ese momento oyó un grito agudo procedente del piso de arriba. Se golpeó la cabeza con la mesa, pero consiguió salir de allí y con la linterna del móvil se alumbró mientras subía de dos en dos los escalones.

Todos miraban estupefactos el segundo cadáver. El bibliotecario yacía muerto bocarriba sobre la bella alfombra Ghomm en seda natural con imbricada decoración vegetal, mostrando un rictus de dolor en el rostro. La inspectora le tomó el pulso en el cuello todavía cálido, pero era inútil. Estaba muerto. El pobre secretario miraba con ojos desorbitados el cadáver, balbuceando algo inaudible.

—Jorge, haga algo —dijo altanera la vicedirectora—. Llévelo abajo y dele un poco de agua.

—Pre-prefiero un Martini con unas go-go-gotas de ginebra, si no le importa —susurró el secretario agarrándose, débil, al brazo del vigilante.

La inspectora hacía fotos y tomaba notas, ajena a todo lo que no fuese la escena del crimen.

—Inspectora, es usted una inútil —escupió histérica la señora Meller perdiendo los papeles.

—¡Bianca, por favor! —intervine—. Serénate.

Al oír su nombre, la directora, tal vez evocando otros

momentos más íntimos, trató dócil de cogerme la mano, que retiré con suavidad. Lloriqueando, con el rímel corrido, salió del despacho. Me pareció inoportuno dejarla sola. Tras un «le ruego nos disculpe», salí tras ella.

La inspectora acercó la nariz a la boca del muerto. Olía ligeramente a almendras amargas. Cianuro. Buscó y allí estaba; en el bolsillo de la americana de lana Harris, el bibliotecario escondía una petaca plateada con sus iniciales. En el interior aún quedaba algo de coñac.

Suspiró, resignada.

Envenenado.

Ella ignoraba la causa, pero estaba segura de que el asesino era uno de nosotros; esos cuatro extraños, anacrónicos personajes. Y que era muy astuto o era un perfecto imbécil, porque de momento no podía escapar de allí.

El dispositivo móvil del bibliotecario estaba encendido sobre el escritorio. Buscó los últimos mensajes. La tarde anterior, un número oculto había enviado lo siguiente: «D. lo ha decidido y lo apoyamos. Mañana en Press Media. Se acabó la pesadilla.»

La inspectora frunció el ceño, pensativa. Press Media era la plataforma de comunicación del Partido Negacionista. ¿Y quién era D.? ¿El director? Lo que fuese que quisieran anunciar tendría que haber sucedido esa misma mañana, precisamente el mismo día de los asesinatos. Hum.

Bajó pensativa las escaleras, consultando sus notas, y de repente lo vio claro. Entró atropelladamente en la Sala de Plenos y abrió aquel artefacto de Cervantes buscando el índice: CA–XI, el sillón del bibliotecario, correspondía al capítulo «Las Cortes de la muerte». Sentía cómo se le aceleraba el pulso. Buscó de nuevo: HI–XIX, la numeración del asiento del director no era otra que la del capítulo titulado «El cuerpo del muerto».

—¡Dios mío! —exclamó sin pensar, y se sorprendió de haber usado aquella expresión. No había pronunciado el nombre de Dios desde que se lo prohibieron de niña en la escuela y ella decidió buscarlo en Google. Nunca le habían gustado las prohibiciones injustificadas.

Rodeó la mesa Quijote en mano, tratando de deducir el resto de los asientos: el bolso de la señora Meller estaba sobre la silla CA–LXII, «La cabeza encantada»; la chaqueta de Jorge, en el respaldo de la CA–XXIII, «La cueva de Montesinos» y la agenda del secretario Verdegay, frente al asiento CA–XXV, «El rebuzno». El último no lo tuvo ni que mirar. El escritor de novelas de misterio, yo, el muy atractivo Roberto Balkan, me sentaba en el capítulo final, la muerte de Don Quijote.

«¿Qué es toda esta locura?», pensó. Miraba a su alrededor y por primera vez sintió miedo de aquel viejo lugar y sus desquiciados habitantes envueltos en un silencio que no podía presagiar nada bueno. Sacó la pistola y recorrió

sigilosa la planta principal. Nadie. Subió los escalones, revisó los despachos vacíos y por último entró en el aseo. Sobre el suelo cubierto de agua y cristales de un vaso roto, yacían los cuerpos de la vicedirectora y del académico. O sea, el mío. Ella presentaba un tajo profundo en la garganta que casi le separaba la cabeza del cuerpo; yo olía fuertemente a almendras amargas.

—¿Qué diablos...?

Bajó con precaución apuntando a las sombras con una terrible sospecha y siguió descendiendo un piso más hasta la sala, fría como una cueva, del sótano, donde se almacenaban los aparatos electrónicos. Los cadáveres de Jorge el vigilante y el desgraciado Carlos Verdegay yacían boca abajo en el suelo sucio de aquella estremecedora Cueva de Montesinos con dos diminutos agujeros sanguinolentos en sendas bases del cráneo.

«Si todos están muertos, entonces es alguien que permanece escondido en algún lugar de esta maldita Academia», concluyó la inspectora. En ese momento se encendió la luz y los pilotos verdes del módem comenzaron a brillar dando paso al código de sonidos de arranque y conexión.

Un aviso de recepción zumbó en su aparato móvil. Era un mensaje de audio:

«No es difícil para un profesional del género policíaco fingir una muerte que usted ni siquiera tuvo tiempo de

certificar. Tampoco es difícil salir de este edificio si llevas en él demasiado tiempo como para conocer sus secretos. El resto no implicó demasiada dificultad, fue casi de principiante: cámaras ocultas conectadas, con la complicidad del vigilante, a mi teléfono móvil para seguir sus pasos y los de los demás; veneno en la petaca escondida siempre en el mismo cajón; golpe por sorpresa, y la estimable colaboración del magnífico bastón estoque, fiel amigo, que heredé de mi bisabuelo paterno Pierre Gal. Al director tuve que tranquilizarlo primero con un «quijotazo» certero en la nuca. Y en cuanto a Bianca... En fin. Doloroso pero necesario. Daños colaterales. Estos ineptos pretendían contar al mundo la existencia del manuscrito auténtico de Cervantes, protegido de guerras, desastres, ambiciones, curiosos y analfabetos por nuestra Sociedad Secreta Cervantina desde hace más de trescientos años. Los muy imbéciles pensaban que así se salvarían, que dejarían de ser ignorados, libres por fin de la política de cancelación a la que fueron sentenciados en pro de la terrorífica verdad de la tribu. La sociedad de 2030 no merece este libro ni ningún otro libro. Que continúen consumiendo artefactos. Esta es mi manera de despreciar al mundo: privarlo de su única salvación.»

La inspectora se quedó mirando la pantalla de su móvil sin saber qué decir. El astuto escritor y sus singula-

res reglas. A lo lejos sonó una sirena. Borró el mensaje sintiendo una extraña sensación de alivio al saber que el viejo lobo seguía vivo.

.....

Había dejado de nevar y llegaban las tropas de rescate, por fin. Incinerarían a los muertos esa misma tarde, junto con la biblioteca, una de las últimas del viejo continente. Más polvo gris sobre la nieve negra.

Aquella noche, al regresar a casa, la inspectora Sorrento encontró la puerta de su apartamento entornada. Desenfundó el arma y entró despacio, sin encender la luz. Dentro, sobre la mesa de metacrilato, había un paquete voluminoso. El manuscrito de *Don Quijote* intacto, en un brillante envoltorio de cuero oscuro, tenía una nota de papel sujeta con una cinta:

«Usted es el principio de este final, señorita. Investigue lo que fuimos antes de que dejemos de ser. Tal vez nos veamos por ahí».

Dejó la pistola sobre la mesa junto al hermoso artefacto y salió a la terraza, sonriendo. A lo lejos, unos perros invisibles aullaban a la luna. «Ladran, luego cabalgamos», se dijo, aunque no sabría explicar exactamente de dónde le venía aquel pensamiento.

Recuerdo del 2030

Pedro Mairal

En esa época yo vivía en Maradona al 500, en Greenland, cerca de la vieja frontera con Brasil, una zona que alguna vez había sido un barrio cerrado, después había sido lo que se llamó barrio blindado, y finalmente había desembocado en un barrio abierto en los tiempos del hipercontrol. Andábamos todos con el seguchip metido dentro del omóplato derecho y la máquina lectora de posicionamiento global sabía dónde estabas parado y cuál era tu informe exacto: tu ingreso, tus gustos de consumo, tu situación impositiva, tu correspondencia, tus amistades, tu conducta, tus vínculos y todos tus movimientos a lo largo del día. Había un impuesto que se llamaba IOC (Impuesto del Organismo Central), pero lo llamábamos Impuesto del Ojo Cerrado, porque había que pagar mensualmente

para poder tener unos minutos diarios sin la cámara personal encendida. Yo pagaba 40 sures por mes y eso me daba sólo diez minutos diarios de privacidad. Había gente que pagaba mucho más y podía incluso desactivar su localizador.

Si te atrasabas con algún impuesto te anulaban actividades. A los nostálgicos que todavía íbamos al cine de sala con pantalla y sonido a veces nos frenaban al ingresar porque teníamos algún impuesto impago y no te dejaban entrar hasta que no pagaras. Te hacían lo mismo a la salida del subte, o en restaurantes de comida rápida. Antes de darte la bandeja, los empleados te decían con una sonrisa «¿Quiere regularizar su situación?». Pero no era una pregunta, era el aviso de que si no lo hacías, no podías comer ahí. Ni hablar de cuando ibas a visitar a un familiar al Centro.

En el Centro vivía el 45% de la población. Eran cárceles en realidad, pero las quisieron disfrazar con ese nombre pomposo de Centro de Reinserción Sociocultural. Yo tenía un hermano ahí dentro y lo iba a visitar el primer domingo de cada mes. Y si no tenía todo pago no podía ir porque me dejaban ahí un rato sin poder salir, para darme un susto. Con mi hermano tomábamos mate bajo el alero de su barraca, mirando las plantaciones verdes del lado del Curiche. Cuando me alcanzaba el mate, a veces me

rozaba su mano áspera de trabajar en los campos. Estaba muy abrasilerado y a veces tenía que pedirle que me hablara despacio para entenderle. Me preguntaba mucho por mis hijas. Yo le contaba que estaban bien, que estaban siempre igual.

Nunca le conté que mis hijas en esa época estaban adictas al Float. Cada una tenía su flotario de agua densa, todas entubadas, para expulsar y recibir líquidos y comida sin necesidad de moverse. Vivían conectadas a la red constantemente en su cápsula sin días ni noches. Me mandaban mensajes de imagen donde se las veía a cada una en su mejor momento. Las dos habían elegido su imagen de ese verano que pasamos en San Bernardino. Yo podía hablar con ellas y esa imagen en la pantalla me contestaba. Siempre decían que estaban bien y me hablaban con ese fondo de un atardecer de enero del 2015 que a veces fallaba y se pixelaba o se ligaba con otros mensajes anteriores. A mí me salía 600 sures por mes cada mantenimiento del Float. Y ellas no hacían otra cosa. Nunca le conté a mi hermano que un día las fui a sacar, que deambulé por los pabellones oscuros repletos de flotarios uno al lado del otro. No le conté que cuando abrí sus cápsulas mi hija mayor pesaba ciento treinta kilos y la menor ciento cuarenta, que casi no se podían mover, que las llevé a una de esas Granjas del Movimiento donde hacían rehabilitación para

adictos al Float, y que cuando pudieron se escaparon. En la granja dijeron que por políticas internas no me habían podido avisar. Yo me di cuenta recién cuando en mi resumen de gastos reaparecieron los consumos del Float.

Era difícil hablar con mi hermano, no quería contarle que las cosas afuera del Centro no eran tan buenas como las pintaban. Y a la vez no podíamos hablar mal de Suárez porque en el Centro se registraba todo. Afuera del Centro, en voz baja se podía hablar mal del Organismo y de Suárez, pero ahí dentro era suicida, sobre todo para él. Suárez ganaba las elecciones cada dos años, y sin fraude. Fue inamovible durante esas dos décadas. Los presos en el Centro no podían votar, pero los que estaban libres votaban y no paraban de elegirlo a Suárez a lo largo de todos los alcances del Organismo que llegaba del viejo México hasta la Patagonia. A la oposición le decían la Zeraus porque era el mismo Organismo pero ordenado distinto.

Yo me salí la vez que me mandaron a dar una clase en Ciudad del Este donde estaba una parte de la frontera blanda. Nos escapamos con otro profesor, que después lo mataron en San Pombo. Durante el almuerzo me robé un cuchillo de serrucho y antes de las clases de la tarde nos fuimos caminando por el fondo del parque y no paramos más. Donde nadie nos veía cada uno le sacó con el cuchillo al otro el seguchip que estaba metido casi dentro del

hueso. Nunca nada me dolió tanto, pero la felicidad de sacármelo valió la pena. Estuvimos casi una semana cruzando la selva, temiendo que nos localizara el Organismo, pero después encontramos gente. Yo estuve en varios campamentos. De mi hermano y mis hijas no supe nada más. No sé si soy más feliz pero a veces cuando me rasco la espalda y me encuentro el agujero donde estaba el chip en el omóplato por lo menos me siento libre.

Metasexual

Rubén Amón

Carlota necesitaba contárselo a Lorena. Porque era su mejor amiga. Y no la encontraba. Suponía que estaba follando con José Manuel. O José Miguel. Un hombre y un nombre compuesto, es lo único que recordaba. Había quedado con él por medio de una aplicación de contactos cuya tecnología afinaba la cualificación sexual. No ya los rasgos anatómicos más elocuentes, sino las apreciaciones de las mujeres y de los varones que habían utilizado el nuevo selector copulatorio. A J.M. le habían puesto un 8,9.

—Joder, Lorena, responde.

Y Lorena no respondía. O no lo hizo hasta que José Manuel o José Miguel quedó exhausto entre las sábanas de la habitación que habían alquilado en un módulo es-

terilizado de encuentros efímeros. 8,1. No exageremos. Un macho resistente y bien dotado. Un poco egoísta. Y provisto de una cualidad sobresaliente. No la polla, sino la asepsia, la frialdad, incluso la mecanicidad con que se desenvolvía. Podía ser un androide. A Lorena no le interesó averiguarlo.

—Joder, Lorena, responde.

—Perdona, tía, me estaba tirando a José Manuel. Te hablé de él. ¿Lo acuerdas? El cachas que te enseñé en la pantalla del iPhone 50. Te lo recomiendo. Aguanta mucho. Y encima no te besa ni te acaricia. Cuando iba a pedirle que se fuera de mi casa ya se había marchado. Y no me pareció un humanoide. El sudor parecía genuino. Ya sabes que me da igual.

Carlota se contenía. Dejaba hablar a Lorena como si la pausa le permitiera coger carrerilla. Necesitaba ordenar las impresiones de la tarde anterior. Se sentía escandalizada. Nunca lo hubiera esperado de Marcos.

—¿Pero qué te ha hecho?

—No sé cómo contártelo. Ya te dije que habíamos quedado un par de veces. Es un gran follador. Y nos hemos entendido siempre muy bien. La tiene grande. La sabe usar. Me he corrido muchas veces. Por eso nos volvimos a ver. Dos veces. Pero no imaginas lo que me ha pedido ayer.

—¿Qué te ha pedido?

—Joder, que vayamos al cine un día. Que nos tomemos un café o una caña. Y que diéramos un paseo por el parque. Un paseo. ¿Te puedes creer? Me ha amenazado con regalarme un libro. Me quiere invitar a un vino. Me siento acosada. Y me estoy pensando seriamente denunciarlo.

Lorena había escuchado el relato con atención. Y sintió la necesidad de acercarse a su amiga. Lo hizo activando el sistema de traslado virtual. Una aplicación muy sencilla que permitía ubicarse en cualquier sitio a semejanza de un holograma denso. Habían escuchado a sus padres hablar de tecnologías arcaicas. Se reían de los nombres —WhatsApp, FaceTime — y se divertían más aún con las restricciones sexuales de las generaciones anteriores, aunque nada les producía más escarnio que las imágenes de las bodas. Hasta que la muerte nos separe, y tal.

—Estoy destrozada —insistía Carlota—. Me siento sucia, incómoda. ¿Qué se piensa ese tío? Tenía que haberme dado cuenta. Lo único que pretendía era que fuéramos a un museo. Me ha llegado proponer ir al teatro. Dice que conoce algunos espacios clandestinos donde por lo visto escenifican *Romeo y Julieta*.

—La culpa la tienes tú por dejarlo hablar. ¿Tanto te costaba mirar con un poco de atención los comentarios de

las usuarias? Yo no me acuesto con un tipo al que le ponen un 6,2. Y está buenísimo, no te lo niego, pero tú misma decías que algunas opiniones advertían de su mal gusto y de su impertinencia. ¿Te acuerdas? Una chica denunciaba que le propuso comprar el periódico. Otra mencionaba que llegó a insinuar un noviazgo.

Carlota escuchaba entre la atención y la angustia. Y miraba a Lorena como si la tuviera al lado. Porque allí estaba. No del todo carnal, pero suficientemente corpórea. Se había perfeccionado mucho el «teletransporte», aunque el término les sonaba a viejuno. También les sonaba a viejuno el término viejuno. Ni siquiera se decía «en plan» entonces.

Las sociedades habían despojado el sexo no ya de cualquier tabú o connotación moralista o puritana, sino de toda dimensión erótica y de la menor apreciación sentimental. El sexo se observaba desde el placer y hasta de la rutina, como ir al gimnasio. La gente paseaba desnuda cuando las temperaturas permitían hacerlo. Resultaba escandaloso cubrir el cuerpo. Las grandes marcas de moda se habían extinguido o se esmeraban para exponer las zonas erógenas. Proliferaban las aplicaciones de contactos sexuales, cada vez más sofisticadas en sus menús y variedades. Una orgía no era diferente a una clase de *spinning*. O de una sesión de yoga.

Por eso Lorena no entendía que a su mejor amiga le hubiera sacudido una experiencia tan dolorosa y traumática. Le indignaban las confianzas que se había tomado Marcos. «Ofreces el coño y te cogen la mano. Qué vergüenza. ¿Y qué vas a hacer ahora?», le preguntaba.

—No lo sé. No me lo esperaba. Todo iba bien hasta que intentó acariciarme. Me amenazó con abrazarme. Quiso tocarme el pelo. No se lo permití. Empujé su cabeza a mi sexo. Lo asfixié entre mis muslos. «No se te ocurra volver a decirme que te has enamorado. Te juro que te denuncio».

—¿Y por qué no lo denuncias?

La ocurrencia se convirtió en una idea. Y la idea dio lugar en un plan. Era sencillo ejecutarlo. Bastaba con aprovechar la angustia y la desesperación de Marcos, cuya reputación en el selector copulatorio había decaído hasta un miserable 4,3. Sus parejas le hacían pesar las pretensiones sentimentales. «Me ha parecido que lloraba», podía leerse en uno de los comentarios. «Me ha amenazado con un libro de poemas», sostenía otra de las usuarias, aunque no puede negarse —habla el narrador omnisciente— que la sociedad fuera mejor sin la lírica almibarada de Pablo Neruda.

Carlota y Lorena decidieron entonces organizarle una trampa. Habían reservado un módulo de encuentros se-

xuales donde Carlota acostumbraba a follar. Allí conoció a Marcos. Allí se produjo su desencuentro. Y allí se organizaría la venganza. Se trataba de filmar la cita. Y de reunir todas las pruebas que demostraran el delito de estupro sentimental.

No le importaba a Carlota que trascendieran las imágenes sexuales. Formaban parte de las rutinas sociales. Y servían para facilitar los encuentros, pero resultaba imposible divulgar la escena sórdida de un abrazo y la degeneración de un humano musitando «te quiero». Los sentimientos se habían catalogado como un delito muy grave.

Y Marcos parecía un tipo reincidente. Se había enamorado de Carlota. Y a punto había estado de confesárselo. Porque era una confesión. De otro modo, no se hubiera utilizado en el juicio al que fue expuesto unos días después de la encerrona. Carlota lo tuvo muy fácil. Fingió abrirle el corazón después de haberle abierto las piernas. Y Marcos se entregó como un cordero. «Te amo», llegó a decirle entre balbuceos adolescentes.

Eran elocuentes las pruebas y las imágenes. Circularon por las redes sociales como una atrocidad, como un atentado. Y a Marcos lo detuvieron sin resistencia, aunque tuvo tiempo de alojar un libro en el bolso de Carlota. Manoseado. En inglés. Se titulaba *Brave New World*.

Amistad

Soledad Puértolas

Hasta mediados del fatídico mes de marzo de 2020, Amelia y Carla habían sido íntimas amigas, de esas que, si no se ven todos los días, por lo menos hablan por teléfono o se mandan continuos mensajes por el móvil, en cuyo manejo, a pesar de su edad, eran expertas. Ambas habían doblado con cierta despreocupación la peligrosa esquina de los setenta años, gozaban de buena salud, cuidaban su aspecto, del que incluso estaban orgullosas —sobre todo, cuando se comparaban con otras mujeres de su edad, cosa que hacían con tanta frecuencia como complacencia—, y trataban de sacar el máximo partido a la vida, para lo que estaban excelentemente dotadas.

Como tantas mujeres de su generación, habían trabajado fuera de casa —Amelia había sido relaciones pú-

blicas de importantes empresas y Carla había hecho una buena carrera en la administración pública—, estaban felizmente casadas desde su juventud, los hijos —Amelia tenía dos hijas, Carla, un hijo— estaban casados y les habían dado nietos, dos a cada una. Ambas se ocupaban —un poco por encima— de la casa, cuyos trabajos más fastidiosos corrían a cargo de sendas asistentas, tenían tarjeta de crédito en la cartera, mano larga para tirar de ella y bastante tiempo libre.

Eran, en suma, una de esas parejas de amigas que hacen pensar a los observadores atentos y algo maliciosos que, de morir sus respectivos maridos, se irían a vivir juntas tan ricamente, sin echar en absoluto de menos la vida anterior.

Pues bien, esta encomiable relación se vino abajo en el mismo momento en que el gobierno del entonces Presidente, Pedro Sánchez, decretó, a mediados de marzo de 2020, el estado de alarma en toda la nación, debido a la extraordinaria dimensión que había alcanzado la pandemia que un virus de origen desconocido —al que se le dio el nombre de Covid-19— y la imposibilidad de atender debidamente desde el punto de vista sanitario al número creciente de los afectados. El confinamiento al que fue sometida la población dio un rumbo nuevo a la vida de todos. Un rumbo que era, precisamente, ausencia de rumbo.

Era un parón.

Las felices costumbres de nuestras amigas —la risueña Amelia, la ingeniosa Carla— se vieron seriamente afectadas. Adiós al gimnasio, a la natación, a los masajes, a la peluquería, a los paseos por la calle de Serrano, al cine, al teatro, a los conciertos, a la ópera, a la zarzuela, a las exposiciones, a los museos, a las conferencias, a las reuniones con otras amigas, al hablar de esto y de lo otro, al arreglarse para salir, al abrir el armario y probarse cosas. Adiós al reírse sin ton ni son.

Se ha dicho muchas veces: adiós a todo eso.

A cambio, miedo, preocupación, el parte de las malas noticias, los enfermos, los muertos, la lejanía de seres queridos, la claustrofobia, la angustia, el callejón sin salida.

Durante un tiempo, Amelia y Carla se siguieron hablando por teléfono e intercambiando mensajes por el móvil, pero, en lugar de transmitirse ánimos, solo conseguían deprimirse mutuamente, de modo que fueron espaciando las llamadas y finalmente, dejaron de hablar.

Un sobrino muy querido de Amelia, casi como un hijo, estuvo ingresado, grave, en el hospital de campaña que se instaló en Madrid en el recinto de la feria de IFE-MA. Tres familiares cercanos de Carla pasaron, también, por hospitales, con diferentes grados de gravedad. Carla

misma sucumbió a la enfermedad, pero la superó en su domicilio. Todo eso llegaron a saberlo. Ocurrió cuando aún se hablaban por teléfono. Luego vino un desierto infinito.

En marzo de 2021, un año después de haberse decretado el estado de alarma que propició el confinamiento de toda la población, Amelia llamó a Carla. Las dos manifestaron un profundo asombro ante el silencio que desde hacía varios meses había caído sobre su relación, pero se acogieron, para disculparse, a la extraña situación que se estaba viviendo. Todo se había enrarecido para todos. Dijeron: cuando acabe esta pesadilla, nos vemos, recuperaremos la vida que teníamos.

Sin embargo, antes de expresar este deseo, discutieron en un tono nuevo, teñido de un sentimiento de reproche, de extraña amargura. Amelia aún estaba atemorizada. No se atrevía a salir a la calle. Se lavaba constantemente las manos, lavaba la fruta, desinfectaba la casa una y otra vez. En cambio, Carla, con la mascarilla puesta —y a veces un poco por debajo de la nariz— salía y entraba de casa con la menor excusa, y, en cuanto las medidas se fueron haciendo menos restrictivas, hacía la compra en el supermercado, iba de tiendas, se sentaba en la terraza de un bar, y, sobre todo, veía a sus hijos y a sus nietos.

No volvieron a discutir, no merecía la pena. Cada cual con lo suyo. Amelia era hipocondríaca. Carla, que sé yo. No era negacionista, pero no soportaba la reclusión. Era una cuestión de temperamento. De los temperamentos no se puede discutir. Nadie da su brazo a torcer, no se puede. Esa es la amarga verdad.

No volvieron a discutir, pero tampoco se llamaban mucho. No volvieron a expresar, ninguna de las dos, el deseo de verse y de recuperar los hábitos de sus vidas anteriores a la pandemia.

Cada una trazó su propia rutina. Carla se fue acostumbrando a sus correrías solitarias, entraba en las tiendas, aunque la mayor parte de las veces no compraba nada, y prolongaba el tiempo que pasaba, sentada, en la terraza de un bar. Los años pesaban. Aún podía salir sola a calle, pero llegaría el tiempo en que necesitaría el apoyo de un brazo, de alguien que la llevara de aquí para allá. Aún le gustaba estar entre la gente, observar esos fragmentos de las vidas de los otros que se desarrollaban a su alrededor, sentirse parte de ellos. Aún necesitaba eso, salir del entorno familiar, ser una persona más que anda por la calle, con una vida que los otros no conocen. Si perdiera eso, perdería una parte importante de sí misma, aunque fuera una parte pequeña, que sólo florecía cuando salía de casa,

cuando el hogar era simplemente un concepto, algo invisible que se encontraba tras las fachadas de las casas.

Amelia sufrió una caída, a la que siguió una fastidiosa operación de cadera. Para andar, tenía que utilizar bastón. Cada vez le daba más pereza salir a la calle. Sus hijas se turnaban para ir a verla y dar un paseo con ella. Ya habían hablado de contratar a una cuidadora. La idea horrorizaba a Amelia. Quizás fuera preferible no levantarse nunca de la cama, como habían hecho, hacía solo unos años, algunos ancianos, ¿por qué tenía que esforzarse continuamente?, ¿no podían dejarla en paz de una vez? El mundo moderno era insufrible, a los viejos no se les permitía envejecer, ¿qué mal puede haber en quedarse al margen de todo, en salirse de esa rueda que giraba vertiginosamente sin ningún sentido? Que vivan esa vida los que quieran vivirla. A los demás, que nos dejen, ¡qué empeño en hacer de la actividad el centro de nuestras vidas!

Podemos dar tranquilamente un salto de diez años sin tener que mencionar ninguna novedad en la relación de nuestras amigas. Esporádicas llamadas telefónicas y eventuales mensajes por el móvil, esa fue la pauta.

Nos plantamos en otro mes de marzo, el del año 2030.

Carla estaba sentada en la terraza de un bar, cerca del Retiro. Era media tarde, corría una suave brisa. Miraba a la gente que pasaba y lamentaba, pero muy vagamente, no

poder compartir con alguien esa breve felicidad de estar al aire libre, en medio de la ciudad, cómodamente sentada en una silla que imitaba al mimbre y frente a una humeante taza de té. A fin de cuentas, la compartía.

¿Y esa señora tan elegante que se apoyaba en un bastón y que acababa de hacer su aparición en la terraza y miraba a su alrededor, como si estuviera buscando a alguien o quizá solo una mesa libre, no se parecía mucho a su vieja amiga Amelia, la querida y alegre Amelia? ¡Pues claro! Era ella. Se miraron y, tras unos instantes de duda, se reconocieron.

Amelia se sentó a la mesa de Carla. No, no había quedado con nadie. ¡Ay!, ¿con quién iba a quedar? Había tenido ese impulso, salir a la calle. Había cogido el portante y se había ido. No sabía bien por qué. Había tenido la necesidad de hacerlo. Demostrarse a sí misma que aún era capaz de hacer algo a espaldas de los demás. Se removió en su asiento, regocijada.

—Me vigilan —dijo—. No te lo creerás, me tienen encerrada, se creen que no puedo valerme sola.

Naturalmente, se había cansado mucho. Pero ahí estaba, en la terraza de siempre que, por fortuna, aún seguía en su sitio. Quizá era eso lo que quería comprobar, ese era, probablemente, el objetivo de aquella escapada. ¡Y no solo estaba la terraza, sino que estaba la misma Carla!,

¿no era increíble? ¡Qué casualidad! Esta clase de cosas te hacen pensar, ¿existirá el destino? No puede ser, pero, ¡vaya!, si no se trata del destino, será otra cosa, llámalo como quieras.

Acto seguido, las dos dijeron más o menos lo mismo: No has cambiado nada. No aparentaban la edad que tenían. El bastón que utilizaba Amelia le proporcionaba, incluso, un toque de elegancia, un toque más.

¿No habían cambiado? ¡A la vista estaba que habían envejecido! Ahí sentadas, no se notaba tanto, pero ninguna de las dos se movía como antes. Y para no hablar del pelo de Carla, lacio y desmadejado. Nada que ver con el pelo de peluquería que siempre había lucido y que había sido la admiración de todos y, muy en particular, la envidia de Amelia.

En cambio, los maridos sí habían envejecido, dijeron. Augusto, el marido de Amelia, tenía innumerables achaques y se pasaba el día en pijama. Fernando, el marido de Carla, se había quedado repentinamente mudo. Solo hablaba cuando una de sus hermanas le llamaba por teléfono. Entonces, sí. Entonces no paraba. Hablaba bajito, como en secreto. ¿De qué?, preguntó Amelia. Pues de la familia, tema inagotable. Carla le había espiado, no por verdadera curiosidad, sino para entretenerse, solo por eso.

De la descendencia — hijos, hijas, nietos, nietas — hablaron poco. Era un asunto que, quizá de forma consciente, nunca había ocupado mucho lugar en sus conversaciones. ¡Ay, los hijos!, ese era un asunto que nunca acaba de resolverse, era mejor dejarlo ahí, fuera del ámbito de sus confidencias.

Se remontaron a aquel año, el del Covid-19 y sus posteriores variaciones, comentaron, sin gran conocimiento de causa, las últimas investigaciones sobre el origen de la dichosa pandemia, dejaron caer, sin demasiada convicción, contradictorias opiniones sobre las medidas que, en su día, se habían tomado para evitar su continua expansión, sobre las nuevas normas y los nuevos baremos imperantes. Aquí se explayaron. ¡Qué difícil se había hecho la vida, qué ajena a los principios y las enseñanzas que habían recibido! ¡Qué difícil era sobrevivir, con los años que ya tenían, en ese ambiente!

Viajar se había hecho sumamente complicado, incluso ir al teatro o al cine. Había que planearlo todo con mucha anticipación, y todo se hacía a través de nubes y naves espaciales. Había llegado el mundo de los ovnis. Quienes no lo entendían, se quedaban fuera.

—No tengo edad para aprender ese tipo de cosas — dijo Carla.

—La vida está en otra parte —sentenció Amelia.

Las dos se echaron a reír.

Pero fue una risa breve, que se deshizo enseguida en el aire. Todo había cambiado. No tanto por el virus, no tanto por las nuevas normas ni por los actuales imperativos de la técnica, cada vez más críptica, más difícil de comprender y de descifrar, porque parecía haber sido pensada para dejar fuera a las personas de su edad. Ciertamente, todo eso contaba. Pesaba. Pero había algo más. Algo había sucedido entre ellas. Se habían fallado mutuamente. No lo recordaban del todo, pero sentían que en un momento dado se había abierto una brecha entre ellas. La vida les había empujado en distintas direcciones, o habían sido ellas quienes habían decidido separarse, establecerse, en la vejez, por su cuenta.

Miraban a su alrededor, desconcertadas. Afortunadamente, aún quedaba eso. Los gestos amables del camarero, el pajarito que, venido del cielo, se posa en la mesa, las risas de las chicas de la mesa de al lado, las pulseras que tintinean alrededor de las muñecas, el aire fresco de marzo que te hace pensar en aires más tibios, en el murmullo de las olas y en puertos de mar.

Diez años, Dios mío, diez largos años en los que se habían ido alejando la una de la otra, como si un terremoto hubiera sacudido sus vidas. Eso era lo que había

sucedido, el terremoto se había llevado algo invisible e indeterminado, había derramado un líquido abrasivo, como la lava, sobre sus sueños. La máquina del tiempo había tenido una avería, pero ahí estaban de nuevo, como en un espejismo, momentáneamente desligadas de sus familias, de sus viejos dolores y alegrías, aparentemente listas para algo más. Como si fuera un acto de heroísmo, o, por el contrario, una traición a algo casi sagrado, una voluntad de fuga.

Autores



Autores

Alberto Olmos

Alberto Olmos (Segovia, 1975) es escritor y periodista. Ha publicado, entre otras, las novelas *A bordo del naufragio* (1998, finalista del premio Herralde), *El estatus* (2009, premio Ojo Crítico), *Ejército enemigo* (2011) o *Alabanza* (2014), además del volumen de relatos *Guardar las formas* (2016) y el testimonio autobiográfico *Irene y el aire* (2020). Su labor como columnista ha sido reconocida con el I Premio David Gistau de Periodismo, y sus mejores artículos se reunieron en *Cuando el Vips era la mejor librería de la ciudad* (2020). Desde hace seis años mantiene en El Confidencial una columna sobre sociedad y cultura titulada Mala Fama y desde hace cinco la columna cultural Hotel Z. Su próximo libro es el ensayo *Vidas baratas: elogio de lo cutre* (2021). Vive en Madrid.

Ana Iris Simón

Ana Iris Simón nació en Campo de Criptana en 1991. Estudió en escuelas públicas de Aranjuez. Cursó Periodismo y Comunicación Audiovisual en la Universidad Rey Juan Carlos en Fuenlabrada mientras doblaba y alarmaba camisetitas en Desigual y hacía de guía en el edificio de Telefónica en Gran Vía. Su primera casa fue *Telva* y después fue redactora en *Vice* y guionista en *Playz* de RTVE. Con 28 años ha sido testigo de tres ERE. Actualmente colabora con distintos medios. *Feria* es su primer libro.

Andrés Trapiello

Andrés Trapiello nació en Manzaneda de Torío, León, en 1953, y desde 1975 vive en Madrid. Es autor de una extensa obra: novelas, entre ellas *El buque fantasma*, *Los amigos del crimen perfecto* (2003), *Al morir don Quijote* (2004) o *Los confines* (2009), premiadas con los galardones más prestigiosos internacionales y nacionales, como el Premio Nadal; ensayos, en Destino *Las vidas de Miguel de Cervantes* (1993) y *Las armas y las letras* (1994, 2010, 2019), y una decena de libros de poemas agrupados bajo el título *Las tradiciones*. Es autor de un diario novelado,

Salón de pasos perdidos, del que lleva publicados hasta la fecha veintitrés volúmenes, así como de la prestigiosa traducción al castellano actual del *Quijote*, publicada en 2015. Ha recibido, entre otros, el premio de las Letras de la Comunidad de Madrid (2003) y el de Castilla y León (2011) al conjunto de su obra.

Antonio Lucas

Antonio Lucas (Madrid, 1975) escribe desde 1996 en el diario *El Mundo* y es colaborador de RNE y de la Cadena SER. Como poeta ha publicado varios títulos: *Antes del mundo* (1996), accésit del Premio Adonáis; *Lucernario* (1999), por el que recibió el Premio Ojo Crítico de Poesía 2000; *Las máscaras* (2004); *Los mundos contrarios* (2009), Premio Internacional Ciudad de Melilla; *Los desengaños* (2014), Premio Loewe; y *Los desnudos* (2020), Premio Internacional de Poesía Generación del 27. También tiene publicado un volumen de su poesía reunida, *Fuera de sitio. 1995-2015* (en la editorial Visor). Es autor de varios libros sobre arte: *Soledad Lorenzo, una vida en el arte* (2014), *Manolo Valdés: esculturas* (2012), así como una selección de perfiles literarios de algunas creadoras y creadores esenciales de la cultura de los si-

glos XIX y XX reunidos bajo el título de *Vidas de santos* (2015). En septiembre de 2021 ha publicado *Buena mar* (Alfaguara), su primera novela.

Cristina Rivera Garza

Cristina Rivera Garza nació en Matamoros, Tamaulipas, México, en 1964. Es profesora distinguida de la División de Artes Liberales y Ciencias Sociales, y directora del PhD en Escritura Creativa en español en la Universidad de Houston. Especialmente reconocida por *Nadie me verá llorar* (1999), una novela que el escritor mexicano Carlos Fuentes describió como «una de las obras de ficción más notables de la literatura no sólo mexicana, sino en castellano, de la vuelta de siglo», ha ganado diversos reconocimientos, entre ellos el Premio Anna Seghers para literatura latinoamericana, en dos ocasiones el Premio Sor Juana Inés de la Cruz y el Premio Roger Caillois para literatura latinoamericana. Sus libros más recientes son *Autobiografía del algodón* y *El invencible verano de Liliana*. MacArthur Fellow 2020-2025.

Espido Freire

Espido Freire (Bilbao, 1974) debutó con *Irlanda* (1998). En 1999 se convertía en la ganadora más joven del Premio

Planeta con su obra *Melocotones helados* (1999). Su última novela es *De la Melancolía* (Planeta 2019). Es autora de cuentos, libros de viajes, varias novelas juveniles y un libro de poemas, y de varios de varios ensayos, el último de ellos *Tras los pasos de Jane Austen* (Ariel 2021). Ha sido traducida a más de una docena de idiomas. Mantiene en activo varias obras teatrales. Colabora con diversos medios de comunicación como la SER, Radio Euskadi, *20 minutos*, *Espejo Público* (Antena 3), revista *Viajar* o la revista literaria *Zenda*. Es un referente del manejo de las redes sociales, por lo que obtuvo el premio Influencers 2018, y en el trabajo en publicidad y creación de contenidos para marcas. Dirige además el Master de Creación Literaria de la Universidad Internacional de Valencia.

Eva García Sáenz de Urturi

Eva García Sáenz de Urturi (Vitoria) publicó en 2012 su primera novela, *La saga de los longevos*, que se convirtió en un fenómeno de crítica y ventas. En 2014 vio la luz la segunda entrega de la saga, *Los hijos de Adán*, y también la novela histórica *Pasaje a Tahití*. En 2016 publica *El silencio de la ciudad blanca*, un *thriller* apasionante ambientado en su ciudad natal que ha supuesto un gran éxito en nuestro país y ha sido traducido a más de una veintena de idiomas, copando la lista de los más vendidos

en países como Alemania, Polonia, México, Argentina o Brasil. También fue objeto de una adaptación cinematográfica que vio la luz en 2019 de la mano de Atresmedia. Con *El silencio de la ciudad blanca* arrancó una trilogía de la que *Los ritos del agua* fue la segunda entrega y *Los señores del tiempo* la tercera. Con ella ha llegado a más de un millón de lectores. Ha sido galardonada con prestigiosos premios, como el Libro de Ficción del Año en 2018 y The Golden Bullet (Bala de Oro) a la mejor novela negra extranjera de 2019. En 2020 ganó el Premio Planeta de novela con *Aquitania*.

José Ángel Mañas

José Ángel Mañas (Madrid, 1971) es un escritor perteneciente a la generación de novelistas neorrealistas españoles que arrancaron en la década de 1990. Ganó un premio Goya al mejor guion adaptado en 1995. Ha publicado las novelas: *Historias del Kronen* (finalista del premio Nadal en 1994), *Mensaka*, *Soy un escritor frustrado*, *Ciudad rayada*, *Mundo burbuja*, *Caso Karen*, *El secreto del Oráculo*, *La pella*, *Sospecha*, *Caso Ordallaba*, *Todos iremos al paraíso*, *Conquistadores de lo imposible*; *Extraños en el paraíso*, *la verdadera historia de la Movida madrileña* (audiolibro); *El hispano*, cinco volúmenes de sus Episo-

dios republicanos; y junto a Antonio Domínguez Leiva la serie de novelas cortas *El hombre de los 21 dedos* y la novela *El Quatuor de Matadero*. También es autor de los ensayos: *Un alma en incandescencia. Pensando en torno a Franciam Charlot* (aforismos sobre pintura); *El legado de los Ramones*; *La literatura explicada a los asnos*, *Un escritor en la era de Internet*, *Una conversación con Emilia Pardo Bazán*. En 2019 ganó el Premio Ateneo de Sevilla con *La última juerga*, secuela de aquella gran primera novela *Historias del Kronen*. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas. *Pelayo*, su cuarta novela histórica, se ha publicado en septiembre de 2021.

Karina Sainz Borgo

Karina Sainz Borgo nació en una Caracas de 1982, cuando todo estaba a punto de incendiarse. Trabaja como periodista especializada en temas culturales en *ABC*, *Zenda* y *Onda Cero*, aunque escribe a todas horas. Ha publicado los libros de periodismo *Caracas hip-hop* (Caracas, 2007) y *Tráfico y Guaire. El país y sus intelectuales* (Caracas, 2007) y mantiene el blog *Crónicas Barbitúricas*. Su relato «Tijeras» fue publicado por la prestigiosa revista *Granta*. Su primera novela, *La hija de la española* (Lumen, 2019) fue aclamada por la crítica y los lectores, obtuvo el Grand

Prix de l'Héroïne Madame Figaro y el International Literary Prize, fue finalista del Kulturhuset Stadsteatern Stockholm y fue nominada al LiBeraturpreis. Considerado como uno de los mejores libros del año por NPR y por *Time*, está siendo traducido en veintiséis idiomas y se han vendido sus derechos para una película. En 2019, Karina Sainz Borgo fue escogida como una de las cien personas más creativas en la revista *Forbes*. *El Tercer País* es su segunda novela.

Leandro Pérez

Leandro Pérez (Burgos, 1972), escritor y periodista, dirige la web literaria Zenda. Ha trabajado en *El Mundo* y es uno de los creadores de Trestritestigres, empresa que ha puesto en marcha numerosos proyectos en Internet, a menudo periodísticos y culturales. Escribe en blocs desde el siglo pasado. Y en blogs desde hace más de diez años, esporádicamente. Ha escrito un par de narraciones que jamás publicará y varios primeros capítulos que quizá retome algún día. En algunos figura Juan Torca, el personaje que protagoniza *Las Cuatro Torres* (2014) y *La sirena de Gibraltar* (2017). En 2019 Planeta publicó *Kolia*, su tercera novela. La cuarta está en camino.

Luisgé Martín

Luisgé Martín (Madrid, 1962) es licenciado en filología hispánica por la Universidad Complutense de Madrid y MBA por el Instituto de Empresa. Ha sido galardonado con el Premio Ramón Gómez de la Serna de narrativa, el Antonio Machado y el Vargas Llosa de relatos, y el Premio Llanes de Viajes. Es autor de las novelas *La dulce ira*, *La muerte de Tadzio*, *Los amores confiados*, *Las manos cortadas*, *La mujer de sombra*, *La misma ciudad*, *La vida equivocada*, y *Cien noches*, ganadora del Premio Herralde en 2020. Ha reunido sus relatos en los libros *Los oscuros*, *El alma del erizo*, *Los años más felices* y *Todos los crímenes se cometen por amor*, y ha publicado el libro de viajes *Donde el silencio*, las memorias *El amor del revés*, el ensayo *Un mundo feliz* y la obra de teatro *Amor puro*.

Luz Gabás

Luz Gabás Ariño nació en 1968 en Monzón (Huesca). Se licenció en Filología Inglesa y obtuvo la plaza de profesora titular de escuela universitaria. En 2007 escribió su primera novela, *Palmeras en la nieve*. Publicada en febrero de 2012, se convirtió en el debut español de más éxito de

ese año y fue traducida a distintos idiomas. La adaptación de la novela al cine supuso un rotundo éxito y la película consiguió dos premios Goya. En 2014 publicó *Regreso a tu piel* y, en 2017, *Como fuego en el hielo*. Con ambas novelas, editadas por Planeta, Luz Gabás se consolidó como una de las grandes autoras de nuestros días, por lo que ha recibido el reconocimiento de lectores y asociaciones culturales y de libreros de toda la geografía española. Su obra está siendo publicada en varios países. Actualmente reside en Benasque, en las montañas del Pirineo aragonés, donde encuentra la inspiración para su trabajo. En 2019 publicó su última novela, *El latido de la tierra*.

Manuel Jabois

Manuel Jabois nació en Sanxenxo (Pontevedra) en 1978 y empezó su carrera como periodista en *Diario de Pontevedra*. Tras pasar por *El Mundo*, desde 2015 escribe reportajes, crónicas y columnas en el diario *El País*. También tiene un espacio diario en el programa *Hora 25* de la cadena SER. Como escritor, ha publicado la recopilación de artículos *Irse a Madrid* (2011), las breves memorias *Grupo Salvaje* (2012) y *Manu* (2013) y un largo trabajo sobre el 11-M titulado *Nos vemos en esta vida o en la otra* (2016). *Malaherba* (2019) lo consagró como uno de

los escritores en español más populares de su generación. *Miss Marte* (2021) es su última novela.

María José Solano

Licenciada en Historia del Arte, es co-fundadora de zendalibros, colabora en *ABC Cultural*, *Publishers Weekly Magazine en español* y *FD Magazine*. Es la responsable de la editorial Zenda Aventuras, cuyo primer libro del catálogo, *El Diamante de Moonfleet*, fue galardonado con el International Latino Book Awards de California en la categoría de «Best Fiction Book Translation (English to Spanish 2020)». Actualmente conduce el podcast de entrevistas de *ABC* «Casa de fieras».

Pedro Mairal

Pedro Mairal es un escritor argentino nacido en Buenos Aires en 1970. En 2007 fue nombrado uno de los 39 mejores jóvenes escritores latinoamericanos por el Hay Festival de Bogotá. Ha publicado las novelas *Una noche con Sabrina Love* (1998), que recibió el Premio Clarín y fue llevada al cine; *El año del desierto* (2005); *Salvatierra* (2008); y *La uruguaya* (2016), obra ganadora del Premio Tigre Juan y que lo confirmó como uno de los más brillan-

tes autores latinoamericanos contemporáneos. Ha escrito los volúmenes de cuentos *Hoy temprano* (2001) y *Breves amores eternos* (2019); los libros de poesía *Tigre como los pájaros* (1996), *Consumidor final* (2003) y la trilogía *Pornosonetos* (2003, 2005 y 2008); la novela en sonetos *El gran surubí* (2013); *El equilibrio* (2013), una recopilación de las columnas que escribió para el diario *Perfil*; y la antología *Maniobras de evasión* (2015), una suerte de autobiografía involuntaria. Canta y compone en el dúo Pensé que era viernes.

Rubén Amón

Rubén Amón (Madrid, 1969) militó en el diario *El Mundo* durante treinta años, desde su fundación, y desempeñó toda clase de misiones —enviado de guerra, corresponsal en Roma y en París, columnista—, aunque los toros, como la ópera, han formado parte de su idiosincrasia profesional. Lo demuestran tanto sus libros puramente taurinos —*¡Dejadme solo!*, *Pasa un torero*, *No puede ser y además es imposible* y *El fin de la fiesta*— como sus reportajes en *El País* y sus colaboraciones en el Canal Toros de Movistar. Actualmente es columnista en *El Confidencial* y se emplea como analista político tanto en Onda Cero (*Más de uno*) como en Antena 3 (*Espejo público*). En 2018 se

le concedió el Premio Francisco Cerecedo, ponderándose una versatilidad de la que dan cuenta sus trabajos en medios internacionales — *Corriere della Sera*, *Libération*, *Reforma* —, su participación en revistas especializadas — *Jot Down*, *Scherzo*, *Minotauro* —, sus ensayos musicales — la biografía de Plácido Domingo y la historia del Teatro Real — y el lanzamiento de un podcast político, «Sesión de control», en la plataforma Audible de Amazon.

Soledad Puértolas

Soledad Puértolas Villanueva nace en Zaragoza en 1947. Reside en la localidad de Pozuelo de Alarcón (Madrid). Ha publicado las siguientes novelas: *El bandido doblemente armado* (Premio Sésamo 1979), *Burdeos*, *Todos mienten*, *Queda la noche* (Premio Planeta 1989), *Días del Arenal*, *Si al atardecer llegara el mensajero*, *Una vida inesperada*, *La señora Berg*, *La rosa de plata*, *Historia de un abrigo*, *Cielo nocturno*, *Mi amor en vano* y *Música de Ópera* (2019). Ha publicado siete libros de relatos: *Una enfermedad moral*, *La corriente del golfo*, *Gente que vino a mi boda*, *Adiós a las novias* (Premio NH 2000), *Compañeras de Viaje*, *El fin* y *Chicos y chicas* (2016). Asimismo, ha escrito textos de naturaleza autobiográfica: *Recuerdos de otra persona*, *Imagen de Navarra* y *Con mi*

madre. Relatos para un público juvenil: *La sombra de una noche*, *El recorrido de los animales*, *El desván de la casa grande* y *El jardín de Ulises* (2013). Ha realizado una versión de *La Celestina* al español actual (2012). También ha practicado el ensayo: *El Madrid de La lucha por la vida*, *La vida oculta*, Premio Anagrama de Ensayo 1993, *La vida se mueve*, *Como el sueño*, *Nostalgia de los demás* y *Lúcida melancolía* (2019). Ha recibido el Premio de las Letras Aragonesas en 2003 y el Premio de Cultura 2008 de la Comunidad de Madrid. Desde 2010, ocupa el sillón “g” en la Real Academia Española de la Lengua. Su discurso de ingreso versó sobre “Los personajes secundarios del Quijote”, y llevó por título “Aliados”.

*Edición no venal de Zenda, zendalibros.com,
patrocinada por Iberdrola*

El año 2030 todavía no existe. *2030* sólo es, aquí y ahora, un libro con dieciséis cuentos, de ocho hombres y ocho mujeres, que incluye diecisiete visiones, diecisiete miradas, tantas como los objetivos de Naciones Unidas. Si sólo incluye dieciséis relatos, ¿cómo es eso posible? Porque la ilustración de la portada es de hecho un microrrelato compuesto por una única cifra: 2030. En el futuro que imagina Fernando Vicente las mascarillas siguen con nosotros, pero al menos no hemos dejado de besarnos. Podría ser peor.

Las diecisiete visiones aquí presentes son una mirada literaria al futuro. Y a nuestro tiempo.